

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. ISSN 0328-221X - N°51, Buenos Aires, Otoño 2002 \$4

Libros

¿Qué fue y
qué es la
clase política
argentina

Fabián Bosoer

Michael Walzer

¿Es posible
una
Izquierda
decente?

Ruidos de antipolítica

Le diré a la
clase media,
hoy le diré

Sergio Bufano

Izquierda
norteamericana

El silencio
de la política
kitsch

Martín Plot

Benjamin Barber
Globalización
y terrorismo:
los dos
enemigos de
la democracia



Mesa redonda

La crisis de la Argentina: en qué consiste, adónde puede llevarnos

El fin de una época, Juan Carlos Portantiero • Perspectiva de mal tiempo, Emilio De Ipola • La bancarrota, Isidoro Cheresky • ¡Que se vayan todos!, Carlos Altamirano • La crisis de una hija dilecta del Consenso de Washington, Ricardo Mazzorin • La antipolítica favorece soluciones autoritarias, Edgardo Mocca • La democracia es la voz del pueblo que crea instituciones, Jorge Tula

En este número

La crisis de la Argentina constituye el núcleo problemático de la mesa redonda organizada por *La Ciudad Futura*, con la participación de algunos miembros de su *staff* y figuras invitadas. Las exposiciones iniciales y el debate posterior aportan contribuciones importantes a un esfuerzo analítico y propositivo imprescindible, que trataremos de ir complementando en ediciones sucesivas, también mediante invitaciones dentro del arco del pensamiento progresista. El número incluye, asimismo, dos artículos referidos a la situación de la izquierda norteamericana luego de la conmoción que en su seno —y en toda la sociedad— provocaron los atentados terroristas del 11 de septiembre a las Torres Gemelas. Uno fue escrito por Martín Plot, de nuestro *staff* y residente en Nueva York desde hace casi cinco años. Su nota completa el punto de vista iniciado en su intervención de la edición anterior. El otro artículo sobre el tema es un adelanto del mate-



rial que Michael Walzer publicará en el próximo número de *Dissent*, la prestigiosa revista que él dirige. Es un texto altamente polémico que sin ninguna duda estimulará discusiones también en la izquierda de nuestro país. Asimismo, otra personalidad norteamericana aparece en esta edición. Se trata de Benjamin Barber, el ex consejero de Bill Clinton, que aquí describe la estrecha interdependencia existente entre globalización y terrorismo, y plantea que ambos fenómenos constituyen en la actualidad, los mayores enemigos de la libertad. Por su parte, Sergio Bufano —en una escritura del género de "cuento político"—, se ocupa de la clase media, el escaqueo y su utilización en favor de la antipolítica. Finalmente, en la sección Libros presentamos el agudo examen que hace Fabián Bosoer respecto de textos recientes, a partir de los cuales ensaya una interpretación del pasado y del presente de la clase política argentina. *OP*

Sumario

LA CRISIS DE LA ARGENTINA, MESA REDONDA

Exposiciones	
Juan Carlos Portantiero: El fin de una época	3
Emilio De Ipola: Perspectiva de mal tiempo	5
Isidoro Cheresky: La bancarrota	6
Carlos Altamirano: ¡Que se vayan todos!	8
Ricardo Mazzorin: La crisis de una hija dilecta del Consenso de Washington	10
Edgardo Mocca: El coro de la antipolítica favorece la aparición de soluciones autoritarias	13
Jorge Tula: La democracia es la voz del pueblo que crea instituciones	15
Debate	17

El artista: Giuseppe Arcimboldo, nació en Milán en 1527 y murió en esa ciudad en 1593. No sólo se destacó como pintor y experto en artes, también fueron ampliamente reconocidas sus habilidades científicas y técnicas.

ARTÍCULOS

Martín Plot: El silencio de la política <i>kitsch</i>	31
Michael Walzer: ¿Es posible una izquierda decente?	35
Sergio Bufano: Le diré a la clase media, hoy le diré	39
LIBROS	
Fabián Bosoer: ¿Qué fue y qué es la clase política argentina?	42

CONTRATAPA

Benjamin Barber: Los dos enemigos de la libertad	
--	--

Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixido. Comité asesor: Emilio De Ipola, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Diagramación y armado: Viviana Mozza. Impresión: Gráfica Integral. José Bonifacio 257, (1424). Distribución: Siglo XXI Argentina, Lavalle 1634, 11° A, (10422) Buenos Aires. Registro de la Propiedad Intelectual: N°192675. Suscripción anual: Argentina, \$ 15. Exterior, US\$ 30. Cheques y giros: a la orden de Osvaldo Pedroso.

La Ciudad Futura
Moreno 1785, 6° piso, (1093) Buenos Aires, teléfonos 4372-2663 y 4805-0826, e-mail, opedroso@ciudad.com.ar.

Director fundador: José Añicó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. Editor: Osvaldo Pedroso. Consejo de redacción: Gerardo Abov, Gerardo Adrogué, Alejandro Bonvecchi, Fabián Bosoer, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Horacio Crespo, Hernán Charosky, Sebastián Echenendy, Javier Franzé, Marcelo Leiras, Ricardo Mazzorin, Edgardo Mocca, Guillermo Ortiz, Vicente Palermo.

Mesa redonda

La crisis de la Argentina: en qué consiste y adónde puede llevarnos

Si alguna certeza poseíamos en *La Ciudad Futura* a mediados de febrero de este año, era que no teníamos un discurso sobre la crisis de la Argentina. Los dispositivos e instrumentos de análisis con los que pretendíamos interpretar qué estaba sucediendo eran insuficientes; más concretamente, nuestro bagaje intelectual y político no nos permitía dar cuenta de la magnitud del problema, aprehenderlo, estructurarlo en una posición, imaginar propuestas y caminos que satisficieran nuestras propias demandas. Desde allí, y en la búsqueda de alternativas que hicieran posible avanzar, surgió la idea de reunir un círculo más amplio de perspectivas, invitando a algunos importantes intelectuales que no integran nuestro *staff* pero con quienes nos vinculan amplias coincidencias ideológicas, culturales y políticas. Entonces organizamos una mesa redonda para discutir la crisis de la Argentina, con Carlos Altamirano, Isidoro Cheresky, Emilio De Ipola, Ricardo Mazzorin, Edgardo Mocca, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, coordinada por Osvaldo Pedroso. El formato fue el clásico: una intervención de cada participante y luego el debate, aunque finalmente, por razones de orden práctico dado el número de intervinientes, el trabajo se desplegó en dos sesiones: la primera, realizada el 5 de marzo, destinada a las exposiciones y la segunda, el día 12, fue para el debate.

Si bien, como se asegura en alguna intervención, no hubo

posiciones estructuradas como discursos globales sobre la crisis, creemos que el resultado alcanzado es muy importante. No se propuso un cuestionario adelantado sino que se invitó a que cada uno presentara su discurso sobre la crisis sin ninguna guía u orientación temática, en la perspectiva de que el debate final fuera el espacio de cruce. Así se hizo y, como suele suceder, hubo coincidencias y divergencias múltiples, tanto en los enfoques y puntos abordados cuanto en las apreciaciones y valoraciones, según fue apreciarse en la síntesis que aquí presentamos. Por otra parte puede ser oportuna una referencia al probable desfase temporal, puesto que la fluidez de los acontecimientos inherentes a la crisis nacional altera día a día centros de atención y acentos argumentativos. Así, probablemente los participantes del debate habrían modificado determinados matices de su discurso, pero, aun con esa salvedad, el debate remite de modo central a momentos y cuestiones que tienen proyección estratégica.

Finalmente, vale señalar que aún están pendientes los grandes interrogantes iniciales y así será por un buen tiempo, seguramente, pero ahora, gracias a esta reunión contamos con una masa crítica de enorme valor, a partir de la cual *La Ciudad Futura* intentará seguir trabajando, en su compromiso permanente de aportar al gran esfuerzo por construir un pensamiento y una política de avanzada. *OP*

Exposiciones

Se transcriben en esta sección las intervenciones iniciales, expuestas en la primera jornada de la mesa redonda, llevada a cabo el martes 5 de marzo de 2002.

El fin de una época

Juan Carlos Portantiero

Una primera mirada sobre la situación actual indica que la palabra crisis queda chica para definir, en la medida en que una situación de crisis es una situación de conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre proyectos que confrontan, y que, por lo tanto, tiene cierta productividad hacia el futuro. Lo que está sucediendo ahora en la Argentina es una situación reprimida de colapso institucional, una situación de decadencia, una situación de fin de época, pero dentro de la perspectiva del choque con quienes encarnarían lo nuevo no se percibe con claridad. Estableciendo un concepto gramsciano, esta-

ríamos frente a una crisis de hegemonía sin alternativa contrahegemónica a la vista.

Vivimos claramente un colapso del sistema político tal cual lo conocimos desde la reinstauración de las instituciones democráticas en 1983, coexistente con un colapso del sistema productivo y del sistema financiero, que aparecen como corazón de cualquier sistema económico, y con un descalabro del sistema social que ha llevado a la pobreza a la mitad de la población. No hay economía sin moneda, sin crédito, sin ahorro, sin inversión, sin consumo y eso es lo que está sucediendo ahora en la Argentina, donde no hay precios, donde hay una crisis de la cade-

na productiva y una parálisis de la producción. Hay un Estado desfinanciado en colapso financiero y fiscal, donde aparecen también los perfiles de una rebelión fiscal: la desobediencia es muy grande dentro de la ciudadanía. Hay una relación completamente quebrada entre Nación y provincias. Y hay una ruptura de lazos con el mundo: la Nación entró en *default*, no tiene ninguna relación con instituciones de crédito internacional y su economía depende hoy de una situación mendicante frente a esos organismos. Creo que todos estos datos, que son obvios, que salen de la lectura de los diarios, nos indican con claridad esta situación de colapso que vivimos. En estas notas me voy a detener en un aspecto: el del colapso del sistema federal.

En la Argentina de hoy coexisten dos

sistemas políticos. Uno es el clásico, que viene desde el 83 en adelante, que es el sistema político que tiene como núcleo a los partidos políticos y como escenario a las instituciones representativas. Sobre su crisis no hace falta abundar demasiado. Efectivamente, hay una crisis de la política, hay una crisis por los partidos políticos y hay una crisis por lo tanto del sistema político que los incluye como tales. Y hay también una crisis de las instituciones representativas. Todo eso está puesto en cuestión por la ciudadanía, y la idea de obligación política ha desaparecido del país, de la sociedad. El segundo sistema, que también está en crisis y en quiebra, es el sistema federal. Esto es una cosa que también viene de lejos, pero que ahora ha estallado con dimensión de catástrofe. Vivimos en una situación que enlaza la crisis del sistema político como sistema representativo y la crisis del sistema federal como pacto entre la Nación y las provincias. Tenemos, por un lado, a la institución presidencial, con fuerte poder, de acuerdo con la tradición presidencialista de la Argentina que no pudo la reforma del '94, sometida al voto directo en distrito único. Al haberse eliminado el Colegio Electoral Nacional, la fórmula presidencial triunfante es el resultado del voto mayoritario de los grandes distritos urbanos. Pero simultáneamente, la Cámara de Diputados, donde las provincias chicas están, por ley, sobrerrepresentadas, y la Cámara de Senadores, que responde a la estructura federal del país, marcan la existencia de una estructura dual del poder de decisión. Esto genera un problema de sistema político dividido, que si se lo suma al deterioro en que viven los grandes partidos nacionales, ellos mismos transformados en confederaciones de partidos provinciales, genera un conflicto permanente entre Ejecutivo y Legislativo, que se agrava en una situaciones de crisis.

¿Cómo solucionar esa impasse? Pareciera que, visto este problema de sistema dividido, en cuanto a la relación Nación-provincias, y de fractura de los grandes partidos nacionales, el régimen político más funcional a esta situación es la accentuación de los rasgos parlamentarios y la flexibilización de los roles del Ejecutivo. ¿Por qué? Porque en esta situación de división y de frag-

mentación, es obvio que no se puede gobernar sino a través de coaliciones, de la creación de ejes que articulen intereses. Y el lugar que aparece como más funcional para que esto pueda producirse –para que puedan darse alianzas transversales, coaliciones de gobierno a la vez partidarias y federales– es el Parlamento. Lo que implicaría abrir el debate sobre la necesidad de creación de un régimen semiparlamentario que acabe con el presidencialismo extremo.

Algunas reflexiones muy breves sobre el momento actual. Estamos, como digo, en una situación de colapso que implica la necesidad de alguna transición para salir de la misma. Una transición que debe ir implementando reformas económicas, sociales y políticas. En ese sentido, la consigna de "elecciones ya" me parece suicida, si se la quiere ver como remedio de los dramas actuales. Porque si lo que se cuestiona es la carencia de legitimidad de los gobernantes, en la situación psicosocial y política de la Argentina, da la impresión que de hacerse elecciones antes del plazo previsto, salvo que ellas viesen por una situación de quiebra institucional aun más grave, acentuarían el problema, porque no creo que haya cambiado mucho la desafección que la ciudadanía tiene con respecto a la política y, por lo tanto, sería factible que se repetirían los porcentajes de abstención, voto nulo y voto en blanco de octubre del año pasado, de modo tal que aquel que surgiera como presidente de la república no tendría más de 15 o 20 por ciento de los sufragios. Y si de legitimidades se trata, un presidente



electo en 20 por ciento de los sufragios, de ninguna manera mejoraría la situación actual. El caso es que está gobernando hoy una coalición de la provincia de Buenos Aires –volviendo al juego de lo federal y de lo partidario–, dicho de otra manera, una alianza del PJ, de la UCR y de lo que queda de una parte del Frepaso, con eje en la provincia de Buenos Aires y algo en Capital. Es decir que, efectivamente, esta alianza no resuelve ni el problema de la crisis de los grandes partidos, porque ellos están atravesados por la crisis, ni tampoco resuelve bien el problema de relación con las provincias, porque las provincias ven a este gobierno como un gobierno metropolitano.

Este es un *handicap* fuerte que tiene la situación actual, cuyo desenlace no conocemos pero que obviamente depende, como todo, de la única moneda dura que hay acá para reivindicar a la política, que son los éxitos en las gestiones de gobierno. No hay otro camino de reivindicación de la política que no sea que la gente sienta que se está gestionando correctamente. Y esto implica entonces que necesariamente la transición debe estar cuajada de reformas económicas, de reformas profundas del sistema político y de reformas en las políticas sociales. Por ahora resulta difícil imaginar un escenario electoral futuro, porque más allá de que estamos lejos de eso, más allá de que uno piense que va a haber una izquierda clásica que se va a colocar electoralmente y una derecha que va a tratar de empujar también desde el otro polo del sistema político, lo que es difícil imaginar hasta ahora, es quién recupera el espacio de centro-izquierda, aquello que idealmente fue el electorado de la Alianza, pulverizado por su lamentable gestión de gobierno. Queda en pie saber, además, qué articulación o qué vida incluso pueden tener las formas de subpolíticas que están apareciendo que, partiendo de una consigna imposible de cumplir –que se vayan todos–, pueden llegar a encadenar alguna forma de expresión en el interior del sistema político. No lo sabemos. Tampoco, cómo va a llegar el PJ; menos aun en que condiciones quedarán la UCR y el Frepaso. El momento es más de fin de época que de diseño de futuro: en ese espacio, todas las opciones aparecen confusas. □

Perspectiva de mal tiempo

Emilio De Ipola

Isidoro Cheresky, en su texto "Entre la ciudadanía la turba", centra su análisis, por una parte, en los cacerozos y expresiones de protesta bajo forma de "manifestaciones". Por otra, se refiere a un fenómeno no desligado del primero, a saber: las asambleas barriales o vecinales. Y subraya la pluralidad de sentidos de esas nuevas formas de movilización social, tanto en su realidad actual como proyectadas a futuro. Así, una asamblea resulta copada por la izquierda jurídica, otro no logra fijar una agenda a fuerza de perder horas en tratar de hacerlo, pero ahí está que otra ciudad civilizada y productivamente, haciendo propuestas localmente viables y proyectándose hacia temas de mayor envergadura. Parecería que en aquellas que "funcionan", los temas son variados en naturaleza e importancia: desde propuestas barriales comunitarias (formas de "entreyuda" y trueque) hasta debates sobre el futuro del país y del mundo o sobre derechos humanos. Entre otras cosas, la composición social y cultural de los barrios, la cercanía con otros centros de debate, la edad de los líderes incipientes, tienen que ver con las diferencias que se manifiestan en esas asambleas.

Los cacerozos parecen converger más hacia un sentido único, pero quizá menos interesante: una de sus principales motivaciones es simplemente la de reclamar que devuelvan los ahorros a los mismos manifestantes y aun si ese reclamo podría ser visto –interpretado mediante– como una demanda de respeto del contrato entre el Estado y los individuos en cuanto a la universalidad del derecho de propiedad, si es así, "lo hacen pero no saben que lo hacen". Las declaraciones verbales de los manifestantes optan preferentemente por referirse a cada caso personal y a los "ahorros de toda una vida" perdidos por el que toma la palabra. Otras consignas, como pedir la renuncia de la Corte y la más generalizante de "que se vayan todos", no deben ser descuidadas y pueden, en el segundo caso, fomentar un repudio a lo político como tal (una de las más funestas consecuencias ideológicas de los es-

tragos causados por los gobiernos de turno, su séquito legislativo permeable a la coima, sus diputados que huyen "para hacer una diferencia" o que no son diputados y usurpan un escaño y otras miserias).

Creo que la sociedad –o sectores de ella– se moviliza. Ello ocurre en parte como secuela de la debilidad del sistema institucional, de la sensación de impotencia mezclada con engaño y la falta de presencia política de los gobernantes que hemos sobrellevado. Por lo demás, sé que no es imposible que las asambleas decaigan por causas nobles o menos nobles; no es imposible que mueran de muerte artificial gracias su copamiento plenario por la izquierda jurídica –de la cual es esperable que crezca si llegamos a las elecciones–.

Por lo demás, otros espectros comienzan a amenazarnos. No me refiero a los militares, cuyo *golpismo* es publicitado con tanta convicción por Miguel Bonasso, cuyas denuncias, si alguien comienza a juzgarlas viables, corren el riesgo de tener un efecto *boomerang* y coadyuvar a tornar verosímil y finalmente posible aquello mismo a lo que se oponen.

Me refiero a lo posible y deseable que sería que la sociedad movilizada invente formas de institucionalización y encantece sus energías en propuestas orgánicas a la vez locales y nacionales y, simultáneamente, puntuales y universales. Surgirían de ahí liderazgos de recambio limpios del pasado de los políticos tradicionales, pasado que, según decía un pensador deconómico, "gravita como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos".

Pero ocurre que se trata de un proceso que requiere tiempo y cuyo desenlace es por ahora harto incierto. Y empresas



como la reconstitución del sistema político, el surgimiento de fuerzas progresistas nuevas, la corrección de los estragos de una economía quebrada, la mitigación de la extrema pobreza y la exclusión, requieren a veces de un tiempo a la vez indispensable y el que se carece. El tiempo es el valor escaso de las tentativas que generan esperanzas positivas.

Al contrario, mientras que la centro-izquierda apenas se expresa sin nunca convencer a través de Elisa Carró, observo que la política de derecha unida a la economía prebendaria y al *marketing* último grito, parece mejor equipada de medios y de candidatos. Mauricio Macri –leo en *3 puntos*–, con sus jóvenes y apuestas 43 años, ha decidido "dedicar diez años de su vida al país" y ya desputa como un hombre dispuesto a pelear su candidatura en el PJ. Es cierto que aquello a lo que apuesta no es fácil, pero en un momento en el que la popularidad de Ruckauf declina y que Duhalde se autorexcluye, su empresa no parece descabellada. Dispone de técnicos, de mucho dinero y de apoyos importantes. Y, como Chauncey Gardiner, tiene la ventaja de no haberse mezclado con la vieja política. Anoto al par que, en este elenco de presidencialistas, también asoma, con menos chances en mi opinión, Patricia Bullrich, y siguen en expectante carrera De la Sota y Reutemann. Señalo al pasar que no se me escapa que la alternativa Macri o Ruckauf desalentaría al más optimista de los mortales. La harto probable "massaccusación" del radicalismo (que de todos modos no desaparecerá y seguirá, aun devaluado, haciendo valer su peso) hace obligatorio predecir que un peronista será el próximo ganador de las elecciones. La división del peronismo, dadas sus actuales y ya viejas querrelas intestinas, es lógicamente posible, pero el hecho es que nunca ello ha impedido su unidad a nivel de elecciones generales. En fin, medios de comunicación y dinero mediano, al desplome del país se agrega el hecho de que el tiempo favorece a lo malos porque ellos lo poseen.

Concluyo confesando que lo que digo presupone que Duhalde llega, siquiera sea con resultados económicos, políticos y sociales mediocres o malos (pero no catastróficos, ya que de serlo no llegaría) hasta octubre de 2003. Y que esa presuposición está lejos de ser evidente. □

La bancarrota

Isidora Cheresky

Las palabras reiterativas que vienen de nuestras experiencias parecen muy inadecuadas para diagnosticar el presente. Un economista pesimista y conservador (véase la reciente nota de Rudi Dornbusch y Ricardo Caballero, "Argentina: A rescue plan that works?"), aunque probablemente lúcido, ha empleado al referirse a nuestro país el término "bancarrota", no tan sólo para aludir al estado de las cuentas nacionales sino a las relaciones sociales en su totalidad.

No estamos, en consecuencia, atravesando una crisis en el sentido de un punto nadir de un ciclo cuyo curso natural nos hará remontanar siguiendo una regulación ineluctable, ni se trata de un estado de cosas que falla y necesita ser recompuento, nada más.

Sin embargo, deberíamos sortear la inevitable tentación de un diagnóstico catastrofista que nos acecha cuando la destructividad es el espectáculo cotidiano que se ofrece a nuestros ojos al punto de inhibir nuestra reflexión. Hay que creer, hoy más que nunca ante tanta adversidad, que una intervención en el mundo en el que vivimos es posible, sin engañarnos por cierto sobre la gravedad de lo que nos sucede.

Y esto adquiere más sentido cuando es evidente la centralidad que tiene la política tanto en la comprensión de la debacle como en las vías eventuales de reconstrucción. Tan decisiva aparece la enucleada política que es justamente en torno a estimar la posibilidad de recomponer una autoridad, es decir un gobierno y representantes sostenidos en el tejido social, que se trata de reflexionar.

Pero lo cierto es que para afrontar la emergencia duradera en que nos hallamos, contamos con un gobierno legal y ese debería ser el punto de partida para la reconstitución de la autoridad política. Sin embargo, se trata de un gobierno *by default*, que cuenta con el respaldo e incluso la participación de las principales fuerzas políticas parlamentarias, pero que tiene un débil reconocimiento público. Gobierno que es resultado automático del funcionamiento institucio-

nal, pero también es su resultado azaroso, como lo ha mostrado la difícil y accidentada tramitación de la sucesión de Fernando de la Rúa.

La profunda crisis de representación es quizás el aspecto más saliente de la bancarrota actual. Las elecciones generales del pasado 14 de octubre mostraron la entonces incipiente evolución de una ciudadanía independiente en expansión y encaminada a un divorcio del sistema político. Voto en blanco y anulado, caída en picada del voto por los partidos tradicionales en provecho de fuerzas críticas, fueron la ilustración de una ciudadanía desapegada de la clase política pero no de la vida pública y sin que intervinieran en ese cuadro elementos de apremio inesperados en las economías individuales.

Los partidos políticos —carentes de reflejos por su larga hibernación al influjo de la indiferencia política a la que indujo el "consenso blando" y el "discurso único" de los 90—, no hicieron sino repetir en su seno la crisis de legitimidad en expansión. Su consecuencia es la fragmentación, un formato de dispersión de poder que predomina en la arena política, tanto en el peronismo como en el radicalismo y en las fuerzas menores.

Pero esa fragmentación se ha extendido a todo el sistema institucional al punto de que uno puede preguntarse cuál es la fuerza de las leyes y decretos, de las decisiones judiciales de todo nivel y cuál la vigencia de los derechos ciudadanos. La tensión entre la representación política nacional y la sociedad que la desconoce activa pero limitadamente, la confrontación entre la Corte Suprema y los otros dos poderes, las desavenencias de principio y prácticas entre el poder central y las orientaciones que adopta con respecto a las provincias que extreman su pretensión de autonomía, son otras tantas expresiones de la situación institucional que amenaza permanentemente en devenir caótica.

La debilidad de la autoridad estatal y gubernamental está en la base de la bancarrota. Puestos en perspectiva histórica, no se ha podido remontar la colosal evasión impositiva, lo que ha

favorecido el crecimiento del endeudamiento y la incapacidad para afrontarlo al generarse una creciente desconfianza en las aptitudes gubernativas. Los hábitos de algunos de los grandes empresarios —pero también de profesionales, comerciantes y productores de toda talla— han contribuido a ese desequilibrio en las cuentas públicas e indisolublemente al descontento generalizado con la injusticia imperante. Desde hace mucho se trata de una sociedad del sílvese quien pueda y en ello hay por supuesto una responsabilidad general, pero en primer lugar le corresponde a la representación política, que está mandatada para asegurar el orden común. No se ha podido tampoco reducir el déficit fiscal y enear políticas sociales que ayuden a paliar las necesidades de una masa creciente de pobres y necesitados. El Estado —en formas y grados variables en las diferentes provincias y en su sede central— cumple una función distributiva implícita a través del empleo público y de los recursos que canaliza, pero ello sucede no sobre la base de principios universalistas que permiten acercar a ellos en pie de igualdad.

Por el contrario, tanto esos bienes como los de las políticas sociales, son atribuidos por canales particularistas que hacen que con frecuencia la ayuda pública produzca a la vez asistencia y opresión política. Se da y se recibe en un intercambio ilegítimo que no dignifica a los mas necesitados. En vez de un Estado benefactor como el conocido en otras latitudes, que favorezca la autonomía personal y la vida asociativa, se estableció un Estado distribuidor, fragmentario y perverso. En esas condiciones, la reducción del gasto público no se ha podido efectuar no tan sólo porque afectaría a sectores con pocos recursos y pocas alternativas, sino más bien por la resistencia de quienes se benefician de los resortes de poder que esa estructura perversa les suministra.

La debilidad del Estado es entonces realmente estructural y está agravada ahora por el descrédito abierto de sus dirigentes ante la opinión pública. La reestructuración del poder estatal que se plantea en la actualidad, requeriría obrar en condiciones de una situación de emergencia, es decir con suficiente poder como para decidir frente a la multiplicidad de intereses que procuran

preservarse en el reacomodamiento que se insinúa. Pero parece fuera del alcance del actual gobierno disciplinar a exportadores, deudores y acreedores, bancos y empresarios, gobernadores y dirigentes políticos. El gobierno, en definitiva, no puede imponer un rumbo; en verdad, su mayor recurso es valerse de la principal debilidad del país, su vulnerabilidad externa, para actuar como mandatario de los reclamos externos y hacerse mediador de la amenaza que proviene de esa fuente, esperando imponer así un disciplinamiento.

Es difícil, en consecuencia, que en estas condiciones se establezca un rumbo definido. La coalición de los partidos e instituciones hasta ahora dominantes no parece tener la capacidad para fijarlo, sobre todo si ello supone una inflexión decisiva del curso actual.

La sola esperanza a corto plazo en ese plano, es la de alcanzar un equilibrio como resultado de que el gobierno recupere un mínimo de autoridad si se logra cierta contención de las diferentes fuerzas, ante el peligro de un agravamiento de la situación.

¿Pueden la renovación política y una reconstitución de poder, venir en cambio de la extraordinaria activación social que se ha producido desde el 19 de diciembre pasado?

Por cierto, en lo esencial, el estado y la activación social han puesto en juego una capacidad de veto que arrastró a dos gobiernos consecutivos. Pero sería desacertado esperar de una fuerza negativa, de una movilización heterogénea cuyo punto de convergencia es el rechazo al gobierno, a la representación política y a sus iniciativas, el poder sustentar una alternativa de gobierno.

Sin embargo, hay que valorar debidamente una movilización social que en parte se hace eco y está impregnada de la bancarrota general, pero que es también heredera de los cambios democráticos que se han producido desde la refundación política de 1983. Por cierto, en la heterogeneidad de esta expresión, que no reviste las características de un movimiento social, es decir que no está orientada al logro de objetivos determinados, coexisten intereses e ideales de diferente naturaleza. Pero la misma negatividad supone una autolimitación, este nuevo espacio por lo esencial no sólo es alérgico a los políticos

tradicionales sino que tampoco da cabida a una vocación de régimen político alternativo y de este modo permanece en los límites de una extraordinaria ampliación del espacio público. Se cuestiona la representación política pero no su principio mismo ni lo esencial de sus dispositivos. En definitiva se afirma una vocación de autonomía como no la tuvieron los tradicionales movimientos sociales del pasado, encuadrados y dotados de liderazgos personales, y se abre paso una conciencia de la capacidad cuestionadora y reguladora de la movilización social. Este proceso está sin duda acentuado por el daño a los patrimonios, pero no se puede explicar por esa sola circunstancia, y encierra una potencialidad de presencia ciudadana en la vida pública, uno de cuyos cursos posibles es sustentar una profunda renovación política.

Pero otros signos inquietantes están también presentes y podrían orientar a

los sectores moviizados hacia una presencia antiinstitucional e ilegal que fomenta enfrentamientos de unos contra otros, de modo tal que se concluya en un viraje del humor social hacia la demanda de un poder con vocación de reestablecer el orden a cualquier precio. Los escrachas, popularizados por el reclamo de justicia insuficiente en relación con los responsables de crímenes contra los derechos humanos, amenazan transformarse en un recurso generalizado que habilitaría a cualquier grupo de personas a procurar alguna forma de justicia por mano propia. Por supuesto la desconfianza hacia los jueces, fundada, en muchos casos, explica en parte el espíritu de linchamiento. Pero este emergente es portador de un retroceso, paralelo a otras formas de ruptura del lazo social, y puede estar en la base de la extralimitación de la movilización, en una dinámica que subalterne la naciente deliberación pluralista y la



autoorganización en provecho del estado de acción directa, propenso a la manipulación.

Por cierto que una visión de los acontecimientos basada en la creencia de que la sociedad es portadora natural de un buen sentido y un orden justo y que el mal está concentrado exclusivamente en los dirigentes, puede ser ciega al peligro mencionado.

No obstante la sociedad movilizada puede ser depositaria de una esperanza. Una evolución posible sería, como parece esbozarse en algunas de las asambleas barriales, la renovación de la vida asociativa y el involucramiento en el debate político, que llevará forzadamente a ese nuevo espacio sea tal, es decir que coexistan en él representaciones políticas en pugna.

Pero a este respecto, los círculos intelectuales socialdemócratas pueden quedar prisioneros de una visión convencional que por omisión finalice contribuyendo al cumplimiento de las previsiones más sombrías. Tenemos presente que luego de las elecciones generales del 14 de octubre de 2001 se elevarán múltiples voces acusatorias del comportamiento ciudadano en su expresión heterodoxa. Según esas perspectivas, los electores se habían apartado del catecismo democrático, que prescribe manifestar el descontento constructivamente por los canales partidarios al desdén las opciones positivas que se les presentaban. Esa ceguera ante la profunda crisis de representación en ciernes parece reproducirse ahora, al examinar la movilización social desde la óptica de los mismos paradigmas.

La sociedad movilizada encierra en germen la posibilidad que se profundice la autonomía ciudadana, dando lugar a una renovación política sustentada en una nueva experiencia que recupere parcialmente el rechazo al decisionismo menemista y a la corrupción de ese pasado, así como la frustración ante las promesas incumplidas de la Alianza. Es tan sólo una posibilidad. Por cierto, no puede esperarse simplemente una autogestión que provenga de "las bases", y esa ingenuidad espontaneísta sólo llevaría a la fagocitación de esa experiencia por la multitud de grupúsculos de variado pelaje que aspiran a capitalizarla. Los intelectuales que pretenden ser de culto reformista *aggiornado* debe-

rían encontrar los canales para llamar a la renovación política, procurando incidir en la experiencia en gestación. Esa intervención podrá quizá ser oída si se parte de una concepción de la democracia como un sistema deliberativo e institucional que tiene en su naturaleza inestable, para no decir contingente, su rasgo característico. Y ello por oposición a la concepción conservadora que la entiende como puro estado de derecho. La primacía de los principios democráticos—los principios de igualdad, libertad, fraternidad o solidaridad—por sobre las formas institucionales, implica que estas últimas están sujetas a la variación y sustitución histórica, del mismo modo en que la representación está siempre a la merced de la renovación de su legitimidad y que en consecuencia puede haber situaciones de excepción en las que los principios autorizan a un apartamiento de la letra de la ley, siempre y cuando el proceso de crisis se encamine a un ulterior reestablecimiento de un sistema institucional.

¡Que se vayan todos!

Carlos Altamirano

La crisis que atormenta a la Argentina no sólo es compleja sino que presenta algunos aspectos tan nuevos que nadie puede estar seguro de comprender enteramente el sentido del proceso que está en curso. Casi todos los días es posible leer pronósti-



Un comentario final para llamar la atención sobre otro límite a la democracia y en parte una precondición. Viendo las cosas del modo hasta aquí descrito, nos limitaríamos al mundo de la política potencial, pero en verdad la bancarrota ha expandido otro mundo: el de la necesidad y en cierto sentido el del silencio. Uno que se nutre de la desintegración y tuvo su expresión extrema en los saqueos a los centros de alimentación, grandes y pequeños, y en la transformación momentánea de ciertos barrios en tierra de nadie. Esos acontecimientos y la incapacidad o limitada capacidad de representación de las diversas fuerzas políticas que se han dado por misión organizarlos y contenerlos, son un signo de la magnitud de la desintegración en que nos hallamos y de la posibilidad de que se geste también ahí un potencial de cuestionamiento que, basado en el apremio vital, barra con la pretensión de un orden político sustentado en la deliberación y en el poder conquistado por vía del voto de todos. □

cos sobre el fin de los partidos tradicionales, o sobre la regeneración de la democracia que traerá aparejada la movilización de las clases medias, o advertencias sobre la fragmentación política y los riesgos de disolución en una "guerra de todos contra todos". No son posibilidades que puedan, simplemente, descartarse. Al mismo tiempo, es innegable que esos pronósticos no pertenecen sólo al campo de lo conjeturable, sino también al de los deseos y temores de quienes los enuncian.

Es claro que cualquier cosa que uno sostenga hoy sobre la crisis argentina va a tener la marca de deseos y preocupaciones y lo que voy a decir no escapa a esa regla general. Como tenemos un tiempo limitado, quiero centrarme en la rebelión de las masas de clase(s) media(s) que ha puesto en jaque a los partidos y a la democracia representativa en el país. Comienzo entonces por algo que me parece evidente: la fobia actual contra los políticos no puede comprenderse enteramente sin referen-

cia a la expectativa y la decepción que significó el fruto del encuentro del radicalismo y el Frepaso, es decir, la Alianza y el gobierno de Fernando de la Rúa. Lo cual me lleva a la promesa de la Alianza, una promesa que no fue desmesurada (como habían sido las de Alfonsín o de Menem), sino más bien mesurada, pero que tenía un núcleo que era el compromiso moral: el gobierno de la Alianza pondría fin a la "vieja política". Veamos qué quería decir esto.

En la formulación de esa promesa, el Frepaso jugó un papel de primer orden. Como sabemos, parte del núcleo original de este agrupamiento y su principal figura, Carlos Alvarez, procedían del peronismo, donde habían constituido, con ocho diputados, un polo disidente que concluyó por romper no sólo con la orientación menemista, sino con el partido peronista, visto como irredimiblemente corrupto. ¿Cuál era la identidad del Frepaso, más allá del reconocimiento al liderazgo y a la autoridad política de Chacho Alvarez? Programática e ideológicamente vago, lo que el Frepaso transmitía públicamente, en primer lugar a través de su líder, era una impugnación del menemismo fundada en lo que podríamos llamar una interpretación moral de la experiencia iniciada en 1989. Esta interpretación estuvo en el comienzo de la disidencia que llevó a la formación del Grupo de los Ocho y la anubierta un libro que apareció en los inicios de la gestión menemista. *La carpa de Ali Babá*. En esa clave, la corrupción, que tenía como cabeza a Carlos Menem, aparecía como el punto donde "todo" se anudaba, y a la vez, "todo" cobraba sentido: desde el modo en que se adoptó el modelo neoliberal hasta el acatamiento que el partido peronista daba a un gobierno que había abandonado la tradición del peronismo. El discurso de los dirigentes frepasistas complementará este tópico con otro: el llamamiento y la promesa de una "nueva política", más transparente y próxima los ciudadanos-coerentes —a la "gente"—. Esta promesa tenía como fondo la denuncia de su antitesis, la "vieja política", ejercida por quienes sólo se servían de los cargos para defender intereses particulares o de partido, una política cuyo mecanismo era la transacción permanente. La censura de esta práctica no excluía a los

radicales, señalados como miembros del mismo régimen, el "bipartidismo", al menos mientras el Frepaso rivalizó con ellos por la representación de la oposición a Menem.

Este mensaje—denuncia del menemismo como sistema corrupto que no había dejado a salvo ninguno de los poderes del Estado, reclamo de transparencia en la vida política, proximidad con la "gente"—se ajustaba variadamente con el populismo de izquierda que seguía constituyendo el repertorio ideológico básico de la cúpula del Frepaso, aunque ya no parecía ser el su líder. Pero Alvarez, un político repentinista e imaginativo, era quien estaba en comunicación con la "gente" y a partir de 1993 la radio y la TV lo va a tener entre sus figuras predilectas. Esos medios le dieron gran audiencia a los tópicos de su proceso al menemismo y le ganaron la adhesión de franjas cada vez más amplias de los sectores progresistas de las clases medias, atraídas por su combate contra Menem y el llamado a una suerte de regeneracionismo cívico. Recordemos que el primer esbozo de la alianza que habrá de vencer al peronismo en las elecciones en 1999 fue el llamado que lanzó el Frepaso, y contó con el apoyo de los círculos radicales interesados en la coalición, a expresar públicamente un repudio al gobierno menemista. Los medios de expresión de la protesta que se llevó a cabo el 12 de septiembre de 1996 y tuvo su epicentro en los barrios de clase media de Buenos Aires, reaparecerán en diciembre de 2001: el apagón y los acerolazos.

La Unión Cívica Radical aceptó cons-



tuir la Alianza cuando sus dirigentes percibieron que una nueva y probable derrota electoral podía llevarlos a la irrelevancia política y a la declinación definitiva. Recuerdo aquí algo que todos saben: el sector progresista del radicalismo, entre socialdemócrata y populista, identificado con Raúl Alfonsín, tenía la mayoría del partido pero ninguna figura en condiciones de rivalizar con el peronismo en una elección presidencial. Por el contrario, Fernando de la Rúa, intendente de la ciudad de Buenos Aires, que representaba el alma liberal-conservadora del partido, sobrepasaba a todos los políticos en las encuestas de imagen, aunque estaba en minoría entre los radicales. Como la idea de poner en marcha el frente antimenemista va a dominar sobre cualquier otra entre los integrantes del acuerdo, De la Rúa será el candidato a presidente de los radicales y, tras derrotar en una competencia interna a Graciela Fernández Meijide, encabezará la fórmula presidencial de la Alianza, acompañado por "Chacho" Alvarez como candidato a vicepresidente. Para entonces ninguna cuestión que no fuera la relativa a la estrategia electoral interesaba ya a los socios de la Alianza por el Trabajo, la Educación y la Justicia.

La fórmula parecía reunir las cualidades contradictorias del orden y el movimiento: si De la Rúa atraía los votos de la clase media moderada y conservadora, no sólo en las grandes ciudades, sino en el conjunto del país—garantizando con su estilo y su carrera política que no habría otros cambios que los propios de una gestión más austera—, Alvarez aparecía como el fiador del carácter progresista del proyecto, aunque en verdad no se había comprometido sino con una innovación de tipo ético-político. Quien fue designado por la cúpula de la coalición antes de las elecciones como futuro titular del Ministerio de Economía, José Luis Machinea, se encargó de transmitir al *establishment* local e internacional que una eventual gestión de la Alianza iba a respetar los parámetros del modelo capitalista que regía desde 1991, en primer término su premisa cambiaria (un peso, un dólar) y la reducción del déficit fiscal. En cuanto a la política social, los responsables de la Alianza parecían confiar, antes que nada, en las posibili-

dades de otra administración –esto es, sin corruptelas– de los recursos existentes. Todo lo demás descansaba en la hipótesis de una reactivación económica ya cercana.

Como sabemos, la Alianza se fue astillando. Pero, hay que subrayarlo, mientras ella duró –digámoslo, hasta la renuncia de Alvarez– los funcionarios de la nueva administración, fueran radicales o frepistas, no se mostraron en general más eficientes que sus antecesores menemistas ni siempre menos reprochables éticamente. La “nueva política” se parecía demasiado a lo que se había llamado “vieja política”. Subrayo estos datos relativos al Frepaso y la formación de la Alianza porque creo que ayudan a comprender, al menos en parte, la mezcla de frustración y rabia antipolítica que se volcó a las calles en diciembre pasado y aún hoy aflora en las asambleas barriales.

No olvidemos el mensaje que fue el llamado “voto bronca”. En el distrito que era el bastión electoral de la Alianza, la ciudad de Buenos Aires, ese voto de censura a la “clase política” superó las cifras obtenidas por los candidatos de cualquier fuerza, y lo que quedaba de lo que había sido la coalición de gobierno apenas retuvo la mitad de los votos que había alcanzado en mayo del año anterior, cuando atrajo casi 50 por ciento de los sufragios. Podría decirse que la sanción electoral del 14 de octubre de 2001 anticipó la que iba a aparecer apenas dos meses después en los cacerales, cuando al malestar que sintetizó el “voto bronca” se sumó la irritación por el corralito y la bancarización.

Pero hay, además, otro hecho que debe destacarse. Al margen de lo que Alvarez haría después de su alejamiento del gobierno, las imágenes relativas al trance terminal de la vieja política, afectada por un cáncer que no podía ser tratado a medias, y la expectativa en el alumbramiento de una nueva política y una nueva república, ya no van a desaparecer del espacio público. Se las puede encontrar, por ejemplo, en la prédica de Elisa Carrió, que ocupó el lugar de Alvarez en el llamado al regeneracionismo cívico y organizó en torno a su figura una nueva fuerza política, el ARI (Alternativa para una República de Iguales). Pero más allá de cual-

quier enunciar particular, la representación de una sociedad capturada por mafias (no olvidemos que Cavallo ya había hecho su contribución a esta doctrina), de los políticos profesionales como una de ellas y del nacimiento próximo de una Argentina liberada del mal, un mal que algunos remontan a los años de Menem y otros a la última dictadura militar, se convirtió en componente de un discurso extendido, peyorativo e intelectual. En esa fraseología, en que la queja se ligaba a la denuncia de la corrupción –la del “Estado mafioso”, según la definición de Carrió, quien muy pronto se halló en la cumbre de las encuestas de opinión–, muchos encontraban la explicación de sus penurias materiales o, quienes no estaban afligidos por ellas pero eran progresistas, la del penoso desempeño de la coalición en la que habían puesto sus ilusiones.

No quiero dar a entender que los dirigentes políticos hayan sido apenas el chivo expiatorio de la crisis argentina. Tienen en ella una responsabilidad de primer orden, aunque la corrupción explique sólo parcialmente las inconsue-

tuencias, la ineptitud y las cobardías que han mostrado en el ejercicio del gobierno. La censura que hoy los hostiga no es arbitraria ni puede ser comprendida nada más que como efecto de un discurso orientado a producir “el culpable”. Pero ese discurso, que no es portador de convicciones razonadas, sino de “evidencias” que son del orden del todo o nada, contribuyó a esa representación simplificada que hizo converger todos los males en el comportamiento moral de los políticos profesionales.

Voy a terminar con la cita de una declaración del canciller francés que lei en estos días a propósito de la política exterior de George W. Bush: “Nos amenaza un nuevo simplismo, que consiste en reunir todos los problemas del mundo en una sola lucha, la del terrorismo”. Parafraseando esta declaración, diría entonces que el simplismo fue entre nosotros el de reunir todos los problemas del país en una sola lucha, la de la corrupción política. Se le ofreció así, a la sociedad argentina –largamente acostumbrada a victimizarse– el causante único de todas sus frustraciones. □

La crisis de una hija dilecta del Consenso de Washington

Ricardo Mazzorin

La Argentina enfrenta una crisis sin precedentes en su historia contemporánea y las interpretaciones que intentan dar cuenta de ella caen por lo general en un reduccionismo moral, que oscurece el proceso de profundas transformaciones estructurales que se pusieron en marcha en la década de los 90. Este reduccionismo moral se expresa en un juicio apodíctico: “la corrupción de la clase política” o, en forma más sofisticada: “la matriz mafiosa del Estado”.

Esta simplificación de la complejidad de la crisis encuentra su mejor condensación en las conclusiones del informe de la comisión parlamentaria que ha investigado el lavado de dinero, cuando dice “la matriz mafiosa que recorre la historia argentina precede la existencia misma de la República”. Este

juicio ignora que la corrupción ha estado presente en la historia del desarrollo de los capitalismoes centrales a los que generalmente se mira como el paradigma de un capitalismo exitoso.

Esta visión de que la corrupción política o la matriz mafiosa del Estado explican la crisis de la Argentina parece insuficiente para dar cuenta de los enormes desequilibrios que produjo el régimen de política económica inaugurado en la década del 90. En esta década se sentaron las bases de lo que se denominó “el Consenso de Washington”, que se convirtió en el paradigma de desarrollo más influyente. El decálogo (Williamson J., 1990) de las reformas que las economías emergentes o dependientes debían abordar para entrar en la senda virtuosa del desarrollo capitalista implicaba la puesta en marcha de políticas orientadas al mercado, lo que se dio en llamar una aproximación amis-

tosa al mercado. Este nuevo enfoque teórico así como su catálogo de reformas estructurales apareció dando respuesta a la crisis del modelo de sustitución de importaciones. La desregulación de la economía, la privatización de las empresas públicas, la apertura comercial y financiera, la legislación favorable a la inversión extranjera, la adaptación de instituciones que garantizaran los derechos de propiedad privada llevaban implícita la idea de que había un fuerte complemento entre el ajuste estructural y el crecimiento económico.

Zygmunt Bauman, en su libro *En Busca de la política*, sostiene “...que este mundo como cualquier otro mundo humano, ha sido hecho por humanos y que, lejos de ser producto de las inescrutables e invencibles leyes de la naturaleza o de la naturaleza humana, irredimiblemente pecadora, es producto, en alto grado, de lo que solamente podemos denominar la **economía política de la incertidumbre**”, y agrega “...la economía política de la incertidumbre es el conjunto de reglas para acabar con las reglas”, impuestas por poderes financieros, capitalistas y comerciales extraterritoriales a las autoridades políticas locales”. Así, sigue diciendo Bauman “...la economía política de la incertidumbre se reduce esencialmente a la prohibición de reglas y regulaciones –políticamente establecidas y garantizadas– y al desarme de las instituciones y asociaciones defensivas que impedian que el capital y las finanzas fueran verdaderamente *sans frontieres*”. Este texto de Bauman ilumina el sentido último de las propuestas contenidas en el Consenso de Washington, la idea de desregular, privatizar, liberalizar, en otras palabras: apartar del camino al Estado y dejar en libertad a las fuerzas del mercado.

La convertibilidad, la liberalización financiera, la apertura irrestricta de la cuenta de capital del balance de pagos, la apertura comercial y el proceso de desregulación de la economía iniciados en aquellos años llevaron a la Argentina a una zona de vulnerabilidad y de trampa financiera que explica la crisis económica y social que la agobia. En un contexto de acceso fácil al crédito externo, en el marco de la globalización financiera, la economía tendió a crecer un creciente déficit en su cuenta

corriente, que al depender de fuertes ingresos de capitales –particularmente de corto plazo– amenaza la estabilidad macroeconómica, ya que una reversión brusca de los flujos ocasionaría una crisis de liquidez y un problema de solvencia financiera. La primera señal de esta vulnerabilidad se produjo en 1994 durante la crisis del Tequila, cuando la Argentina asistió a mínima a una fuga de capitales que golpeó a la economía nacional. Ese año el PIB cayó más de 4 por ciento a pesar de la ayuda que recibiera del FMI, que evitó así el colapso del régimen.

En una reunión celebrada por el BID en Jerusalén, en abril de 1995, donde se discutió el problema de la volatilidad de los flujos de capitales, Cavallo decía lo siguiente: “...la fuente de crecimiento de la productividad de la economía argentina (1991/1994) fue una profunda desregulación de la economía; Argentina no solamente abrió su economía a la

inversión extranjera y al comercio, sino que al mismo tiempo desreguló mucho de su economía doméstica, para permitir que los mercados en lugar del gobierno asignen los recursos. Adicionalmente privatizamos la mayoría de nuestras empresas públicas, concentrando las actividades del gobierno en la administración de la política macroeconómica y en el suministro de aquellos servicios básicos que sólo el gobierno puede proveer. También adoptamos algunas instituciones extraordinarias que ayudaron a resituar el sentido común de los ciudadanos y también de nuestros políticos en sus modos de pensar y comportarse. Nuestra política monetaria, por ejemplo, está basada en un arreglo muy simple: el Banco Central fue transformado en una Junta Monetaria, la cual sólo imprime dinero en función de su reserva de moneda extranjera; toda la moneda que circula en la Argentina está respaldada por moneda extranjera. Tal



arreglo envía el mensaje de que el sistema monetario no puede crear crédito simplemente imprimiendo moneda y que nadie puede aumentar la competitividad devaluando la moneda. Una vez que este mensaje se internaliza en todos los actores económicos—tanto políticos como hombres de negocios privados—llegarán a entender que los gobiernos que incurran en déficit y las empresas que se encuentren en problemas financieros, solamente obtendrán financiamiento si encuentran a alguien que les preste sobre una base voluntaria. [...] Todos los participantes de la economía recibirán entonces una valiosa reeducación sobre cómo funciona una economía o debería funcionar...”

El programa expuesto por Cavallo en esta reunión muestra la fuerte influencia ejercida por el Consenso de Washington en el diseño de la política económica y, asimismo, exterioriza el fuerte componente de disciplinamiento social implícito en el programa. La idea, como dice Bauman en el libro mencionado, de que “...A parte del margen de excludidos y prescindibles que están perfectamente seguros de su exclusión y prescindibilidad y por lo tanto, no son receptivos a las políticas de la incertidumbre—, no son necesarios los panópticos, ya sea en su pesada versión antigua o en su versión más liviana y actualizada de alta tecnología. La libertad de mercado es el único instrumento que hace falta para condicionar completamente la conducta humana que mantiene en marcha a la economía global...”

La sobrevaluación cambiaria que indujo el régimen de convertibilidad así como la apertura al comercio exterior, explican en gran parte la caída, en términos absolutos, de la ocupación en el sector manufacturero. Todo el aumento de productividad alcanzado por la industria argentina para cerrar la brecha con la del resto del mundo se logró, más que por un aumento significativo de los niveles de producción, por la reducción del empleo en las empresas. Esta situación se agudizó a partir de la devaluación mexicana en 1995, las devaluaciones de los países asiáticos en 1997, la de Rusia en 1998 y finalmente la de Brasil en 1999.

El régimen de la Junta Monetaria o Caja de Conversión implicaba que fren-

te a un escenario internacional donde todos los países devaluaban sus monedas la única acción posible era la deflación competitiva, esto es que se debía lograr una inflación inferior a las de sus socios comerciales, la que sólo podía ser obtenida con niveles de actividad extremadamente bajos. Una política de esta naturaleza tiene indefectiblemente como consecuencia un crecimiento del desempleo y de las desigualdades, acompañado todo ello por quiebras de empresas.

Las privatizaciones de las empresas públicas también contribuyeron al aumento del desempleo por la vía de la incorporación del avance tecnológico y por una mejor y más eficiente organización del trabajo.

La creciente desregulación del mercado de trabajo, que perseguía el objetivo de flexibilizar las relaciones salariales, llevaba a la reducción de los salarios nominales en el marco de la estrategia de deflación competitiva dictada por el régimen de la Junta Monetaria. El régimen cumplía así la promesa de disciplinamiento social que se había impuesto, la creciente desocupación—el ejército de reserva del viejo Marx—bloqueaba las demandas salariales e introducía una fuerte competencia entre los trabajadores, garantizando de esta manera las reducciones salariales. Obligaba a las empresas incapaces de hacer frente a la competencia externa a ser transferidas a la propiedad extranjera, a relocalizarse en otras zonas geográficas o bien a quebrar.

Un proceso creciente de desustitución de importaciones generado por la sobrevaluación cambiaria y el consecuente abaratamiento de los insumos importados, creó un déficit de comercio interindustrial que más que triplicó las importaciones, que unido a las fuertes transferencias de intereses de la deuda pública y privada llevó el déficit de la



cuenta corriente del balance de pagos a la cifra de 12.000 millones de dólares anuales. Dado que el sector privado fue durante todo este período deficiente en divisas, esta transferencia sólo fue posible a través del endeudamiento del sector público. Esta política que permitía a las empresas privatizadas de propiedad extranjera, así como a los grupos financieros más concentrados realizar las transferencias de sus ganancias al exterior—seguro de cambio mediante dado por la convertibilidad—, llevó a la percepción por parte de los inversioneros extranjeros de que la Argentina seguía una trayectoria de insolvencia financiera, lo que provocó la suspensión del financiamiento externo y la fuga de capitales. En 1992 la deuda externa representaba 27,4 por ciento del PBI, alcanzando en 2000 55% del PBI. Este aumento del endeudamiento consentido y celebrado por el FMI está en el origen de la vulnerabilidad financiera de la economía argentina. He aquí la paradoja del Consenso de Washington, que en 1998 invitó a Carlos Menem a presidir conjuntamente con Bill Clinton la Asamblea General del FMI como representante de la aplicación exitosa de las recetas neoliberales.

Como se aprecia en todo este largo relato, la crisis por la que atraviesa la Argentina se explica más por las transformaciones estructurales orientadas por el nuevo paradigma del desarrollo que por la corrupción de la clase política. Esta afirmación no implica desconocer la corrupción del régimen que, según algunos cálculos, por ejemplo el realizado por E. Basualdo en su libro *Sistema político y modelo de acumulación*, se habría apropiado en forma de comisiones de una cifra que rondaría los 5.000 millones de dólares.

Sostener, como decía la Alianza, que el alto desempleo, la pobreza y la exclusión social se explican sólo por la crisis moral de la clase política, parece cuanto menos una ingenua simplificación que condujo a un diagnóstico que afirmaba como punto central de su agenda la lucha contra la corrupción, origen de todos los males que afligen a la sociedad argentina.

Así, los problemas del desempleo, la pobreza, la exclusión social y la distribución desigual del ingreso podían resolverse una vez que se hubiera elimi-

nado el mecanismo de apropiación ilegal de recursos financieros por parte de funcionarios corruptos, dentro del mismo régimen de política económica.

Sin lugar a dudas la lucha por la transparencia de las decisiones políticas, la reducción del espacio de creación de los poderes invisibles, la creación de mecanismos de control ciudadano y el sinceramiento del financiamiento de la política son todas tareas ineludibles que el progresismo debe acometer para elevar la calidad del sistema institucional.

Finalmente una crisis agónica se abatió sobre la sociedad argentina. El país que, tres años atrás, fuera exhibido como la experiencia más exitosa del Consenso de Washington, se encuentra sumergido en la depresión más profunda que registra su historia económica. El régimen de convertibilidad estalló el 3 de diciembre de 2001, cuando el último ministro de economía del gobierno de la Alianza, extraña paradoja, impuso el control de cambios, firmando así el certificado de defunción de la Caja de Conversión.

Una vez más se le ofrece a la República una salida a la crisis pensada esta vez como confiscación definitiva de sus poderes públicos. En palabras de Rudi Dornbusch: “...La Argentina está esperando, para el próximo pago de su fianza, otro envío del Fondo que le ayude a resolver, en el pasado, la miríada de tópicos irresueltos en la economía, la política y en el área social como en el pasado. Hay un paquete inútil en el correo. Por supuesto todos saben que ésta no es la respuesta. La verdad es que Argentina está en bancarrota. Bancarrota económica, política y social. Sus instituciones son disfuncionales, su gobierno está desacreditado, su cohesión social colapsada. Habiendo caído tan profundamente no es una sorpresa que la reconstrucción, más que un rápido apoyo financiero, debe ser la respuesta. Argentina se parece a las economías europeas de los años 1920, no es un país con un problema de liquidez que necesita de un año duro para pararse otra vez sobre sus pies como Corea, México o Brasil. [...] Dado que la política argentina se encuentra sobrecargada deberá ceder temporalmente su soberanía sobre todos los tópicos financieros...” □

El coro de la antipolítica favorece la aparición de soluciones autoritarias

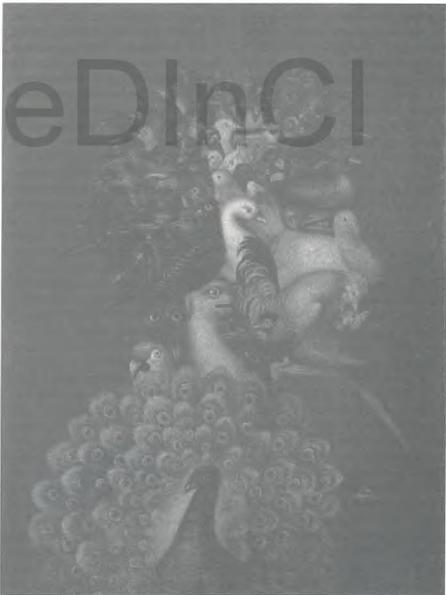
Edgardo Mocca

Parece insinuarse un consenso de final de época. Acaso sea éste, finalmente, el instante resolutivo de la agonía de la Argentina configurada en la década de los 40, que Tulio Halperín Donghi intuyó en los días de la hiperinflación.

Hay una Argentina agotada. Está agotado su régimen fiscal, su diseño federal, su estructura productiva, sus reglas de distribución del poder (presidencialismo, sistema electoral), su sistema de partidos políticos, su modo de inserción en el mundo...

Casi no hay voces políticas medianamente influyentes que no reconozcan ese múltiple y definitivo agotamiento. Detrás de ese consenso hay, sin embargo, un conflicto de diagnóstico, de propuestas y de maneras institucionales de resolver la crisis.

Duhálde se ha hecho cargo de lo que antes de la caída de De la Rúa constituía un amplio frente favorable a lo que genéricamente se había dado en llamar el “cambio de modelo”. Una confluencia vastísima que incluía desde la izquierda ideológica hasta grupos de poder económico perjudicados por la convertibilidad. Un frente que alcanzó



para bloquear a la administración aliancista –que mucho contribuyó con sus propios errores a ese bloqueo– y que aceleró los tiempos de su derrumbe. Esa convergencia se quiebra el mismo día en que cae De la Rúa y se abre la caótica etapa de la sucesión. La erosión y destruyen múltiples contradicciones: el faccionalismo de los caudillos peronistas provinciales marginados del poder, los ímpetus fundacionalistas de sectores de izquierda y los problemas del propio gobierno de Duhalde a la hora de construir una agenda y establecer prioridades para la atención de demandas antagónicas sobre la salud.

Pero hay un problema de fondo que impide la constitución de un gobierno de "unidad" o de "salvación nacional": es el derrumbe de la confianza política.

La política argentina demoró la conformación de un gobierno de unidad nacional –que empezó a vislumbrarse necesario a partir de la renuncia de Alvear a la vicepresidencia– hasta que su concreción se hizo virtualmente imposible.

Como en un círculo vicioso, la importancia de la política generó desafección en la sociedad. La desafección de la sociedad vació de recursos a la dirigencia política y este vaciamiento de recursos de poder alienta la desafección devenida en rebeldía activa. Lo que termina en un grave "problema de acción colectiva": se reducen al mínimo los incentivos para ayudar al gobierno a ordenar la transición por parte de partidos y sectores potencialmente interesados en una transición exitosa. Dicho de otra forma: un discurso de "responsabilidad nacional" tiene muy escasas probabilidades de conseguir audiencias favorables en condiciones de indignación colectiva de las proporciones de las actuales.

Los políticos actúan en los términos que Martín Plot denomina "kitsch político". Atienden una sola de las dimensiones de la acción política: la de la segura sintonía con un sentido común mayoritario prefigurado; desconocen toda función creadora e innovadora de la política. Así sostuvieron la convertibilidad mucho más allá de su funcionalidad para la marcha de la economía. Así actúan hoy tratando de armonizar con el coro antipolítico que articulan los medios y escenifica a ese nuevo

actor tan evanescente como influyente en estos días que es "la gente". En eso consiste el *default* de la política: no en alejarse de las preferencias ciudadanas sino en pretender satisfacerlas sin problematizarlas ni articularlas ni establecer prioridades.

El peronismo de la provincia de Buenos Aires, algunos aliados dispersos del presidente en otras provincias, el radicalismo catatónico después del derrumbe de su gobierno y una parte de los restos del Frepaso que prefieren llevar hasta el final la experiencia de compromiso con el gobierno (haciéndose cargo de las dramáticas responsabilidades que corresponden a esta fuerza en el fracaso de la gestión anterior); esa es la base política del gobierno. Son un sedimento de relaciones de fuerza parlamentarias constituidas entre 1997 y 1999: tienen legitimidad constitucional pero no expresan a la Argentina real. Su destino pende de la posibilidad de manejar la crisis, estabilizar la economía y revertir la depresión. A su vez estas metas están centralmente vinculadas a decisiones de actores extraparlamentarios –el gobierno de Estados Unidos y el FMI– ya que sin ayuda externa será muy difícil salir de esta situación.

Hablamos hasta acá de lo que fue antes de la caída de De la Rúa el frente "antimodelo", y que desde el derrumbe en adelante se ha dado en llamar la "coalición pesificadora". La disputa central en términos de proyecto de país la libra con la "coalición dolarizadora" que simboliza Menem y tiene en López Murphy a su actual figura central. Los dolarizadores son partidarios de doblar la apuesta desarrollada en la última década: sellar una alianza estratégica definitiva con Estados Unidos aprovechando, dicen, la oportunidad que entraña su cruzada antiterrorista mundial.

Jorge Castro, su vocero principal, dice que el gobierno se ha equivocado por seguir "las nuevas verdades universales" que aconsejan la flotación del tipo de cambio, desconociendo la peculiaridad argentina de ser el país más dolarizado en términos relativos del planeta (solamente superado en valores absolutos por Rusia, que tiene casi cinco veces más población). Cuando se les critica pretender fijar a la Argentina en una foto de la actualidad, los dolarizadores dicen que esa foto hubiera sido

mejor hace unos meses y será mucho peor dentro de poco tiempo.

Lo paradójico es que diagnósticos y propuestas antagónicas como las que expresa el menemismo –acaso también De la Sota– por un lado, y Carrió, Kirchner y Zamora, en el otro ángulo pretendidamente progresista, confluyen en un veredicto político institucional: el país no puede seguir en el actual estado de ilegítimidad política; hacen falta elecciones ya para que surja un gobierno legítimo. Y al mismo tiempo se propone una rápida convocatoria a constituyentes para reformar el sistema institucional argentino. Esta curiosa coalición es francamente minoritaria en el Congreso pero expresa bastante cabalmente el ánimo colectivo.

Hay una abilde división del campo político. Una dotando de razones relacionadas con proyectos estratégicos más o menos claros: Mercosur o ALCA; dolarización o pesificación; alianza con el poder financiero o apuesta a la producción. La otra responde a una percepción diferente de los tiempos políticos: transición o parto. Y esta última está intimamente atravesada por el sentido de la oportunidad política; muchos creen en la posibilidad de ser el relevo emergente de la crisis de este gobierno de amplia coalición sin base social.

El peligro que se insinúa es que una parte de este frente partidario de la urgente convocatoria a elecciones esté actuando con una lógica inmediatista y contribuyendo involuntariamente al descalabro económico, institucional y social, y aportando al éxito de lo que en mi opinión es el único actor que se está moviendo con una enorme coherencia programática y táctica: la derecha neoliberal. Es curioso que la indignación popular se concentre principalmente en los perseguidos del neoliberalismo y que, al mismo tiempo, su registro antipolítico confluya con el patrón ideológico neoliberal.

Es necesario distinguir lo que se quiere de lo que se cree. Yo prefiero una transición ordenada hacia una reformulación política, económica y social del país. Veo en el horizonte cercano más probabilidades para un autoritarismo disciplinador, con decorado parlamentario, preludeado por la anarquía social y el caos económico. Nunca desee tanto estar equivocado. □

La democracia es la voz del pueblo que crea instituciones

Jorge Tula

Por qué razones desde el mundo de la política, de la teoría y de la acción políticas, resulta cada vez más difícil prever acontecimientos, aun cuando puedan existir causas que no planteen dificultades insalvables para su previsión? La movilización popular que con variada intensidad sorprendió a políticos, intelectuales y a otros sectores, ¿no podía haber sido prevista, ya sea para remover las causas que alimentan el intenso malestar popular o para preparar respuestas que satisficieran al menos en parte los reclamos de la sociedad? ¿Cómo es posible que las diversas y prolongadas expresiones de conformismo profundo no hayan alertado a la clase dirigente sobre la gravedad de las consecuencias que podían afectar a ella y, lo que es peor, a la sociedad toda? ¿Se trata acaso de un impedimento circunstancial de la dirigencia argentina o de dificultades más profundas que obnubilaban a la política toda? En un país como el nuestro, que había conocido un grado de bienestar como pocos países del sur, niveles de desocupación de menos de un dígito y un cierto igualitarismo que otros no habían logrado, ¿era posible pensar que el paso a un escenario diametralmente opuesto, con cerca de 30 por ciento de la población viviendo por debajo de la línea de pobreza, más de 20 por ciento de desocupación y con una desigualdad como nunca antes había conocido, si este tránsito, decíamos, habría de producirse sin convulsiones sociales y políticas, en un país que, en otras circunstancias acaso de menor gravedad, había reaccionado energicamente?

Como muchos de nosotros, ahora, después de la reacción ciudadana, estemos presos de una buena dosis de perplejidad, se debe al hecho de que no nos imaginábamos que todo esto podía suceder. Sea como fuere, estamos asistiendo a hechos sociales y políticos nuevos, pues diversos sectores han salido a la calle a expresar su protesta ante decisiones políticas y económicas tomadas por distintos gobiernos que se han sucedido en poco tiempo. Y hasta ahora lo han hecho con una persistencia que tiene pocos o ningún antecedente en la historia de nuestro país. Hubo por cierto otras protestas masivas, como el "cordobazo", por ejemplo. Este episodio, si bien tuvo consecuencias a nivel nacional, se desarrolló con intensidad en una parte de nuestro territorio y tuvo otro rasgo distintivo: se realizó durante una dictadura militar. Esta vez, por el contrario, se manifiestan con intensidad diversa, en numerosos lugares del país y durante un proceso democrático lleno de vaivenes. A su vez los reclamos expresan –confundamente en algunos casos, nitidamente en otros– la defensa de intereses particulares, el respeto de derechos que fueron cercenados, mayor eficacia y mejor representatividad políticas y estado de derecho, es decir la sumisión a la ley de todos los ciudadanos sin distinción alguna.



Así las cosas, las consecuencias de las políticas instrumentadas durante la última década del siglo pasado la estamos padeciendo la gran mayoría de los argentinos: menos mercado, menos Estado, menos trabajo, menos reglas, menos bienes y servicios públicos, y por lo tanto mayores dificultades para programar nuestras vidas y vivir dignamente y, a la vez, incremento de nuestra incertidumbre respecto del futuro.

En este complejo escenario han surgido fenómenos novedosos, que acaso requieran de nuevas categorías interpretativas. Y digo esto porque, como es sabido, tenemos la tendencia a leer e interpretar los cambios sociales e institucionales con criterios que hemos heredado del pasado, nos sentimos más cómodos tratando de encontrar hilos de continuidad con un escenario que puede no ser el mismo que el de un pasado incluso reciente.

Si fuera cierto que estamos en presencia de un fenómeno nuevo, entonces deberíamos empezar a dudar de ciertas creencias o teorías que nos han venido acompañando, porque es precisamente en estas circunstancias que las maneras de ver las cosas se encuentran entorpecidas por la incertidumbre.

Si intentamos transitar por este nuevo camino tal vez estemos en mejores condiciones para entender cuáles son las transformaciones que están perturbando a los sujetos de la política democrática y cuál es el espacio que la política institucionalizada tiene actualmente en la sociedad.

En este escenario, que parece ser distinto respecto del pasado, quiero mencionar un tema que ha alcanzado una creciente importancia. Me refiero a la relación entre la política institucionalizada y la base social, que, en circunstancias en las que la democracia se ve perturbada hasta grados extremos, adquiere un mayor grado de complicación.

En los procesos democráticos, la relación de la política institucionalizada con la base social se lleva a cabo de diversas maneras. Algunas veces se limita a la mera satisfacción de los intereses de sectores particulares y a la práctica del oportunismo en las variadas transacciones que se realizan. En los últimos años la política argentina ha transitado por ese camino. En otros casos, la política se siente cómoda permaneciendo en el cielo de los valores, haciendo caso omiso de las vicisitudes del mundo real y prefiere pensar que la única manera de seguir actuando con coherencia es manteniéndose tal como fue siempre. En gran medida esa es la historia de la izquierda argentina. En otras oportunidades la política se esfuerza por establecer relaciones con la sociedad mediante el diseño y la ejecución de políticas públicas. Pero también existen circunstancias en las que esa relación se establece sin mayores trámites, y esto sucede cuando se viven momentos de efervescencia colectiva, clima en el que pueden modificarse las expectativas ciudadanas y, debido a ello, surgir espontáneamente nuevos e intensos consensos.

Pero, por fin, puede haber otros casos, acaso más raros que el que mencionamos en último término, en el que la política institucionalizada se encuentra en una riesgosa situación, debido a que la marcha de las cosas fue generando una cisura con la base social que puede ser incómodamente insostenible. Me parece que ésta es la situación que estamos viviendo los argentinos.

Que esto haya sucedido, se debe a un

cúmulo de circunstancias. Sólo haré mención a dos de ellas. Las transformaciones inéditas que se están produciendo en el mundo, y por cierto en nuestro país, con las peculiaridades del caso, han colocado a la política en una difícil situación que tiene pocos antecedentes. Todavía no puede dar cuenta de la magnitud y profundidad de esos cambios, que acaso sean sólo una muestra pequeña de lo que está por venir. Y tal vez sea precisamente por eso que una disciplina que había quedado rezagada, me refiero a la filosofía política, está siendo convocada, de una u otra manera, para que nos ayude a comprender estas mutaciones, que no son sólo económicas y sociales, sino que se trata de un proceso integral de racionalización de la existencia y de un avance inocultable del reino de las cosas. En este nuevo escenario, la subjetividad de aquellos a los que vivimos en este mundo globalizado y lleno de posibilidades y de riesgos, se ha modificado con parecida intensidad. Ninguna mirada política puede ignorar o abordar con superficialidad este nuevo escenario.

La otra circunstancia a la que me quiero referir brevemente, es al hecho de que la política argentina, tal vez más que en otros lados, mostró serio déficit, que se expresaron, entre otras cosas, en una gran ineptitud de los partidos políticos para comandar un período de gran complicación, en un país que había salido de una salvaje dictadura militar, y que por tanto reclamaba inteligencia, sensibilidad, responsabilidad y audacia a la vez, para recrear las instituciones de un sistema político democrático seriamente dañado, y avanzar simultáneamente en la conformación de una cultura democrática que nos ahorra transitar siempre al borde del abismo.

Me parece que gran parte de esta carencia se debe al hecho que hemos limitado el campo de la acción política



a una suerte de razón de Estado, en el que la política ya no es el arte de preservar la sociedad civil, sino que se convierte en el mero arte de conservar y ampliar el poder. Cuando esto sucede se deja en el olvido a esa otra vertiente que estuvo presente durante mucho tiempo, es decir a la política como filosofía civil, o sea al arte de construir una sociedad en donde los individuos vivan en paz, con justicia y con la mayor dosis de igualdad posible.

Esta concepción reduccionista de la política, que creo que está muy presente en nuestro país, puede haber sido una de las razones que nos ha impedido tener otra mirada sobre la sociedad y nos ha estorbado para advertir que los partidos políticos son sólo uno de los instrumentos de la política, y que en muchos casos, especialmente en momentos de dificultades en la vida de las sociedades democráticas, la política también transcurre por otros espacios que no son necesariamente los de los partidos. No es por cierto una novedad. La historia nos muestra que cuando los partidos carecen de aptitud para auscultar los movimientos subterráneos que se están produciendo en la sociedad, o cuando carecen de respuestas a reclamos sociales básicos, ciertos fragmentos de la base social empiezan a actuar por fuera de la política institucionalizada. En momentos en que los partidos políticos y otras instituciones de la democracia empiezan a mostrar una creciente debilidad, la base social puede verse obligada a buscar otros caminos, cuya desembocadura puede ser incierta si la política institucionalizada no reacciona con inteligencia para dar forma política adecuada a los reclamos de la sociedad.

Dahrendorf dice que, a pesar de ser un gran defensor de la democracia clásica, está convencido de que hay que empezar a repensar los órdenes institucionales a través de los cuales funciona la democracia a los efectos de responder al reclamo del pueblo, es decir de todos los ciudadanos, a tener voz en el ejercicio del poder. Es ese sentido, creo que, tomados globalmente, los reclamos de la sociedad argentina, al menos de una porción significativa de ella, son precisamente tener voz. Y la democracia es la voz del pueblo que crea instituciones, las que, a su vez, controlan al gobierno. □

Debate

Se presenta en estas páginas una síntesis del debate de la mesa redonda, registrado en la segunda jornada, realizada el martes 12 de marzo.

Emilio De Ipola

Juan Carlos Portantiero, Edgardo Mucca, Isidoro Cheresky y Jorge Tula se refirieron desde distintos ángulos al colapso que sufre el país en la actualidad, y aunque ninguno de ellos dejó de mencionar a los actores políticos y sociales, tendió, salvo excepciones, a incursionar dentro de la lógica del panorama catastrófico que dibujaba. La fórmula de Portantiero para definir la situación actual: "crisis de hegemonía sin alternativa contrahegemónica" me parece muy acertada. Presupone la presencia de actores e instituciones en crisis terminal, y alude por ausencia a la falta de alternativa: lo viejo ha dejado de vivir y nada nuevo desputa.

La fórmula me parece justa porque describe descarnadamente y sin resto el estado de cosas existente. Me gustaría sin embargo hacer mención a cómo los actores viven una catástrofe que a muchos de ellos, y siempre citando a un célebre pensador decimonónico, les cayó como un rayo en un cielo sereno.

Sociólogos jóvenes como Gabriel Kessler, Inés González y Maristella Svampa, vienen escuchando e investigando desde hace un buen tiempo la situación de los nuevos pobres, ex clase media. En mi intervención utilizaré un poco a mansalva sus aportes. Y aunque no se ocupan de los pobres estructurales, que con todo guardan una pobreza digna, o una miseria digna, ni de los que empataron, porque hay sectores que han empatado, ni perdedores ni ganadores —entre ellos y por ahora algunos de nosotros— ni de los desocupados, el material que trabajan y las conclusiones que extraen me parecen altamente significativas y quizá generalizables a casos con los que guardan diferencias pero también puntos en común. Y están en el centro de lo que llamaría la nueva cuestión social. En el texto que había entregado, hablé de los cacerolesos y las asambleas barriales, pero no me referí al contexto heredado del menemismo, que seguramente tiene raíces anteriores no me

referí al contexto en el que estas formas de protesta e iniciativas barriales se dan. El menemismo desarrolló una ola formidable de competencia interindividual y por ende de individualismo utilitario, ya sea entre carenciados o entre los ansiosos de llegar primero. La descripción de Portantiero muestra que la crisis del sistema político, del sistema productivo, del financiero, de los partidos y hasta del plano internacional, condujo —o al menos coadyuvó fuertemente— a la fragmentación e incluso a la atomización del tejido social. En su etapa triunfante, el menemismo logró producir identidades sólidas pero no duraderas, porque estaban sustentadas en lo que llamaría la posibilidad de un cierto acceso a nuevas pautas de consumo, como en la época de la plata dulce, vacaciones, viajes, etcétera. Pero esta identidad que algunos llaman "consumista" no duró demasiado.

De todos modos, quisiera decir que

no hay una sino varias maneras de vivir el desbarrañarse. Y cada una de ellas, si no a corto a mediano plazo, puede incidir en la conformación del esbozo de un embrion que se transforme progresivamente en una alternativa.

Es habitual dividir a las asambleas en dos tipos opuestos: las comunitarias, solidarias, no violentas, y las copadas por la izquierda arcaica, que vería en ellas una especie de incipientes soviets; pero algunos dicen que habría que describir primero y juzgar después. Existe un fuerte contenido apolítico en estas asambleas barriales. Esto no solamente abarca a los pacíficos, sino también abarca a un sector de los violentos. Normalmente los violentos son jóvenes. Estos jóvenes son los que de alguna manera ven el futuro sin ninguna perspectiva, no tienen experiencia política y por lo tanto sólo han visto de la política los últimos siete u ocho años. Para ellos la política es toda una por-



quería. Viendo de esta manera las cosas, su violencia no tiene que ver con la adscripción a partidos que quieren hacer la revolución rápida, aunque sobre ellos se enganchen pequeños grupos de izquierda marxoleninotrotskista, pero esa violencia no se explica exclusivamente por ese enganchamiento, sino también por el hecho de que se trata de jóvenes sin perspectiva. Eso no quiere decir que apruebe tales formas de violencia.

Hay otras maneras en que la gente trata de salir de la crisis. Algunos, por ejemplo, se han emancipado, y por lo tanto deciden vivir en la pobreza, despreciar los bienes terrenales y optar por privilegiar otro tipo de valores, religiosos por ejemplo. Así, redefinen su identidad a partir de eso, de un cambio de valores. Hay otros que tratan de hacer la suya, el caso de algunos cuentapropistas, que quieren cortarse solos, sin escrituras, de alguna manera aceptan la falta de reglas de juego y no pagan impuestos, por ejemplo, porque saben que pueden librarse de ellas con algunos triquiñuques. Hay también quienes adoptan conductas solidarias, que ya habían experimentado a través de alguna participación en sindicatos. Otros son multiuso, polifuncionales, y eso les permite adaptarse con menos dificultad a los cambios. Uno de los ejemplos más trágicos es el caso del individuo que ha tenido una carrera profesional a la cual le fue muy fiel, y fue incrementando un capital cultural muy alto, y fue muy fiel a las leyes, y a la ética de ese capital cultural, y en el momento en que se ha quedado sin trabajo, como ha sido muy fiel a eso, ya no puede resignarse a descender de nivel. Hay una *abogada*, lo he visto en un texto sobre *Los de abajo*, que dice: "...a mí me hubiera valido no tener tantos amigos abogados, cuando me quedo sin trabajo, tener amigos gasistas, un mecánico..." es decir, hay gente más polifuncional que es capaz de adaptarse mejor. Parte de ese público, aquel que ha tenido experiencias colectivas previas, y aquel otro, que sabe desembarazarse frente a la crisis, integra el sector más positivo de estas nuevas formas de asamblea, y quizás a través de ellos pueda ir surgiendo alguna manera de alternativa política. Para eso hace falta tiempo, y ésta es una contradicción, una paradoja, porque no hay tiempo.

Edgardo Mocca

Quería hacer una referencia muy puntual a una de las cuestiones que planteó Carlos Altamirano. Básicamente su exposición tiene que ver con esta reducción moralista de la política y la existencia de este coro de antipolítico que avanza y que, en algunos casos, realizan una cierta apelación emotiva a la izquierda. Y digo antes que nada que creo que es un diagnóstico correcto. Creo que este es uno de los síntomas del colapso, para usar una de las palabras que quedó institucionalizada en la discusión. Ciertamente se puede, como hace Isidoro Cheresky —y no quiero marcar una diferencia de principios con esto, en todo caso sí puede haber alguna diferencia de matiz en cuanto a los pronósticos— hacer una lectura de los microtúbulos y de las asambleas populares, por lo menos de algunas de sus facetas, en clave de una expansión de una ciudadanía independiente. Pero quiero decir que el curso de desarrollo de estas experiencias va a ser tributario de cómo se resuelva la crisis en las alturas. De cómo se resuelva el problema del poder.

Antes de esto, quería hacer una referencia a lo dicho por Carlos Altamirano. Pienso que en la experiencia de los 90, que se sintetiza un poco en la figura de Chacho Álvarez, hay efectivamente alguno de estos aspectos de cuño antipolítico que él señalaba. Pero creo que no se agota ahí la experiencia y que, ya no por un problema de lectura del pasado, sino como un problema de hacia dónde puede ir encaminándose un reagrupamiento de izquierda democrática o de centro izquierda, convendría no perder de vista un elemento que no es de política tradicional, pero que tampoco es antipolítico en el sentido crudo que hoy estamos viviendo y por el cual estamos atravesados hoy. Entiendo que en la experiencia de los 90, en la experiencia no del Grupo de los Ocho, me refiero particularmente del 94 en adelante, con la construcción del Frepaso, hay una lectura de la crisis argentina en clave de legalidad, en clave de instituciones estatales, en clave republicana. Aunque insuficiente, por carecer de referencias a proyectos políticos de fondo, creo que sería un elemento para rescatar, para pensar,

aun en condiciones de descomposición como las que hoy estamos viviendo. De no ser así, no nos queda otro instrumento en la mano que no sea el clásico discurso de la izquierda, que dice que el problema excluyente es la estructura económica, el típico relato que dice que en el 76 se impuso a sangre y fuego un proyecto económico vinculado a la oligarquía y al imperialismo, y que todo lo que vino después es una especie de secuencia predeterminada de un plan ajeno a los actores sociales y políticos y del cual estamos viendo ahora el último acto y la descomposición final. Como si las leyes del capitalismo y la globalización, taparan la incidencia de los actores concretos, ocultando un aspecto que en mi opinión es muy importante, y que hoy si se pudiera establecer una agenda de centro izquierda, tendría que estar en su núcleo: el problema del Estado, la ausencia de instituciones, la ausencia de legalidad, el régimen de impunidad y de batalla por el poder desnuda de referencia a reglas de juego medianamente estables. No es lo mismo que decir "los chorros que se afanaron todo". La interpretación "post chachista", y en parte también del Frepaso en su última etapa, fue una lectura defensiva: como no podemos hacer cambios de la economía, hablemos de cuestiones de tipo moral. Pero lo que viene después, particularmente asociado al discurso de hoy de Lilita Carrió, es una reducción, la creación de una categoría, la matriz del Estado mafioso, como omnixplicativa y como eje de la solución de los problemas. Se explota y se hipertrofia uno de los aspectos del discurso de los 90. Y ha quedado como suspendido entre ese discurso y el discurso de izquierda clásica, el problema de las reformas institucionales, políticas y la reconstrucción del Estado.

Yo haría una interpretación acorde con lo que dice Altamirano, pero haciendo la reserva de que no todo discurso que lee la crisis argentina en clave de instituciones, de legalidad y de república, puede ser englobado bajo esta idea de moralización y de reducción antipolítica. Hay un modo de hacer política capaz de recuperar y reabsorber desde la política elementos de la moral republicana que me parece que no po-

driamos dejar de tener en cuenta en un momento como éste.

Carlos Altamirano

Como planteo general, el hecho de que una fuerza política o un político privilegie la cuestión de la moral pública o defina la situación de un país como una situación caracterizada por la degradación moral de sus dirigentes y coloque el tema en el centro del debate, no es para mí algo que por principios tenga que ser objetado. Se conecta o no con la problemática republicana. Lo que quería subrayar es esa operación de simplificación reductora era el vínculo entre el tema de la corrupción y la visión regeneracionista. Toda visión regeneracionista está ligada a la idea de una "tabla rasa", la de un punto cero de la historia tras el cual la sociedad, por obra de un corte rápido, comienza o se refunda en una especie de metamorfosis que produce un ser enteramente nuevo, liberado del mal. Hay muchas objeciones que pueden hacerse a esta visión fundada en una negación de la complejidad del mundo empírico. Lo que impugnaba en ese privilegioamiento no era sólo la saliencia que tenía, sino la interpretación que transformaba esa cuestión en algo así como la clave de interpretación y de solución de la situación nacional.

Se podría hacer un paralelo, para ilustrar mejor esto, con lo que hizo Alfonsín en 1980, cuando publicó su libro, creo que se titulaba *La Cuestión Argentina*. Allí decía que la causa de la frustración argentina radicaba en el extravío de su destino democrático y sobre esa base articulaba una representación de los problemas argentinos y su solución, que convertía la cuestión democrática no sólo en la clave para leer los problemas de la república, sino también para solucionarlos. Entonces, la idea de que con la democracia se come, se educa, etcétera, estaba ligada a ese diagnóstico tanto como a la creencia de que tirando de ese hilo se desatarían todos los nudos que nos oprimían. Toda una imagen de la Argentina, la imagen de una sociedad oprimida por un puñado, una minoría, y que hasta entonces había logrado manejar a las Fuerzas Armadas. Como sabemos, después de 1982 una gran parte de la sociedad

argentina se identificó con ese diagnóstico, y se reconoció en él. Ese diagnóstico hacía de la sociedad argentina más democrática de lo que efectivamente era, más democrática de lo que efectivamente revelaba el comportamiento histórico y el comportamiento reciente de la sociedad argentina. Que eso ocurra, que un dirigente o un partido promueva el alineamiento político en los términos de una disyuntiva —"democracia o autoritarismo", en este caso— no me parece algo que pueda ser objetado. La política tiende a condensarse a veces en términos de un dilema elemental. La cuestión es cuál es la disyuntiva que se plantea, qué alcance tiene la lectura que ofrece de los problemas, etcétera.

Traje el ejemplo de Alfonsín a comienzos de los 80 porque creo que algo así hizo el Frepaso, que también le propuso a la sociedad una imagen de su moral pública más elevada de lo que ésta efectivamente era. Y eso no me parece en principio cuestionable, porque le ofrecía un espejo en el que podía representarse de un modo más exigente la acción pública y la de sus dirigentes. La objeción radica en que el grupo dirigente de esta fuerza terminaría por

crear, o actuaría como si creyera, que la corrupción era algo así como el hilo que permitiría desanudar todos los problemas.

Entonces, vuelvo a mi planteo: simplificación, negación de la complejidad de la situación. No digo que se olvidaron de los problemas socioeconómicos como si la Argentina padeciera sólo problemas de orden socioeconómico o que sólo los problemas de ese orden resolverían el resto de las cuestiones. Me remito a todas las particularizaciones que se hicieron en la primera ronda de esta discusión, las que enfatizó Portantiero, pero también las que expuso Isidoro Cheresky, refiriéndose a que el conjunto de planes, esferas, de la vida colectiva, han entrado en colapso o en bancarota. Por lo tanto no existe una fórmula simple que permita anular todo ese conjunto. Pero vuelvo también al modo en que esa visión, lo que llamo la interpretación moral de los años 90, va asociada al regeneracionismo y a la animación de una suerte de partido informal, una especie de Partido de la Virtud con su promesa de la pronta llegada del Gran Día. Los voceros mediáticos de ese partido han alentado la reinstalación de un viejo conocido, el demonio de



la purificación persectoria. Algo de eso aparece en los escraches. En este sentido me llamó la atención que en la descripción que hizo Isidoro Cheresky de los escraches, indicando como una especie de exceso de un impulso que estaba fundado en la descepción provocada por la falta de justicia, que tendía a producir una especie de extralimitación, faltaba toda referencia al elemento de intolerancia presente en esos episodios.

Quiero añadir algo sobre el discurso contra los políticos. No comenzó en los 90, comenzó a fines de los 80, tuvo sus primeros voceros en la derecha periodística y encontró su gran foro en el programa *Tiempo Nuevo*, en los años en que era conducido a dos voces por Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. Por entonces Neustadt forjó el personaje de "Doña Rosa", que no era sino la primera versión de la "gente". ¿Qué imagen ofrecía del político esa primera versión del discurso antipolítico? El político estigmatizado no era entonces el "corrupto", sino el "estatista", el que interfería la libertad de Doña Rosa (es decir, de la gente) e impedía que pudiera elegir de qué empresa, por ejemplo, quería recibir el servicio telefónico. El político partidario de las regulaciones estatales era parte de lo que se llamaba la "máquina de impedir": impedía las privatizaciones, impedía que los mejores se destacaran, impedía que toda la prosperidad mágica que traía el mercado libre se abriera paso en la Argentina. Y esa prédica antipolítica duró hasta los primeros dos o tres años del gobierno de Menem y fue como un complemento ideológico del proceso de legitimación de la operación transformadora que hizo Menem en términos de adopción del capitalismo neoliberal. Venir de afuera de la política se convirtió en una credencial para hacer política y Menem reclutó a varios de estos "externos", como Reutemann y Palito Ortega.

En la segunda mitad de los 90, aunque la estrella de Neustadt había caído, el discurso contra los políticos profesionales no se retiró más de la escena mediática. Tampoco a va a ser ya monopolio de la derecha, sino que va a contar también con sus centros emisores de izquierda. Pero emitida por la izquierda periodística, esa prédica contra los políticos profesionales no tomó como blan-

co al estatismo, sino a la corrupción. De todos modos el discurso no va a ser menos elemental y demagógico que el de Neustadt, y programas como los de Hadad y Lanata van a producir un efecto convergente. Entonces, cuando vemos o escuchamos que desde la televisión o la radio se impulsa de manera sistemática, no ya el hostigamiento de los políticos, sino incluso el ejercicio de la coerción física sobre ellos, no se puede ser insensible a esa fenomenología, a esa forma de acción, cuya última manifestación fue la de Alemán y que mostró una escena que era verdaderamente vergonzosa.

Ahora voy rápidamente al ejemplo de las asambleas. De hecho, hay poco análisis sobre qué ocurre efectivamente en las asambleas. Cómo funcionan estas. En primer lugar, porque son muchas, no todas son reducibles a un solo patrón, viven diferentes dinámicos, el número de concurrentes regulares es variable, y por lo tanto, no es fácil reducirlas a un modelo que esclarezca o sirva para dar cuenta de todos los fenómenos. Uno podría encontrar algunos datos en común, es decir, existe cierto igualitarismo de base muy importante, por ejemplo, lo que da derecho a hablar es ser vecino, etcétera. Pero más allá de unos pocos datos, las cosas comienzan a diferenciarse y a singularizarse lo que ocurre efectivamente en cada caso. Por ejemplo, en el discurso de Tula, ha habido menos análisis y más llamados a prestarles atención, a no clausurar la expectativa en torno a lo que allí está en curso, su planteo es más bien prescriptivo. Si a continuación uno se hiciera la pregunta ¿qué sabemos? No sabemos mucho. Ahora bien, para responder a la otra pregunta, ¿qué podemos esperar, lo queda no es sólo hacer conjeturas en torno a lo probable. Y acá me refiero claramente al planteo de Cheresky. Porque en política no se razona sólo en términos de posible o imposible, sino más prácticamente en términos de probable e improbable. Entonces, ¿es posible que en estas asambleas esté operándose un proceso que renueve la democracia argentina? Cómo contestar: no, es imposible. Pero hay otra pregunta: ¿es probable? Eso nos obligaría a nosotros a intentar hacer un esfuerzo de conocimiento mayor acerca de lo que está en curso allí. Nada más.

Emilio De Ipola

Hay algo que dijiste, Altamirano, no lo dijiste hoy pero lo exististe en tu texto muy al pasar, que me parece tiene una cierta importancia: una cierta tendencia de la sociedad a victimizarse. Lo he visto en las entrevistas que han hecho estos jóvenes sociólogos a los que ya me referí. Hay una idea de que siempre la culpa es de otro. Hay un monólogo de Tato Bores que es extraordinario: "La culpa es de otro". Es complementario lo que lo decís al respecto.

Las asambleas son un fenómeno tan reciente, que uno no puede hablar todavía de lo probable, pero sí de lo posible. Porque todavía no se puede hacer una investigación, uno puede destacar que existen. Después pueden dispersarse o pueden avanzar. Pero todavía no se puede pedir que se institucionalicen inmediatamente. No se puede porque tienen muy poco tiempo. Pero sí se puede hablar de su existencia.

Jorge Tula

Es cierto, no creo que haya la cantidad de elementos necesarios para poder hacer un análisis serio y profundo de lo que sucede en las asambleas, porque algunos hemos participado poco o nada y, si participamos, lo hicimos en un lugar y no en otro. Es cierto, se recogen informaciones de algunos que estuvieron en otros lugares y la información que se recoge es de gente vinculada a organizaciones políticas, que puede obtener una mirada sesgada, prejuiciosa o no. Y sobre lo que decía Altamirano de posible e imposible, probable e improbable, con un avance tan superficial, o con tan pocos datos, es difícil hacer un análisis sobre la base de lo probable y lo improbable. Y tal vez uno tiene una tendencia a privilegiar el movimiento social antes que las expresiones políticas que este movimiento social puede llevar a cabo.

Todo eso es cierto, como es cierto el tema de los excesos. En todos los momentos de turbulencias sociales, los excesos están a la orden del día. No deja de haber excesos, incluso en sociedades que tienen menos historias de paso fácil a los extremismos. El nuestro es un país donde el paso a los extremismos de diversos tipos es casi evidente. Es lógi-

co que se hayan manifestado estos excesos como los escraches y este tipo de cosas. Pero nos preocupa, nos molesta, y uno prefiere otras cosas.

Este es un costado de las manifestaciones turbulentas de la sociedad, que hasta ahora ofrece cierta resistencia, pero que uno, si es que se deja guiar — no puede dejar de hacerlo — por la historia, sabe que estos momentos de turbulencia tienen un lapso de vida, que luego decaen y que a veces quedan cosas de las cuales es posible valerse para reformular o recrear instituciones. Me parece, por los datos que he recogido y por algunos cosas que me ha tocado presenciar, que en esto hay mixturas en el discurso, dejando de lado las actitudes físicas, el escrache, la violencia hacia los políticos — yo creo que Mocca ha dicho al respecto que esto viene de hace tiempo —, esta incientivación de la antipolítica por los medios y a través de otros instrumentos se ha consolidado con cierta facilidad en la Argentina, porque estaba adentro en un escenario propicio. Es cierto, creo que tengo tendencia a intentar encontrar los costados positivos de estos fenómenos. Porque tal vez piense que es un ingrediente importante para que la política y las organizaciones políticas se recreen. Porque tengo la sospecha de que si esto no hubiera sucedido, las organizaciones políticas *per se* no hubieran tomado dimensión de la crisis que vive el país ni hubieran tenido un disparador para reflexionar sobre sí mismas, para intentar modificar no sólo los programas y los discursos políticos, sino las organizaciones políticas, que son algunas de las razones por las cuales todos estos fenómenos se han producido. No he visto en los partidos políticos una tendencia a repensarse a sí mismos, a salir de esos espacios que tienen poca relación cotidiana, diaria, permanente, con la sociedad, a privilegiar una intensa vida interna, que generalmente carece de efectos positivos para la política. Creo que, para utilizar una palabra de Proteriano cuando habla del colapso, esto más que una crisis es un colapso y de este colapso no se sale sin repensar el sentido de los partidos políticos, y sostengo que por sí solos ellos no están en condiciones de hacerlo. Más allá de las buenas intenciones no veo actores que se encaminen hacia eso. Por eso los partidos

están encapsulados, intentan incorporarse a la vida política, se ven expelidos por la ritualidad de los organismos que obturan cualquier posibilidad de recibir aires nuevos, jóvenes y no tan jóvenes. Y cuando obstinadamente, a pesar de eso intentan seguir el camino de la política en el marco de los partidos, terminan clonándose con los viejos dirigentes, como es el caso de Franja Morada, del partido radical.

También, en las asambleas se dieron cosas que merecen ser tenidas en cuenta, y hablo desde lo de lo que me tocó presenciar en alguna asamblea y en algún recinto institucional, como por ejemplo cuando algunas organizaciones barriales fueron a la Cámara de Diputados, a la comisión de Derechos Humanos, a hacer reclamos. Entonces me preocupó el tono marcadamente autoritario de personas que creían tener la verdad, que trataban con desprecio a los diputados que los habían recibido. Así, se podía advertir que, si bien no a todos, en general se manifestaba ese desprecio, esa enemistad incommensurable con los políticos, y eso no podía dejar de molestarlos. Pero a la par de eso, yo creí observar un discurso con

una serie de reivindicaciones que no eran necesariamente antipolíticas. No sostenían la obsolescencia total de los partidos políticos, sino más bien afirmaban que estos partidos estaban incapaces, por las razones antes dichas, para enfrentar un camino de transformación de la situación existente. En realidad estaban exigiendo puertas abiertas que permitieran transitar por los caminos de la política institucionalizada, con criterios de representación. Y muchas otras reivindicaciones que son las reivindicaciones republicanas, no sólo la defensa de los derechos individuales sino también de los derechos de los otros, eso es lo que diferencia una mirada republicana de una mirada liberal; que podía ser abonado también por otras cosas que uno lee, escuelas privadas que empiezan a autogestionarse, porque saben que sus hijos no pueden ir a las escuelas públicas porque no dan abasto, que promueven que los padres que no puedan pagar sus aranceles paguen con trabajo... insinúan un tránsito que no puede dejar de llamarse la atención. El asunto es cómo hacen las fuerzas políticas para relacionarse con estas expresiones, que considero políti-



cas, pero al margen de las organizaciones políticas institucionalizadas. Creo que pueden existir dos, tres o varias alternativas, además de la cooptación con el riesgo de la clonación. Puertas abiertas para que den aire sin el requerimiento de la cooptación, sin la exigencia, sin la necesidad, sin la intención de la cooptación. Estoy pensando en una fuerza política que advierta con seriedad la necesidad de recrear estas organizaciones políticas, que requieren de aires nuevos. Los aires nuevos no necesariamente se dan cuando vienen personas nuevas, a veces vienen personas nuevas con aires viejos. Pero sí es cierto que existen sectores, franjas, que se han expresado en las calles en estos tiempos, con ciertas apocalipsis republicanas y es posible que los partidos puedan recibir en una relación distinta –no sé exactamente cuál– a esta gente para emprender un camino de remodelación de sus estructuras.

¿Y cómo es posible salir de este colapso? Yo digo: con más política y con organizaciones políticas recreadas. Y tomo todo ahora otra cosa que dijo Portantiero, el colapso institucional, el colapso de los partidos políticos que se han provincializado, digo, no existen partidos que sean nacionales, son fragmentos provinciales que reclaman la satisfacción de los intereses particulares de sus provincias. Portantiero dice: en un escenario de esa naturaleza, aparece de nuevo la figura política de la coalición, va a ser imposible gobernar la Argentina sin coalicionar a estos fragmentos políticos que abundan en nuestro país. Eso dificulta aun más el proceso, la construcción de una fuerza política de izquierda que pueda aceptar y enfrentar este desafío con posibilidades de éxito. Ya no se necesita un sujeto responsable, se necesitan sujetos responsables y que hayan advertido las dificultades que existen para que una alianza electoral se convierta en una coalición de gobierno.

Para mí el escenario del futuro inmediato está teñido por escepticismo, porque no creo que se esté alumbrando algo nuevo. Hay insinuaciones de fuerzas políticas que tienen discursos sesgados. Altamirano se refirió de manera extensa a las fuerzas políticas que centran su propuesta en un discurso moral, que tiene importancia en un país corrupto

por la corrupción, pero que sabemos es absolutamente insuficiente. Y no veo todavía insinuaciones siquiera de agrupamientos de dirigentes políticos que empiecen a marchar hacia la construcción de una nueva fuerza política que de cuenta de esta situación.

Ese es el tema –de nuevo regreso a mi obsesión–, de una situación de colapso se sale con más política y con instituciones políticas inteligentes. Y veo con dificultad la construcción de una fuerza política inteligente, veo con dificultad la política para pensar, no sólo lo que pasa en el país, sino lo que pasa en el mundo. Ese es un tema de una gran envergadura, porque una fuerza política que enfrente con audacia e inteligencia esta crisis deberá pensar cómo una fuerza política nacional se inserta en un escenario de globalización, y no veo que eso esté presente en las discusiones políticas. A la par de eso, pienso que es muy difícil salir a buscar el proyecto nacional. Un conjunto de ideas que piensen este territorio donde vive una población que tiene una cierta identidad cultural, cierta historia política... y que sepa poner límites. En esta situación de colapso tenemos cientos de problemas. Uno de ellos, el de los hospitales públicos, en un país que no tiene industrias, a ninguna fuerza política se le ocurre plantear, por ejemplo, producir genéricos para los hospitales públicos. Cosas que se hacen en otros países, desarrollados o no, que saben que hay cierto tipo de tareas que hay que hacer, pero para hacerlas es necesario enfrentarse con intereses poderosos. Y no olvidemos, por ejemplo, que una de las razones por las que cayó el presidente Illia fue por el tema de los medicamentos y una ley cuestionada por los laboratorios extranjeros.

Termino enfatizando mi escepticismo respecto del futuro inmediato, ante la ausencia de datos que insinúen expectativas para salir adelante.

Isidoro Cheresky

Creo que en el curso de esta discusión quizá se refleje más el estado general de cosas que nuestra capacidad para situarnos frente a ellas. La discusión me parece muy importante y he escuchado contribuciones significativas, pero la sensación que tengo a esta altura es que

probablemente esto sea una exposición bastante errática de una serie de cosas que suceden, sin que podamos establecer una conexión entre ellas. Me da la impresión también de que el curso de la discusión revela una situación en la que cada uno de nosotros toma aspectos accidentales o circunstanciales para desarrollar un argumento. Creo que hay algo más fuerte que siento en la discusión, y es que frente a una realidad no sólo novedosa sino que produce perplejidad, como alguien ha indicado por ahí, prevalece sin embargo el temor. Pienso que hay una cierta tendencia, lo digo abiertamente porque creo que es así, a refugiarnos en nuestros prejuicios y en nuestras prevenciones y a tener, quizás en algunos aspectos, una escasa productividad.

Para situarme en el argumento que quiero desarrollar, entiendo que hay una coincidencia al menos mínima de las tantas cosas que se han dicho, sobre la profundidad de la debacle, de la bancarrota o como quiera llamarse, y de sus aspectos políticos. De todos modos, tal como argumentamos, todos convenimos en la profundidad de la crisis de la representación política. Creo que la crisis de representación política es una crisis de la sociedad argentina. Es una crisis de las instituciones y de las costumbres. No es una crisis de los de arriba, es una crisis de las instituciones, pero también de las costumbres, del modo en que la sociedad se relaciona con la política. Sin embargo, ese diagnóstico general sería insuficiente y se colocaría en una equidistancia general según la cual no se sabría cuáles son los puntos de inflexión de esta situación.

En esa profunda crisis de representación, efectivamente hay dos aspectos que he mencionado y también lo han hecho los demás participantes en esta mesa.

Uno, es la frustración que ha producido la experiencia de la Alianza. Esa frustración es la de una esperanza política reciente, sobre la cual se ha argumentado para entender la ruptura de un lazo de una representación que fue fructuosa en un momento y que se derrumbó, creo que hay que decirlo, por la ineptitud; este es un término vago que abarca un montón de aspectos, de quienes tenían a cargo la dirección.

El otro aspecto tiene que ver con

efectivamente en la Argentina ha habido, sobre todo en los 90, un "discurso único", es decir, un consenso que no era sólo sobre las reglas institucionales, sino que tenía una amplitud muy grande y abarcaba sobre todo un pacto de no crítica, de silencio, de convención, sobre el funcionamiento de la economía, sobre el tipo de desarrollo capitalista de la Argentina.

Ahora, estos aspectos, que tienen que ver con la crisis de representación, lo que ponen en juego es, en primer lugar, la responsabilidad de los dirigentes políticos, el tipo de clase política que ha habido en la Argentina. Entonces no puede plantearse un argumento que eluda la centralidad de ese déficit. Participo de la idea de que la responsabilidad no es de "los de arriba" en su conjunto, pero el problema de la representación política no tiene equidistancia. Quienes se dedican, quienes tienen ambición de entregarse a la vida pública, son los primeros responsables del éxito y del fracaso. Y creo que el primer fracaso no proviene de la extendida corrupción, que la hay, y sería un capítulo a tratar, y que la hay en una medida diferente de otros capitalismos y diferente de otras sociedades; pero el fracaso y la base de la exasperación con la política es la incapacidad de la representación política. A estos dos factores me he referido anteriormente, la frustración de la experiencia de la Alianza y el consenso del "discurso único", como aquellos que están en la base de la incapacidad para contener a una sociedad que tenía factores de descontento y de crisis con la representación política, desde los orígenes del ciclo menemista. Entonces, lo que me sorprende es que llegamos a un debate en donde se alzan los escudos y las lanzas, es decir, donde aparece en primer plano la sospecha frente a la sociedad movilizada. Hay una especie de examen, un escrutar, que me parece un poco metafísico en su procedimiento, porque hay muy poca experiencia y muy poca lectura concreta, y hay mucha especulación en lo que se dice, y me gustaría ver en qué fundamento se sostiene; pero en definitiva se procede a una aproximación sospechosa a lo que según esa perspectiva es el elemento problemático: "la gente" que sale a la calle. Y eso, en un mundo donde la norma es el retiro a la vida

privada. Pareciera que se trata de ver si esa movilización corresponde a los cánones consagrados.

Creo que me he manifestado de un modo que algunos considerarán enfático, pero que pretendió ser explícito sobre la naturaleza variada, heterogénea, de este fenómeno. Si tuviera que hacer una síntesis de lo que he escrito sobre este punto diría que considero, por un argumento que voy a traer nuevamente a colación, que esta movilización de la sociedad es de naturaleza política, no por lo que la gente dice simplemente, que también podría ser un argumento, sino por el modo, por el tipo de movilización, por el sentido que es inherente a los acontecimientos. El otro rasgo de la activación social que señalé es su heterogeneidad y que, en consecuencia, está caracterizada por la negatividad. No se trata de un movimiento social que tiene objetivos y finalidades, sino de una reacción, un plebiscito negativo frente al poder. Ahora, creo que esa experiencia es fundamental, porque ha sido una experiencia de poder que considero positiva. Pienso que una democracia equilibrada es una democracia donde la gente tiene alguna injerencia en la vida

pública. Creo que el recurso, el dispositivo principal de la ciudadanía democrática, es el voto. Pero un espacio público activo, una sociedad civil fuerte, es deseable, y justamente ha sido una de las carencias características de las nuevas democracias e incluso su decadencia es característica de las democracias desarrolladas. Entonces, es una buena experiencia. La experiencia fundante, no lo voy a desarrollar acá pero lo tengo que decir, se produjo el 19 de diciembre de 2001; frente a un sistema institucional que mostraba incapacidad para dar una salida a un *impasse* político, a un gobierno débil e incapaz frente a una parte de la sociedad que se revelaba en primer lugar en su variante más silenciosa y más imperiosa a través del saqueo y del desorden social, de crisis de la organización de la vida pública.... Creo que frente a eso, los caceralesos dieron el empujón final al gobierno de De la Rúa y de ese modo aportaron un elemento de regulación de la vida política, que tenía un sentido político. No voy a entrar acá en los detalles de mi argumento, pero creo que esa es la primera significación política, es una adquisición que se confirmó des-



pues con el tipo de articulación que tuvo esta movilización urbana y vecinal frente a Rodríguez Sáa, y lo que se descubrió y se confirmó es que frente a un poder fragmentado y débil, había una presencia y una voluntad ciudadana que reclamaba un orden. Creo que hay que distinguir esta experiencia colectiva—los grandes cacerolazos—de la que, según las encuestas y las estimaciones, participaron tres millones de personas en el contexto urbano de Buenos Aires y de las grandes ciudades litorales, y con un consenso mucho más amplio de otras expresiones colectivas derivadas. Esa fue una experiencia mínima y negativa, y aquí negativamente quiere decir que junto intereses e ideales variados convergen en el rechazo a cierta modalidad de funcionamiento del poder. Ahora, sobre esa base han pasado otras cosas dentro de este conglomerado heterogéneo que no puede ser reducido a un sentido único. Está la gente afectada en sus intereses, que no debe ser desprechada. Por lo que sólo tendemos a decir que hay una experiencia, hay un factor que considero sumamente interesante y variado como experiencia que son las asambleas barriales, a las cuales no me referiré en mi texto.

Escuché con sorpresa una serie de imputaciones. Porque esa diferenciación para mí es clara. Esta movilización social que se expresa en asambleas, que conozco poco, pero lo suficiente como para considerarla una experiencia básicamente de deliberación colectiva, de auto organización, tiene un carácter en parte profundamente vecinal, donde gente que no tiene participación en la vida pública empieza a lidiar con la experiencia de actuar en común. Si quieren que les diga, me parece extraordinario que eso suceda. Lo digo abiertamente. Es la posibilidad de que en la Argentina haya algunas formas desarrolladas de sociedad civil. Por cierto, quiero decir, para abundar, lo señalé anteriormente, me parece que esto es mucho más significativo cuanto que una de las grandes debilidades de la democracia argentina es el retroceso de la vida pública. Esta es una reaparición, reemergencia en la arena pública. Hasta ahora la arena pública estaba regida por el imperio de los medios de comunicación. Es decir,

la tónica de la vida pública, de lo que se discutía, de lo que era significativo, de lo que tenía que tener en cuenta la clase política estaba suministrado por las encuestas, como medidoras de la opinión. Uno de los efectos de esta activación ciudadana es la variedad de centros de emisión, que irradian de todo, por supuesto, pero diría que hasta cierto punto han cambiado o tienen la potencialidad de cambiar las cosas que se debaten en la sociedad. Como lo he dicho explícitamente en mi texto, no creo que venga un sentido nuevo o un programa de acción política "de abajo", de las bases, porque esa virtualidad política les sea inherente. Hay modos muy fáciles de ridiculizar la concepción de una vida pública o un espacio público democrático, reduciéndolo a alguna de las variantes del populismo. No es para nada mi idea ni mi argumento.

Pero, ¿sobre qué base se considera que esta experiencia es antipolítica? ¿Por qué se critica a las instituciones políticas? El sentido de esta movilización, al menos en su cauce principal, es compatible con la reforma política; no hay en ella una alternativa al orden político democrático. Ni tampoco una aspiración caudillesca, por el contrario.

Me parece curioso que nos pongamos las pilas buscando ahí un sentido antipolítico cuando desde los 90 se ha instalado en la Argentina una idea antipolítica que es justamente la del "pensamiento único", la de la política como administración, la política hecha por los técnicos. La Alianza, el fracaso de la Alianza, alguno de los elementos identificables que tiene es justamente la ausencia de debate político, el convencionalismo respecto del discurso dominante. Entonces, ¿por qué descubrimos el antipolitismo en las asambleas barriales? ¿Les vamos a pedir a los vecinos lo que la clase política y los intelectuales no fuimos capaces de hacer? ¿La política consistiendo en qué? ¿En el puro acto formal de la representación?

Para ir terminando, me quiero referir a lo siguiente. Cuando he hablado de esta movilización, me he referido a su ambivalencia, y no sé si ustedes lo han hecho, yo escribí un texto referido a esos peligros y lo publiqué. Me gustaría que cada uno de ustedes, que tienen

opiniones al respecto, haga lo mismo, porque creo que efectivamente existen potencialidades de otra naturaleza en esa acción pública. Y creo que los escraches son una ilustración de ello.

Lamento que Carlos Altamirano se haya referido a eso también bajo el tono de la sospecha. El escrache puede ser también un recurso que ingrese en nuestra deliberación, puede estar acá mismo, entre nosotros; el recurso consiste en encontrar un chivo expiatorio en torno al cual organizar el propio sentido de lo que uno quiere decir. Por ejemplo, he tenido que releer rápidamente mi texto, porque pienso que el escrache no es una extralimitación aunque empleé esa palabra en mi texto. Y de pronto escuché a Altamirano que decía que yo sostenía que era una extralimitación. El procedimiento del escrache entre nosotros consiste en lo siguiente: al emplear la palabra extralimitación sería como si dijera la movilización social es de buena naturaleza y se excede un poquito. Como si hubiera una desviación de algo que es bueno por naturaleza. Ahora bien, no es de ningún modo el sentido de lo que escribí en éste, ni de lo que escribí en ningún otro texto. Sin embargo, hay una especie de alerta que se formularía en estos términos: ¿estamos dando cuenta suficientemente de los peligros de ese movimiento? ¿No nos estaremos pegando a un renacimiento populista, a una especie de movilización anti institucional? Entonces según esa perspectiva nada de lo que se diga es suficiente como advertencia. Hace falta escrachar para que uno esté seguro de que no se va a contaminar de ese peligro anudado.

Creo que esa posición no es una posición intelectual productiva, no la referida a nuestro escrache, que podemos olvidarla rápidamente, sino esta actitud frente a este proceso que es la experiencia de la activación social, una de cuyas tantas manifestaciones son las asambleas barriales. Creo que deberíamos estar atentos porque efectivamente no hay milagros, y sí creo que si no hay elementos que también —y cuando digo también digo también y no sólo— sean posibilidades de renovación que vengán de quienes tienen interés en la vida pública no veo cómo podemos pensar en una recomposición política. Al fin hay gente que en la Argentina tiene

interés en la vida pública. Si no tenemos la expectativa de que algo también venga de ahí, creo que entonces quizá tengamos una idea excesivamente autoritaria de la institución del orden democrático. Reconstituir la representación política supone eso, no supone ingenuamente "lo que la gente no quiere", no supone sobreinterpretarla por parte de una clase política clarividente, pero supone sí estar en conexión con la gente que tiene interés en la vida pública. Entonces tenemos que tener disposición intelectual para hacer eso.

Creo que acá no hay un problema empírico. Yo podría esgrimir el tema de lo que sabemos y lo que no sabemos, he intentado saber un poco a través de mis propios recursos. Pero creo que acá hay un problema conceptual, que me gustaría que discutiéramos: qué es la democracia. Es decir, cuál es nuestra idea de la vida política y qué lugar tiene lo que no es instituido dentro de la concepción de la vida política.

El último punto menor es el siguiente. Pienso que hacer gala de escepticismo, no sólo desconfianza de esto y aquello, se ha transformado en un rasgo intelectual. Yo mismo en lo que publiqué en *Página 12*, al contrario de lo que parece que algunos han entendido, dije que era esceptico con las posibilidades futuras de lo que está sucediendo, y con eso me refería también, por supuesto, a estos movimientos colectivos. Y me refería también a las asambleas barriales. Dije eso. Que era esceptico. Está publicado. Eso es lo que yo decía. Disculpenme que sea enfático, pero hay que discutir sobre la base de lo que cada uno de nosotros dice y no sobre alguna otra suposición.

El ser esceptico, sin embargo, me parece que puede ser un límite, y me esioy refiriendo en primer lugar a mí mismo, en el sentido de que, bueno, está bien, somos escepticos, pero creo que nuestra responsabilidad intelectual es ver qué de lo que sucede puede ir en el sentido de alguna transformación. No podemos ser simplemente aquellos que registramos el curso aparentemente ineluctable de las cosas. Ese es mi último punto. Y lo digo en la nota que presenté la semana pasada: creo que no deberíamos asociarnos simplemente a algo que nos está sucediendo, que es muy negativo, y que tendríamos que ver en qué medida podemos intervenir para una

recomposición. Gracias.

Edgardo Mocca

Quisiera hacer una puntualización. Altamirano habló de lo probable, lo improbable, lo posible y lo imposible. Y creo que entre todos nosotros hay una diferencia que tiene más que ver con lo deseable y con lo temible. No puedo decir qué es lo más probable que ocurra. No quisiera circunscribir lo que digo a las asambleas populares, sino que me refiero a todo el conjunto de la situación. No sé qué es lo más probable. Me faltan no sólo datos, sino también elementos conceptuales de análisis. Pienso que cuando nos ponemos a hablar del tema de las asambleas populares, está lo que deseamos y también lo que tememos. En mi caso, si tuviera que decir lo deseable, sería que hubiera una madurez en el sector de la dirigencia política como para producir a tiempo y en forma autorreformas del sistema, y cuando digo sistema no sólo digo el sistema organizativo sino los valores, el sentido de la política, las diferencias, las alternativas, los conflictos. Y de este emergente movimiento, de este fenómeno de

las asambleas populares sería bueno que pudiera surgir alguna forma de control, de equilibrio, de *accountability*. En general, sobre la democracia participativa se habla más en términos normativos y en términos de deseos, que de definiciones institucionales. No conozco bien fuera de las formas de la democracia semidirecta, que incluso están incorporadas a nuestra Constitución, qué quiere decir tener una democracia participativa. Pero creo que lo deseable está en discusión entre nosotros porque entendemos de distinta manera, por ejemplo, qué son los partidos políticos. No solamente los partidos políticos en la Argentina. Hubo varias intervenciones que lo dijeron: en los partidos políticos hay acomodo, hay oligarquía. De esto se habló hace un siglo desde Michels a esta parte, esto no es un invento argentino. ¿Es posible un sistema de partidos políticos totalmente transparente, participativo, democrático-directo, de movilización permanente de los afiliados, de consultas sistemáticas orientadas a valores y demás? Creo que como idea reguladora, como objetivo que siempre debemos tener y empujar —un funcionamiento



más abierto, más transparente— esto así. Pero pensar en una salida política a un sistema de partidos de esas características en la Argentina, me parece que no va en la dirección de una posibilidad concreta.

Y quiero hacer una aclaración en este punto. Mis referencias críticas apuntan al discurso predominante sobre las asambleas populares; no hablo sobre las asambleas populares, porque yo he ido a una u otra más bien puntual, en algunos casos particulares del barrio en el que vivo, pero no tengo un conocimiento como para hablar de las asambleas. Pero sí conozco los discursos. Conozco el discurso de Miguel Bonasso, por ejemplo, quien considera a las asambleas populares un *revival* de la lucha de los 70. Conozco el discurso de Lema de Giardinelli, el manifiesto de un conjunto de intelectuales que circula en estos días. Están ubicados en las antipodas de lo que yo pienso. Y cuando digo esto no me enojo con el tipo que está con la cacerola protestando porque le robaron o siente que le robaron las ahorros. Tiene razón ese tipo. No es a eso a lo que me estoy refiriendo. Me estoy refiriendo justamente al discurso que se monta sobre ese fenómeno. Cuando se habla de la posición de los intelectuales hay que tener en cuenta que no se habla de una posición unívoca. Acá hay muchas posiciones de los intelectuales. Hay posiciones reformistas, hay posiciones gradualistas, hay posiciones refundacionalistas, hay posiciones trotskistas, hay de todo, como en botica. Entonces tengo una de esas posiciones posibles de los intelectuales, que no es tampoco de descalificación de la protesta popular. Porque, además, eso sería meterse con el derecho a la manifestación pacífica en un estado de derecho, y está lejos de mi intención. Pero el discurso político es la cuestión. Se dirá "no escuchas todo lo que se dice en las asambleas", pero "que se vayan todos", y "chorros devuelvan los ahorros", como si los que se lo hubieran llevado fueran los que están en el Congreso, ése es el sentido predominante, la voz que más se hace escuchar entre la multitud de voces, la que le da forma al conjunto. Entonces, no estoy descalificando todo. No estoy diciendo que no pueda pasar nada bueno con eso. Al contrario. Pero también tengo temores. Y cuando se

habla de escepticismo, no tengo escepticismo sobre qué va a pasar con las cacerolas o con las asambleas, tengo escepticismo y más que escepticismo pesimismo sobre lo que va a pasar en el país. Porque lo que se está jugando acá no es si las asambleas se convierten en el poder popular democrático participativo. Lo que se está jugando es si sostenemos el sistema democrático o no; desde mi punto de vista está en riesgo la estabilidad democrática. Y cuando juzgo los discursos sobre lo que está pasando en la calle, lo hago sobre ese patrón: cómo juegan en relación a que tengamos una salida institucional ordenada como mínimo. Y si fuera posible, más abierta, más democrática, más participativa. Insisto en esto último, porque no tengo intención de ponerme a discutir el movimiento popular. Discuto lecturas, miradas sobre el movimiento que está recorriendo hoy las calles. Tengo profundas diferencias no con Isidoro Cheresky, con quien a la vez tengo mayor cantidad de acuerdos que desacuerdos, pero sí disiento con su mirada sobre muchas de las cosas que están ocupando el espacio principal de discusión y de juicios sobre lo que está ocurriendo en la calle.

Juan Carlos Portantiero

Creo que la discusión ha tenido una deriva, que ha transformado en central el tema de la reconstitución del movimiento popular como movimiento político y en particular el caso de las asambleas. Y me parece que en el transcurso del diálogo hemos ido dejando de lado un punto de partida, que era el de la complejidad del colapso o la complejidad de la crisis. Que se desmerece en el análisis si sólo nos ponemos a considerar las expectativas que puede provocar en nosotros, positivas o negativas, este nuevo ordenamiento del espacio público, que creo que en el fondo todos saludamos, pero que no constituye el único rasgo de la situación presente. Por eso voy a hacer referencia a este tema de las asambleas, o de la reaparición o reconstitución del espacio público, pero también abordaré algunas otras dimensiones. Si digo que una de las maneras de caracterizar sintéticamente la situación es que se trata de una crisis de hegemonía sin alternativa contrab-

gemónica clara, lo cual produce esta sensación de pantano y alimenta cierto escepticismo sobre el futuro inmediato, quiero decir que esta situación afecta tanto a los de arriba como a los de abajo, al gobierno como a la sociedad; y que del colapso no se puede salir, o no se podrá salir, sin que se produzca una transformación profunda de las instituciones. De todas las instituciones. Porque son todas las que están en colapso. Porque si tuviera que decir quizás cuál es la primera institución que hay que rehabilitar, diría que es la moneda. Porque cualquier horizonte futuro de la Argentina, como sociedad, no podrá remontarse sin la existencia de un sistema económico, un sistema financiero, una posibilidad de reactivación económica, y la consiguiente—y no necesariamente consecuente en el tiempo, sino simultánea—reformulación de políticas de justicia social. Porque me parece que es evidente que el marco general de este colapso está contenido por una sociedad que desde hace cuatro años vive en una depresión económica y que no tiene horizontes inmediatos que puedan alimentar una expectativa de cambio de esa situación. Más aun, creo que es este tema de la depresión económica el que ha cambiado la calidad del cuestionamiento de la política. Porque si bien decía Altamirano en un principio, el cuestionamiento de la política de principios de los 90 tenía que ver con que la política era un obstáculo para el desarrollo del país, era una máquina de impedir frente a la vitalidad del mercado, hoy, tras la depresión, el juicio sobre la política es diferente. La política ya no es quien impide que el mercado irrumpa, sino que es equivalente a la expresión de una clase explotadora, que se queda con el excedente que produce la economía. Es decir, que estamos frente a un cambio de mirada que me parece muy significativo. Y que no puede tener otra explicación que esa situación de insatisfacción generalizada por la economía. Además de reformar esas instituciones, la moneda en primer lugar, tampoco se sale de este colapso sin reformar la política, sin reformar el parlamento, sin reformar la justicia. Y lo que nos tenemos que preguntar es en qué lugar del tiempo en este proceso, como nos aparece como inevitable, estamos. Y esto tiene que ver, por un lado,

con el gobierno y con la sociedad. La sociedad, empezando por ella, para retomar el tema, desde hace rato busca formas no sé si alternativas, pero diferentes, de ejercitar la representación política para dar lugar a sus demandas. Lo de las asambleas es la última forma que apareció. Pero si hacemos una recapitulación en el tiempo, por lo menos en los últimos dos años, no es la primera. Creo que tiene más impacto porque de alguna manera cacerolazos y asambleas, fenómenos mucho más urbanos que generalizables a todo el país, incorporan a la escena pública a un sector de la sociedad que ve, con razón, peligrar su lugar en el sistema. Esto no la descalifica para nada, pero explica la capacidad de expansión y de significación colectiva que tienen sus reclamos. Los piqueteros existen desde hace dos años. O más. Y tienen que ver con el reclamo de los excluidos. De los que reclaman algún lugar bajo el sol. Y por lo tanto, negocian y regatean sobre cosas muy concretas. Subsidios, planes de trabajo, la posibilidad de acceder a recursos mínimos. Y el conjunto de la sociedad, y de los que ocupan cargos en los gobiernos, puede encapsular ese fenómeno, reducirlo, transformarlo en un espacio de negociación, en un lugar en donde se pueden establecer, aun, mecanismos de clientelismo y de patronazgo. Sin embargo, este otro fenómeno, de los cacerolazos y las asambleas, en cambio, adquiere una dimensión mucho mayor que la anterior. Porque efectivamente es distinto el reclamo que pueden hacer las clases medias urbanas ocupando las calles que el que pueden hacer estos sectores más marginales de la población. La idea que algunos grupos de izquierda manejan acerca de la posibilidad de articulación entre los dos fenómenos, me parece que es más un acto de voluntarismo que algo que pueda cuajar dentro de la realidad. Ahora bien, yo no me sentí aludido por las palabras de Isidoro Cheresky, entre otras cosas porque no había opinado sobre los cacerolazos y sobre las asambleas. Pero no me siento culpable de pensar con un dejo de sospecha metafísica sobre las asambleas. Al contrario, veo como muy positivo todo lo que pueda significar una reactivación del espacio público en una sociedad como la argentina, donde la calidad y magnitud de su capital

social es muy baja. Es muy baja por distintas razones. Porque una podría decir, cómo va a ser baja si acá se han censado cien mil organizaciones de la sociedad civil. Pero cuando uno escarba un poco sobre esa presencia de la sociedad civil advierte que es mucho más ficticia que real. Pero no importa, no es eso que quiero señalar ahora. Lo que quiero señalar es que todo lo que impulse y aliente esa forma de participación me parece un hecho saludable. En realidad, en una encuesta de fines de febrero se muestra que 20 por ciento de la población dice que ha participado de estas asambleas y movilizaciones callejeras. Es un número muy importante. Lo cual indica que este es un fenómeno nuevo. Y ahí sí estoy de acuerdo con las precisiones que hacía Mocca. Y en desacuerdo con cierta visión que sí me parece más metafísica de Isidoro. Tenemos que ver, además de lo que significa esto como movilización negativa, en el sentido de que tiene más capacidad de veto que de *propuesta*, cuál es la productividad política que pueda tener. Hay un punto de vista límite que dice que se vayan todos y que estas asambleas ocupen el lugar del poder público. Esto

pienso que no lo creen ni los que lo dicen. Porque una cosa es peticionar, una cosa es vetar y otra es gobernar. En el otro extremo están los que señalan que el fenómeno genera una dinámica que lo condensa a su entropía, que va a desaparecer, que simplemente hay que dejar que pase el tiempo, pues la gente se va a aburrir y va a dejar de ir. Si una percepción me parece mala por voluntarista y poco real, la otra me parece diabla, porque si efectivamente ha habido un capital de movilización colectiva, sería bueno que ese capital pueda encauzarse dentro de una reformulación de las reglas de la democracia. Lo que me da la impresión es de que eso no es una tarea simple. Al contrario, es muy difícil. Transformar esa espontaneidad en algo productivo que implique reglas de organización, propuestas, deliberación que pueda dar lugar a decisiones, me parece una tarea que esas movilizaciones por sí mismas no pueden resolver. Porque si lo resuelven por vía de su cooptación por los partidos de izquierda, entramos en el primer de los escenarios, que, reitero, me parece irreal. Y si las dejamos libradas a sí mismas, no creo que puedan darse pautas que las



eleven por sobre el actual lugar de deliberación y de crítica que tienen. Entonces me resulta imposible hablar de la productividad de las asambleas y de las movilizaciones, sin ver cómo eso se puede articular con la política, con la política institucional. Y ahí también viene una nota pesimista. Porque es tal el grado de repudio colectivo a la clase política, son tales las limitaciones que los políticos tienen, subjetivas y creadas por el medio, para hacer un autoexamen y para transformar su modo de operar, que creo que ese encuentro va a ser muy difícil que se produzca. Hace pocos días en un diario que a una de estas asambleas se acercó gente del gobierno de la ciudad de Buenos Aires que en ese barrio dirige los Comités de Gestión y Participación. Una forma pensar que esa podría ser una piedad de articular poderes locales con el poder político de la ciudad. Pero fueron rechazados. Entonces, ¿cómo cuaja eso? Me parece que allí está uno de los grandes interrogantes que hay en este momento, y por lo tanto son las luces amarilladas que se me prenden cuando tengo que imaginar sobre el destino futuro de estas movilizaciones.

Quiero decir dos palabras con respecto al gobierno, porque me parece que es el otro factor importante. De acá no se sale sin reforma, sin transformación. Hay que ver si es posible hacerla. Desde el lado de la movilización popular, no parece que esté clara una agenda de reforma. Desde el lado del gobierno, uno de los gobiernos más débiles socialmente y, a la vez, uno de los gobiernos más fuertes desde el punto de vista de la ficción legal: ningún gobierno de los últimos tiempos ha tenido el apoyo parlamentario que tiene éste: sin embargo, lo que parece predominar como conducta son estrategias de supervivencia, que sólo permitirán que el gobierno se mantenga en el poder hasta que esas estrategias estallen. Si ello sucede el panorama sería peor porque se abriría el vacío. Pero si no hay iniciativas que vayan a fondo en cuatro o cinco de los temas centrales de reforma y de transformación, con la mera estrategia de supervivencia, no se puede durar. Creo que el gobierno apuesta a que si no resuelve algunos temas de base, es inútil acometer otros. Concretamente, hoy

piensa que si no puede articular un acuerdo con las provincias y simultáneamente no puede articular algún acuerdo con el capital financiero internacional, es inútil que quiera intentar cualquier otra cosa. Y algo de razón tiene. Pero me parece que esa idea de esperar que estas cosas se consigan paraliza la posibilidad de avanzar en otros terrenos. Creo que el terreno de la reforma de la política es fundamental y en general lo está encarando de manera incompleta. Porque está poniendo el acento, siguiendo el sentido común de las asambleas y de los caucelazos, en que el problema de la política es el problema de su costo. Y no advierte que en realidad el problema de la política es su calidad, su calidad institucional. Y que por lo tanto el problema de la política no se resuelve sin una profunda reforma de los partidos políticos. Si esos partidos políticos que están hoy en el gobierno, porque acá hay una coalición, no advierten el capítulo uno de la reforma que está en ellos mismos, en los costos ocultos de su financiamiento, en la colonización que han hecho del aparato del Estado, en la incapacidad que tienen de diferenciarse frente a los poderes fácticos, en la dificultad para construir un discurso, en aparecer frente a la sociedad como quien tiene que solucionar los problemas y no como quien tiene que plantear los problemas... si no resuelven ellos estas cuestiones, no hay reforma política posible. Porque se podrán bajar los sueldos de los legisladores, o acometer otras medidas aun más graves que van a deteriorar la calidad de la representación so pretexto de que con eso se eliminan los costos, como por ejemplo, achicar el número de diputados o eliminar las llamadas listas sábanas, sin decir con qué instrumento las van a reemplazar que no empeore la calidad de la representación. Pero con ello no se avanza en una reforma que mejore la calidad de la política. Lo mismo diría sobre la justicia, en donde el tema de la Corte es sólo un paso, sólo un punto, un tema. Pero hay en la sociedad una sed de justicia, de justicia independiente, que hace que la sociedad piense en su mayoría que el principal elemento para la lucha contra la corrupción es tener una justicia independiente. Y por lo tanto,

ese es un capítulo que también implicaría una señal positiva frente a la gente. Pero creo que perdido en estas estrategias de supervivencia, no hay energías suficientes como para avanzar por esos caminos. En ese sentido, este es un gobierno de transición y es bueno que se haya definido así mismo como tal. Pero es una transición que no dice hacia dónde va. Es una transición que puede ir hacia un caos, hacia una anarquía o hacia una dictadura o que puede ir hacia otra orilla, pero en ese sentido tiene que definir ya cuál es el libretto para cubrir ese espacio.

Me parece que acá hay una doble responsabilidad. Por cierto, como se ha dicho, las responsabilidades no son equidistantes. No es lo mismo la responsabilidad de quien está en el gobierno, o de quienes aspiran a estar en el gobierno, que la responsabilidad que tiene la sociedad. Pero creo que un análisis integral de la situación no puede dejar de observar los dos variables. Y por el lado de lo que significa el movimiento popular, me parece que tenemos que saber más. Que no es que tengamos que ser necesariamente escépticos, reciojo lo que se dijo, pero me parece que tampoco tenemos que fetichizar lo que aparece como un dato inicial positivo —la ampliación del espacio público—, pensando que por su propia lógica de desenvolvimiento de ahí puede salir la solución a los problemas. Creo que hay un problema de articulación entre política y sociedad, que es uno de los puntos centrales de la crisis, y que ese quiebre de la articulación no lo resuelve la política sola, sin reformas, autoexamen y transformación, pero tampoco lo resuelve sola la sociedad en su movilización espontánea.

Ricardo Mazzorin

Hay un tema que me preocupa y que ha sido abordado por Juan Carlos Portantiero y es el de la complejidad de la crisis o, como decía Carlos Altamirano, la simplificación u olvido de la complejidad. Tengo la impresión, más bien la certeza, de que el sentido común de la sociedad redujo la complejidad de la crisis a dos tópicos que son centrales en todos los discursos que circulan y que funcionan como clave de interpretación o de desciframiento.

Un tópico es de la corrupción de la

clase política que, al decir de Portantiero, aparece como una clase explotadora que se apropia del excedente económico. El otro tópico es el costo de la política, la idea de que la representación política implica una sustracción muy grande de recursos públicos que concurre al financiamiento ilegítimo de las necesidades de una clase política parasitaria. Dos tópicos que articularon el discurso de la Alianza y que, paradójicamente, también articulan el discurso de la derecha.

Esta reducción de la complejidad es funcional a un discurso de derecha que impugna la política como mediación y propone al mercado como el mejor arreglo institucional al que puede aspirar la Argentina. En este sentido va por ejemplo la propuesta de Dornbusch, que sostiene que la única alternativa para resolver la crisis argentina pasa por la confiscación de sus poderes públicos y su sustitución por élites extranjeras que gestionen la economía nacional, probada nuestra incapacidad para organizar una economía capitalista. Así, la Argentina debería ceder su soberanía monetaria, fiscal y regulatoria. Jugando esta mano, sostiene Dornbusch, la Argentina eliminaría los obstáculos que impiden una explosión de su productividad y le niegan la inversión y erradicaría la corrupción como un modo de vida. Este discurso tiene epígonos locales, que son actores permanentes en el escenario mediático y proponen reducir el costo de la política achicando la representación, alcanzar la estabilidad monetaria dolarizando la economía, garantizarle a los ahorristas sus fondos creando una banca *off-shore*. La propuesta es simple, la cesión de soberanía hace innecesaria la representación política y elimina la corrupción como modo de vida, ya que ésta sólo es posible si la clase política tiene acceso a las posiciones de mando del Estado.

El otro tema que me preocupa es que algunos sectores del progresismo interpretan la crisis dentro de esta misma lógica cuando la reducen al costo de la política y a la corrupción. No me molestaría si cuando hablan del costo de la política hubiera una propuesta sobre una nueva institucionalidad. He escuchado pocos discursos acerca de la necesidad de una nueva institucionalidad

fiscal, que no sólo mejore la recaudación e instituya una política tributaria más progresiva, sino que también introduzca criterios de corresponsabilidad fiscal en las administraciones provinciales, que tendan a desarticular los poderes oligárquicos que se basan en asegurarse a las clases medias urbanas el empleo público, a la pequeña burguesía agraria el subsidio y a una baja presión tributaria y a los pobres el asistencialismo.

Otro tema que forma parte de la crisis fiscal del Estado se refiere a la alta evasión. En este debate el progresismo manifiesta sus contradicciones y hace seguidismo al sentido común de la sociedad, de una sociedad sin ciudadanía fiscal que ignora la premisa liberal de *no representation without taxation* y que supone que la evasión sólo se concentra en los grandes grupos empresarios. La construcción de una ciudadanía fiscal, que está en la base del funcionamiento de las modernas economías capitalistas, no ha formado ni forma parte de la agenda del progresismo.

No he escuchado ninguna propuesta respecto de las transformaciones que deberían sufrir las agencias reguladoras

de los servicios públicos privatizados, orientadas a aumentar la transparencia, a instituir un sistema tarifario que contemple no sólo los incentivos a la inversión sino también los aspectos relacionados con una mejor distribución del ingreso. Tampoco he escuchado ningún debate sobre el fenómeno de la captura de las agencias que explica la debilidad institucional del Estado argentino en materia de regulación. La única propuesta que ha formado parte del debate ha sido la de imponer, en la emergencia, a las rentas monopólicas obtenidas por estas empresas un *windfall tax* al estilo de la administración laborista inglesa. Esta propuesta por sí sola no alcanza para resolver el problema de una nueva política regulatoria. Aquí, el progresismo ignora la economía política de la regulación así como las experiencias que en esta materia registran los países desarrollados.

La concentración de la riqueza en manos de monopolios privados, que aparecen como una amenaza para la construcción de una sociedad más igualitaria, sólo ha ocupado un lugar retórico en el discurso progresista. La desarticulación de poderes monopólicos



requiere de un Estado que tenga las competencias técnicas capaces de construir una agencia altamente especializada, que sea independiente de los cambios de su administración política.

El problema que tenemos y que parece que deberíamos abordar alguna vez es que los llamados partidos progresistas, si es que ellos existen, o el progreso en general, carecen de una agenda concreta para la construcción de un Estado moderno con capacidad de administrar criterios de justicia.

Es mi convicción que el seguidismo que hace el progresismo del sentido común de la sociedad le impide convertirse en una alternativa propositiva, capaz de encarar una estrategia reformista que desafíe este sentido común. Es un ejemplo de esta afirmación la frecuencia con la que dirigentes políticos progresistas abonan la idea de la reducción de los salarios de los funcionarios públicos en nombre de criterios de justicia social.

La construcción de un Estado moder-

no requiere de un servicio civil basado en el mérito y la competencia técnica y obviamente en una remuneración adecuada para que esa competencia pueda ser incorporada al sector público.

Creo que una de las tareas centrales es la reconstrucción del Estado. Esta reconstrucción pasa —como bien señalaba Portantiero— por una rehabilitación de la moneda como institución central de la soberanía estatal. La capacidad del Estado para acuñar su propia moneda le restituirá la posibilidad de percibir el señoría, como hacen todos los países desarrollados que, en algunos casos —Italia por ejemplo— han llegado a recaudar por este concepto el 2 por ciento de su PBI. Hay que definir una política financiera que permita recrear un sistema financiero que intermedie el ahorro y la inversión, ya que no es concebible una economía capitalista moderna sin un sistema de crédito desarrollado. Hay que definir una estrategia de refinanciación de la deuda externa que le permita a la Argentina volver a los mercados interna-

cionales de deuda voluntaria. Hay que rediseñar el tema de la seguridad social. Todas estas tareas reflejan la complejidad de la crisis, la que no puede reducirse a una simple reforma moral sino que requiere de la construcción de una nueva hegemonía política.

Es en relación con esta complejidad donde sído mi escepticismo frente al nuevo fenómeno de las asambleas populares, que tiendo a ver como pura negatividad, que expresan —tal como aquí se apuntó— más una capacidad de veto que de propuesta. Reconozco que mi conocimiento sobre lo que se debate en las asambleas es de segunda mano, ya que sólo manejo información periodística, pero sospecho que las mismas poseen una baja productividad para resolver la crisis. Con esta afirmación no pretendo impugnar la aparición de un espacio público abierto a la deliberación política. En esto acuerdo con Meca que decía que cuando hablamos del tema de las asambleas está lo que deseamos y también lo que tememos. Lo deseable para mí sería que los partidos políticos realizaran un profundo autoexamen de sus responsabilidades en la profunda crisis que agobia a la sociedad argentina. Que abandonaran la conducta autorreferencial y la defensa cerrada de sus intereses corporativos. Que abordaran la reforma política no como un simple recurso retórico destinado a satisfacer imaginariamente una demanda colectiva sino como una propuesta para profundizar la democratización de las instituciones, haciendo más transparente la gestión pública y reduciendo el espacio de operación de los poderes invisibles que tanto daño le hacen a la democracia. Que no tomaran al Estado como un coto de caza para ser depredado, utilizándolo como un dispositivo privado para dar empleo a militantes partidarios, para manejar cajas de financiamiento de la política o para traficar influencias. Una reforma que no aparece en ninguna de las propuestas parlamentarias y que creo forma parte de la reconstrucción del Estado, sería la institución de una regla, como la que existe en algunos países desarrollados, por la cual el presidente no puede nombrar y donde el criterio de acceso a la función pública se basa en los antecedentes y las competencias técnicas. □

La izquierda estadounidense II

El silencio de la política kitsch

Este es el segundo de dos artículos —el primero fue publicado en el número anterior de *La Ciudad Futura*— que discuten la forma en que la izquierda norteamericana reaccionó ante los atentados del 11 de septiembre de 2001. En esta oportunidad se analizan las ambigüedades, conflictos y responsabilidades que caracterizaron y caracterizan a las acciones y posiciones públicas de la “izquierda político-institucional”, y cómo estas acciones y posiciones se opusieron y/o facilitaron el clima ideológico generado por el discurso belicista del Partido Republicano. El artículo comienza esbozando una tipología de prácticas políticas que apunta a echar luz sobre las limitaciones que marcaron recientemente el accionar del Partido Demócrata estadounidense, pero que pretende tener un alcance más general. La segunda mitad analiza los detalles de un silencio de la izquierda política que apenas hoy parecería empezar a quebrarse.

Martin Plot

I

¿Son todavía relevantes la acción y el discurso políticos? Lo son, en el sentido de que el resultado de los procesos políticos se ve fuertemente configurado por ellos. ¿Significa esto que la palabra y la acción pública son omnipotentes? De ninguna manera, pero sí significa que son potentes, esto es, que las acciones y discursos políticos, en interacción con otras acciones, discursos, interpretaciones y decisiones, son capaces de influir en el curso de los acontecimientos. ¿Implica esto, entonces, que las acciones y la palabra política pueden influir el curso de los acontecimientos en la dirección deseada? Relativamente: cuanto más una acción o discurso político son inspirados por una interpretación reflexiva, juiciosa e imaginativa, más probable será que dichas acciones o discursos obtengan un resultado cercano al deseado.

De qué forma la palabra y las acciones políticas se manifestaron en el período abierto en Estados Unidos por los atentados del 11 de septiembre de 2001? Para contestar esta pregunta esbozaré primero una tipología para interpretar prácticas políticas contemporáneas. El

primer elemento de esta tipología es la “acción política democrática”, una forma de práctica que habita la tensión e incertidumbre que implica el actuar de acuerdo con principios y desde una perspectiva particular que son asumidos como correctos, pero reconociendo al mismo tiempo el hecho de que otras acciones, que se inspiran en principios distintos y son desarrolladas desde posiciones o perspectivas diferentes, comparten con la acción propia una convicción equivalente acerca de su propia validez. Este tipo de reversibilidad inherente a la percepción de la acción propia, inherente a toda práctica política democrática, se basa en la proyección de nuestra experiencia en un contexto de reciprocidad —un componente elemental de toda sociedad democrática— y es altamente “realista”, dado que toma en cuenta la complejidad de lo real, cuya consistencia depende precisamente de ser percibido e interpretado en un contexto de pluralidad intersubjetiva. Pero esta práctica política democrática es también altamente “principlista”, dado que actúa de acuerdo con convicciones, valores y estilos que no son necesariamente compartidos por los otros miembros del cuerpo político.

El segundo elemento de la tipología

surge de la incorporación de un concepto proveniente del campo estético y de la sociología de la cultura: el concepto de *kitsch*. La forma de acción que propongo llamar “práctica política kitsch”, se caracteriza por intentar escapar de la complejidad de lo real a través de lo que podría sumariamente describirse como una actitud política empirista. Los actores políticos kitsch tratan de hacerse una imagen de la realidad para luego convertirla esa imagen en dato. Los actores kitsch creen haber encontrado esa “fotografía” de lo real en encuestas de opinión, grupos focales y otras formas de asesoramiento “científico” o meramente experto que se encuentran hoy ampliamente disponibles para su uso en la arena política. A partir de ese *input*, los actores políticos kitsch proceden a limitar su acción y palabra política a aquello que asumen aceptable-porque-ya-aceptado. La forma kitsch de la acción y la palabra política sabe que no hay recetas que puedan garantizar el apoyo público a una determinada posición o estrategia y es precisamente ese saber el que genera la incertidumbre a la que intenta dar respuesta. Sin embargo, la práctica política kitsch olvida inmediatamente este saber y se dedica obstinadamente a tratar de anticipar las posibles reacciones públicas que alguna propuesta o posición pública pudiera tener. El resultado de este texto previo deviene entonces guía para la acción.



gobBsAs

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Los actores políticos *kitsch* se desmenujan consecuentemente en una especie de amnesia con respecto a las condiciones de laboratorio en las que las propias guías para su acción y discurso fueron elaboradas. Esto es así, fundamentalmente, porque sus posiciones son testeadas en contextos imaginarios que carecen del elemento esencial de la palabra y acción políticas: su propia capacidad de incidir en las opiniones colectivas. Si no fuera porque el periodismo está crecientemente caracterizado por una actitud semejante, la diversión que provocaría en el público la visibilidad de estas acciones políticas *kitsch* sería realmente inagotable. De todas formas, este autogolpeo de los actores políticos que creen poder definir sus acciones mediante la anticipación de su efecto y por lo tanto limitarse a aquellas cuyo efecto "se sabe" será el esperado, aparece como crecientemente evidente y resulta sólo tolerable para aquellos tipos de almas que se sienten cómodas en situaciones de casi completa heteronomía, esto es, para aquellos para quienes su palabra y acciones no son autodeterminadas en ninguna proporción considerable.

El tercer y último elemento de la tipología es el que propongo llamar simplemente "política ideológica". En este caso, el actor político trata de escapar de la incertidumbre del mundo político mediante la simplificación de la tensión en la que vive la política democrática—tal como trata de hacerlo el *kitsch* político—pero en la dirección opuesta. Las acciones políticas ideológicas se abrazan obstinadamente a principios, pero se niegan a considerar las consecuencias que sus acciones tendrán en la pluralidad del espacio político. Aunque habría que aclarar que la idea misma de principios no debería ser usada de este modo, porque ella implica la aceptación de la pluralidad de perspectivas que caracteriza el mundo de la opinión y la política—esa es la razón por la cual hablamos de "principios," porque no sabemos en lo que todo va a terminar—. De este modo, la política ideológica en realidad lo que hace es transformar los principios en premisas. Mientras los principios inspiran acciones que inauguran procesos cuyo final es desconocido e inconoscible porque serán determinados y condicionados por

interpretaciones, acciones y juicios de muchos otros, las premisas, en cambio, ignoran la pluralidad y conflictividad del espacio político y pretenden desplegarse con la estricta simplicidad de la lógica, restituyendo ilusoriamente la certidumbre que se pierde en cualquier contexto democrático. Esta restitución de la certidumbre es ilusoria porque, a menos que sea impuesta por la fuerza, las premisas ideológicas terminan irrevocablemente estrelladas contra la realidad de una pluralidad de valores, estilos y principios opuestos que funcionan como obstáculos para su despliegue.

Pero si tanto el *kitsch* político como la política ideológica tienden a terminar tarde o temprano confrontando sus límites en la conflictiva pluralidad del juego democrático, ¿por qué habría que criticar esas prácticas? Es necesario que sean criticadas porque tienden a reemplazar la reversibilidad/espontánea y la reciprocidad implícitas en la existencia de un cuerpo político democrático con un doble movimiento de radical objetivación de la realidad y completa subjetivación de la agencia. Las sociedades democráticas suponen una predisposición a verse viendo y pensarse pensando en un contexto de pluralidad, esta es la razón por la cual en su constitución está el desarrollo de complejos sistemas institucionales y magmas de prácticas que no sólo no pretenden evitar esta situación sino que la acogen y celebran. En otras palabras, las sociedades democráticas no son entidades enteramente objetivas (porque no son solamente visibles y pensables), o enteramente subjetivas (porque no son solamente visibles y pensantes), y por ello han creado y siguen creando espacios que hacen posible esta propia autorreflexión.

De todas maneras, esta autorreflexión entra en un profundo cortocircuito cuando los enunciadores y actores políticos, en vez de contribuir a su renovación democrática con el aporte de nuevos valores, ideas y estilos políticos, prefieren "ir a lo seguro" y limitarse a enunciar y proponer aquello que se considere aceptable—porque-ya-aceptado. El *kitsch* político completa así un proceso circular en el que el juicio público es ejercitado sobre acciones y palabras que en realidad se inspiran en una lectura empirista de ese mismo juicio públi-

co. El vacío de sentido creado por esta falta de una práctica política democrática inspirada en principios es ocupado por la simplicidad de la política ideológica, dado que este es el único discurso político libre de chequeo previo *enfoque groups* que se encuentra disponible. Los actores políticos *kitsch* convierten el diálogo natural entre acción política y opinión pública en un círculo vicioso en el que una imagen congelada de la realidad es asumida como única inspiración posible de la política. De todas formas, dada la creciente falta de un *input* fresco en el debate político, el juicio público experimenta una especie de asfixia discursiva en la que las encuestas y los grupos focales miden un estado de opinión que surge de una situación de vacío de enunciación creativa. De esta forma, las premisas antistas de la política ideológica reemplazan al sentido común, ese tipo de sentido que surge de los intercambios y conflictos de acciones y discursos en un contexto de pluralidad institucionalizada como es la democracia—la dinámica de sentido que la política *kitsch* hace imposible—.

II

Espero que el lector haya logrado tolerar la larga introducción conceptual, pero era necesaria por este motivo: para tratar de comprender la frecuente incapacidad de los representantes políticos estadounidenses que se encuentran del centro a la izquierda del espectro político (esto es, el Partido Demócrata) de reconocer sus propias posibilidades de incidir en el estado de la opinión pública y a través de ella en las condiciones que harían hoy posible el desarrollo de políticas, local e internacionalmente, más responsables que las presentes (esto es, que permitirían detener al Partido Republicano en su galopante belicismo y reducir los peligros que este acarrea para los Estados Unidos y el mundo).

En realidad, lo que ocurrió es fácilmente comprensible. El 11 de septiembre se produjo el mayor atentando terrorista de la historia de los Estados Unidos y, para colmo, dicho atentado no podía ser fácilmente procesable en términos meramente criminales, dado que rápidamente se hizo evidente para la mayoría el hecho de que estábamos

ante una acción largamente planificada y ejecutada por una organización que, independientemente de su realismo, manifestaba proponerse la eliminación de Estados Unidos, es decir, lo declaraba su enemigo existencial. Las posibilidades de que una situación como la descrita no despertara una furia nacionalista y guerrera en los estadounidenses eran realmente mínimas, por lo que no hubo mente despierta en Estados Unidos o en el mundo que no temiera lo peor.

Sin embargo, lo ocurrido (por el momento) no fue, para ser sinceros, lo peor. Es cierto que el Congreso se apresuró por dotar al Ejecutivo de todo el apoyo que éste requiriera para emprender su esfuerzo bélico. Es cierto también que fueron pocas las voces críticas que se escucharon, sobre todo en relación con la posibilidad cierta de describir los acontecimientos en términos de erimen contra la humanidad (de una comunidad humana que es ofendida en su pluralidad) y en vez de hacerlo, como mayoritariamente se hizo, en términos de una iniciación de hostilidades por parte de una potencia extranjera (como una nación que se ve obligada a responder al comienzo de una guerra ofensiva por parte de un país extranjero). Pero, aun así, la respuesta inicial no fue la temida. La guerra fue limitada, el fin del régimen talibán casi instantáneo, el júbilo de muchos afganos realmente entusiasta. En concreto, la respuesta exterior e inmediata no se convirtió en el desproporcionado emprendimiento bélico que los peores pronósticos anunciaban.

Pero lo que acabó de decir se limita solamente a un aspecto del proceso abierto por el 11 de septiembre en los Estados Unidos. Me referí intencionalmente a la respuesta "exterior e inmediata" para así pasar luego a las dos dimensiones dejadas de lado por tal definición, esto es, los impactos interior y mediado del ataque terrorista del año pasado en la vida política norteamericana. Es allí dónde el doble movimiento producido por la ausencia de enunciación política creativa generada por la actitud *kitsch* del Partido Demócrata y la enunciación ideológica militante practicada por el Partido Republicano han caracterizado gran parte del proceso. La serie de iniciativas autori-

tarías—tanto en el orden local como internacional—lanzadas por el gobierno de George W. Bush encontraron a los demócratas sin reflejos suficientes para actuar pública e institucionalmente como contrapeso. Uno podría decir que esto no se debe a una falta de reflejos sino a una coincidencia espontánea de programas. Pero tal visión, antes de ser aceptada como válida, debería poder explicar un fenómeno más vasto: el del amplio reconocimiento de aquellos sectores de la opinión—tanto periodistas especialmente como intelectuales—que normalmente se ven expresados políticamente por el Partido Demócrata de que algo grave estaba pasando. En suma, como ha ocurrido ya muchas veces en la vida pública norteamericana, ante ciertos acontecimientos se produce una polarización cultural que rara o tardíamente logra una efectiva expresión en la vida política partidaria. Y este fenómeno es el resultado más evidente de lo que propongo llamar *kitsch* político.

La lista de iniciativas autoritarias emprendidas por el gobierno de Bush es larga. En el campo doméstico, la limitación del acceso al asesoramiento legal básico por parte de varios cientos de inmigrantes de origen árabe detenidos durante los meses que siguieron a los

atentados, la redacción de un decreto presidencial creando tribunales militares que violaban las más mínimas garantías jurídicas de los acusados⁵ y, en el campo económico, la utilización de la recesión económica profundizada por la "guerra" para motorizar aun más recortes de impuestos para el 5 por ciento superior de la pirámide social—el neoliberalismo no es receta sólo para Argentina—, para aumentar exorbitantemente el presupuesto militar y para acelerar las concesiones a los petroleros de Texas autorizando la excavación y explotación en la reserva natural más grande y ecológicamente frágil de los Estados Unidos (situada en Alaska). En el plano internacional, las iniciativas del Ejecutivo incluyeron el renunciamiento al tratado que impedia la prueba y proliferación nuclear de las grandes potencias, las violaciones de principios establecidos de derecho internacional tales como los incluidos en la Convención de Ginebra sobre el tratamiento de prisioneros de guerra⁶ y, fundamentalmente, el creciente unilateralismo que, a pesar de haberse atenuado durante los días que siguieron a los ataques—cuando Estados Unidos sintió la necesidad de samaritanos en su "guerra contra el terrorismo"— hoy ha recuperado e

Siglo XXI Editores Argentina S.A.

NOVEDADES

NOAM CHOMSKY
Cómo mantener a raya a la plebe

JAMES D. COCKROFT
América Latina y Estados Unidos

JACQUES DERRIDA
HELENE CINQUO
Viejos

MICHELLE ARRIVÉ
Lingüística y psicoanálisis

Lavalle 1634 11 A (C1048AAN) - Buenos Aires - Tel.: 54 (11) 4373-8516 - siglox21-arg@sinectis.com.ar

incrementado sus viejos ímpetus. Todo esto, junto con las lógicas repercusiones internacionales de la lista de iniciativas locales enunciada primero. El mejor ejemplo: hizo falta la intervención del célebre juez Baltasar Garzón para que el gobierno de Bush enfrentara la realidad de que al menos Europa no iba a extraditar a ningún terrorista vinculado a los ataques del 11 de septiembre en un país que no respete garantías legales de reconocimiento internacional.

Estas iniciativas internas inmediatas y las perspectivas futuras de una política internacional estadounidense crecientemente marcada por el militarismo, son los principales peligros que la democracia local y la estabilidad global enfrentan hoy como resultado de los ataques de al-Qaeda. ¿Cuál fue la respuesta de la izquierda política partidaria ante estas amenazas? El apoyo incondicional inicial a un presidente que, naturalmente, debía representar a la comunidad agredida; el silencio posterior, cuando la perplejidad empezó a instalarse en las filas democráticas ante lo temerario de las iniciativas del Ejecutivo y lo sostenido de su apoyo en la opinión pública, y, sólo en el segundo tercio de este año, el comienzo de una oposición que aún no es posible saber que dimensión cobrará. El apoyo inicial fue comprensible, sobre todo debido a que las primeras señales locales y globales fueron bastante prudentes — amplia y permanente actitud inclusiva ante las comunidades de inmigrantes de origen musulmán, junto a una respuesta internacional que contempló la necesidad de dotarse de aliados y de actuar en una escala prudente en su preparación para enfrentar al régimen talibán—. Pero los meses de silencio posteriores, producto exclusivo de una lectura del estado de la opinión que aterrorizaba a los democráticos —la mera posibilidad de decir algo que pudiera sonar como poco patriótico les resultaba impensable— han contribuido a la consolidación de una serie de sentidos y discursos que serán muy difíciles de revertir.

Hoy una gran mayoría de los estadounidenses parecen percibirse como embarcados en una "guerra contra el terrorismo" que no tiene por enemigo a un actor colectivo concreto sino a una calificación abstracta. Una guerra así

no tiene, literalmente, conclusión posible. Cuando Bush enunció su "cruzada" contra el mal, no hace más que demostrar cómo este conflicto está siendo procesado en términos de "movimiento" —en su sentido literal de mantenerse activo— que, si bien plantea tener un *telos* aparentemente utópico, en realidad lo único que hace es garantizar su permanencia en el tiempo, lo que constituye el sueño principal de la derecha ideológica estadounidense. Pero esta situación no está, por supuesto, consolidada —no hay momento en que deje de ser posible enunciar una oposición e incidir de ese modo en el rumbo de los acontecimientos—. Los discursos públicos y acciones políticas, recientes de senadores demócratas como Feingold o Daschle son alentadores, dado que no sólo han ocurrido —es decir, rompieron con la parálisis *kitsch* y se pronunciaron en contra de políticas de un presidente que, en las encuestas, goza de 80 por ciento de popularidad— sino que además parecen haber dado comienzo, como era de esperar, a una serie de críticas cada vez más elocuentes. Y eso hasta ha logrado poner al gobierno de George W. Bush, por primera vez en seis meses, a la defensiva.

La actitud discursiva que adopte la izquierda político-institucional (el Partido Demócrata) en sus campañas para las elecciones legislativas de noviembre de este año es de una relevancia difícil de exagerar, pero no hay ninguna garantía de que, una vez más, no se la "prudencia" *kitsch* la que se imponga. Si esto ocurriera, los demócratas difícilmente perderían mucha representa-



ción electoral —en un sistema de distrito uninominal no hay alternativa de izquierda que pretenda preservar lugares de poder que no sea votarlos a ellos— pero seguirían generando los espacios que la derecha necesita para consolidar su coyuntural hegemonía discursiva. Si esto fuera así, no quedaría más alternativa que seguir depositando la esperanza y los esfuerzos en una izquierda público-política local (algunos sectores importantes del mundo periodístico e intelectual) y en una opinión pública internacional que, por ahora, todavía tiene fuerza suficiente como para seguir complicándole los planes a un Partido Republicano que, después de todo, parece seguir empeinado en confirmar nuestro temor inicial: lo peor. □

Notas

¹ En este punto me inspiró en la noción de ideología tal como la usó Hannah Arendt. La diferencia es cuanto al uso que a los proviene de que aquí estoy tratando de analizar sus formas de operación en el contexto de la política democrática contemporánea y no en un contexto social totalitario, como los analizados por Arendt cuando hizo uso de tal concepto. La interpretación de la actitud de la izquierda ideológica fue el tema de la primera parte de este artículo, publicada en el número anterior de *La Ciudad Futura*.

² Tomo la palabra de Merleau-Ponty. ³ Un e-mail que recibí, es cosa misma mañana, de Osvaldo Pedrosa, definía lícidamente el ataque como "fascismo que clama por más fascismo", aludiendo así a la respuesta que pudiera despertar el hecho en los Estados Unidos.

⁴ Uso aquí palabras de Hannah Arendt en su interpretación del juicio a Eichmann llevado a cabo en Jerusalén a principios de los años 60. Véase Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*. Nueva York: Penguín, 1992.

⁵ El decreto sigue aún en proceso de revisión, pero su primera redacción suponía la posibilidad de juzgar a cualquier extranjero sospechoso de pertenecer a —o de haber colaborado de cualquier forma con— al-Qaeda ante tribunales militares nombrados especialmente por el Poder Ejecutivo. Estos tribunales actuarían en secreto, podrían condenar a muerte a un acusado con mayoría simple de los votos presentes (5 miembros, cuatro 3 miembros) y sus sentencias no podrían ser apeladas ante instancia nacional o internacional alguna. Dado su carácter secreto, en teoría, juicios como éstos podrían incluso haber ocurrido ya, pero hay cierto consenso en que éste no es el caso.

Anticipo de la próxima edición de *Dissent*

¿Es posible una izquierda decente?

Este artículo aparecerá en el próximo número de primavera de *Dissent*, en Nueva York, y lo publicamos con la autorización expresa del autor. Es un trabajo deliberadamente polémico que pone en escena un conjunto de temas y problemas de completa actualidad, resultando ocioso intentar explicar quién es Michael Walzer y el papel que juega la publicación que él orienta en los medios intelectuales y políticos de izquierda de los Estados Unidos. Así, *La Ciudad Futura* incluye el material en esta edición con el propósito de aportar una perspectiva innovadora a una comprometida propuesta de debate sobre uno de los temas más calientes de la hora.

Michael Walzer

La oposición de izquierda a la guerra en Afganistán se desvaneció en noviembre y diciembre del año pasado, no solamente debido al éxito de la guerra sino también por el entusiasmo con el que los tantos afganos celebraron dicho éxito. Las imágenes de mujeres mostrando sus caras sonrientes al mundo, de hombres afeitándose sus barbas, de niñas en las escuelas, de chicos jugando al fútbol en pantalones cortos: todo esto fue no solamente una cachetada para las teorías izquierdistas acerca del imperialismo estadounidense sino que además terminó desarmando políticamente a la izquierda. Había (y todavía hay) mucho de qué preocuparse: refugiados, hambre y un casi inexistente respeto por la ley y el orden. Pero lo que se hizo repentinamente evidente, incluso para muchos de los que se oponían a la guerra, fue que el régimen talibán había sido el mayor obstáculo para cualquier intento serio de enfrentar la crisis humanitaria que se avecinaba y que había sido la guerra estadounidense la que había removido el obstáculo. Pareció (casí) una guerra de liberación, una intervención humanitaria.

Pero la guerra no fue, primariamente, ninguna de esas cosas. La guerra fue una guerra preventiva, diseñada para hacer imposible el entrenamiento de terroristas en Afganistán y la preparación de ellos como el del 11 de septiembre. Y en amplios sectores de la izquierda esa

guerra no fue nunca realmente aceptada, ni como justa ni como necesaria. Recordemos los argumentos más comunes contra la guerra: que deberíamos haber-nos dirigido a las Naciones Unidas, que teníamos que probar la culpabilidad de al-Qaeda y el régimen talibán y luego organizar juicios internacionales, y que la guerra, si es que había que pelearla, tenía que ser peleada sin poner en peligro a la población civil. El último punto tenía como objetivo hacer la lucha imposible. No me he cruzado aún con ningún argumento que seriamente tratara de describir cómo esta (o cualquier) guerra podría ser peleada sin poner civiles en riesgo o que tratara de preguntarse qué grado de riesgo podría ser permisible o que tratara de especificar los peligros que los soldados estadounidenses deberían aceptar para así reducir el riesgo de muertes civiles. Todos estos eran temas legítimos en Afganistán, como lo fueron en las guerras de Kosovo o Irak. Pero entre los manifestantes contra la guerra del año pasado, la consigna "paren el bombardeo" no sintetizaba una mirada coherente de dicho bombardeo —o de las otras alternativas posibles—. La verdad es que la mayoría de los izquierdistas se comprometeron con desarrollar una mirada coherente de estos temas; su compromiso era contra la guerra y estaban preparados para oponerse a ella con independencia de sus causas o carácter y sin ninguna preocupación evidente por prevenir futuros ataques terroristas.

Unos pocos intelectuales de izquierda trataron de calcular cuántos civiles realmente murieron en Afganistán, aspirando a que el número fuera lo más alto posible, en la asunción aparente de que si el número era mayor que el de aquellos muertos en las Torres Gemelas la guerra podría ser catalogada como injusta. Por el momento, la mayoría de las cifras son propaganda, dado que no hay ningún cálculo confiable. Pero sostener que las cifras de víctimas civiles importan solamente en ese sentido, es decir, que la muerte número 3120 determina la injusticia de la guerra, es de todas formas errado. Esa asunción niega una de las distinciones morales más básicas y mejor entendidas: aquella entre asesinar premeditadamente y matar sin intención. Y esta negación no es accidental, un producto del olvido o el desconocimiento del mundo moral cotidiano. La negación es deliberada: la muerte accidental de afganos causada por estadounidenses cuenta como homicidio. Esto no sería verdad en ningún otro caso, para ninguna otra persona.

El fracaso radical de la izquierda en su respuesta a los acontecimientos del año pasado nos obliga a hacernos una pregunta perturbadora: ¿es posible una izquierda decente en una superpotencia? O, más precisamente, ¿es posible en la única superpotencia? Quizá la culpa producida por vivir en este tipo de país y disfrutar de sus privilegios hacen imposible sostener una política decente (inteligente, responsable, con matices). Quizás el encono, el resentimiento y el autodesprecio acumulados sean el resultado inevitable de tantos años consumidos en una oposición estéril ante el alcance global del poder estadounidense. Todas estas emociones fueron fáciles de identificar en la reacción de la izquierda ante el 11 de septiembre, en su incapacidad de registrar el horror del ataque o de reconocer el sufrimiento humano que causó, en el *schedenfreude* de tantas de las primeras respuestas, que apenas ocultaron el júbilo despertado por la sensación de que el Estado imperial había finalmente recibido su merecido. Mucha gente de izquierda recuperó su equilibrio moral en las semanas siguientes. Hoy

puede notarse al menos el comienzo de lo que debería ser un largo proceso de autoexamen. Pero muchos otros aún ni siquiera comenzaron a pensar qué fue lo que realmente ocurrió.

¿Hay alguna forma de escapar a la política de culpa y resentimiento en una superpencia? Para empezar a ocuparnos de esta pregunta podemos echar una mirada a las políticas de oposición en Estados imperiales más antiguos. No estoy en condiciones de hacer esto de forma profunda (los historiadores deberían tomar nota) sino sólo de manera esquemática. La guerra Boer (en Sudafrica) es un buen lugar por donde comenzar, debido a la dura oposición que ésta despertó en Inglaterra—pero que no estuvo caracterizada, a pesar de la crueldad de la guerra, por el tipo de autoodio que hemos visto en la izquierda estadounidense—. Los *Little Englanders* tampoco eran hostiles a la política y cultura inglesas, sino que se las arreglaron para enfrenar al imperio sin alienarse de su país de nacimiento. Más aun, eran ellos quienes reconocían en Inglaterra al hogar del liberalismo y la democracia parlamentaria. Después de todo, no son los valores del parlamentarismo (autogobierno, libertad de expresión, derecho a oponerse) los que justifican el dominio imperial. La defensa que George Orwell hiciera del patriotismo me parece una adecuada descripción de los sentimientos de muchos liberales e izquierdistas ingleses antes y después de su tiempo (e incluso de marxistas, los mejores de los cuales eran historiadores como E.P. Thompson, que escribieron con mucha simpatía, hasta románticamente diría, acerca del pueblo inglés). Más tarde, durante los años de Thatcher, y particularmente durante la *Falklands War*, el tono de la oposición fue más agrio, pero para ese entonces ya no había imperio sino nada más que amargas memorias.

Me parece que la historia francesa es similar. Durante la mayor parte de los años imperiales, los izquierdistas franceses estaban tan orgullosos de su "francesidad" como lo estaba la gente de la derecha—y quizá con mayor justificación—. ¿No era acaso Francia el lugar donde nacieron la Ilustración, los valores universales y los derechos humanos? La guerra de Argelia dio lugar a un auto-odio más conocido, cuya mejor manifestación fue la defensa sartraña del terro-

rismo del FLN (en su prefacio a *Los Condenados de la Tierra*, de Franz Fanon): "Dispararle a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, es destruir a un opresor y al hombre que éste oprime al mismo tiempo: lo que queda son un hombre muerto y otro liberado". Esto sugería que matar europeos (la mayoría de ellos eran franceses) era verdaderamente algo bueno, pero Sartre no se ofreció él mismo para ser asesinado y así liberar un argelino más. El suyo era un auto-odio genérico, no personal.

¿Por qué la historia estadounidense no puede ser como estas dos, con largos años de saludable política de oposición y un resentimiento sólo esporádico? ¿No fueron los Estados Unidos la ciudad que iluminó al viejo mundo, la ciudad en la colina, el experimento sin precedentes de política democrática? Yo crecí con el "americanismo" del Frente Popular de los años 30 y 40. Hoy miro esos años a la distancia y pienso que los esfuerzos del Partido Comunista por crear instantáneamente, en un ligero repentino de la línea del Partido, una cultura popular de izquierda, fueron *kitsch* y manipulados pero también piensó que eran políticamente muy inteligentes. La "Balada para americanos", de Paul Robeson, nos provee al menos de una idea, independientemente de la calidad de su música, de lo que un radicalismo estadounidense no alienado podría ser. Los días del 11 de septiembre no hubieran sido un mal momento para un frente popular. ¿Qué fue lo que ocurrió para que algo así fuera impensable?

La Guerra Fría, las aventuras imperiales en América Central, Vietnam ante todo, y más tarde la experiencia de una globalización bajo liderazgo americano: todas estas cosas, por buenas y malas razones, produjeron una mirada izquierdista dominante que tuvo a Estados Unidos por matón, rico, privilegiado, egoísta, hedonista y corrupto sin remedio. El sentido de una misión civilizadora que debe haber sostenido a partes de las izquierdas británica y francesa en un contexto más completamente imperial (léase John Stuart Mill sobre la India), nunca prendieron aquí. La ayuda económica, los cuerpos de paz y los esfuerzos de reconstrucción de naciones nunca asumieron las dimensiones de una "misión"; ellas representaron mayormente la periferia de la política internacional

de los Estados Unidos: carentes de financiamiento suficiente y frecuentemente a la sombra de operaciones militares. Es cierto que ha habido mucho para criticar en las políticas de todos los gobiernos estadounidenses desde la Segunda Guerra Mundial en adelante (véase cualquier número anterior de *Dissent*). Y de todas formas, la crítica izquierdista—más claramente, me parece, a partir de la guerra de Vietnam, desde los tiempos de "America", las banderas del Vietnam y los viajes al "Norte"—ha sido estúpida, exaltada y groseramente imprecisa. La crítica de izquierda ha sido el producto de lo que Philip Roth, en su novela *I Married a Communist*, describió adecuadamente como "una combinación de amargura y falta de pensamiento". La izquierda ha perdido su sentido de la orientación. ¿Por qué?

Invitación al debate

Sin pretender que ésta sea una lista exhaustiva, sugeriré cuatro razones por las que esto ha ocurrido. Este no es más que un argumento crudo, un intento por iniciar un debate.

1. Ideología: los prolongados efectos de la teoría marxista del imperialismo y de las doctrinas mundunistas de los 60 y 70.

Podemos pensar que vivimos en una era post-ideológica, y probablemente la mayoría de nosotros lo hacemos, pero las trazas de viejas ideologías pueden encontrarse por todos lados en el discurso de la izquierda. La consecuencia más sorprendente de esto quizá sea la incapacidad de los izquierdistas para reconocer o admitir el poder de la religión en el mundo moderno. Toda vez que los escritores de la izquierda dicen que la causa profunda del terror es la desigualdad global o la pobreza, lo que esta afirmación muestra es en realidad una negación de los motivos religiosos que efectivamente cuentan. Para esta perspectiva, la teología es sólo temporal, un idioma coloquial en el que se expresa la legítima furia de hombres y mujeres oprimidos.

Unos pocos izquierdistas con coraje describirían al régimen talibán y al movimiento al-Qaeda como ejemplos de un tipo de "fascismo clerical", acordando por lo menos en el adjetivo escogido. Y, quizá, "fascista" es suficientemente cer-

cano también, a pesar incluso de que esta política no parece ser el producto de la degeneración del capitalismo tardío. Al menos esta definición da a la izquierda razones para oponerse al terror islámico, lo que de por sí es un importante logro. Pero sería mejor encontrar razones en la realidad del terrorismo mismo, en la idea de una guerra santa contra los infieles, que no es lo mismo que una guerra contra razas inferiores o naciones extranjeras. En efecto, el radicalismo islámico no es, como el fascismo, una doctrina racista o ultra nacionalista. Algo distinto está ocurriendo y necesitamos comprenderlo.

Pero los izquierdistas de inspiración ideológica prefieren pensar que ellos ya comprendían todo lo que había que comprender. Cualquiera que ataque al poder imperial debe necesariamente ser representativo de los oprimidos y su agenda debe ser la agenda de la izquierda. No hay necesidad de escuchar a sus voceros. ¿Qué más podrían querer que la redistribución mundial de recursos, el retiro de soldados estadounidenses de donde sea que estén, el cese de los programas de ayuda a gobiernos represivos, el fin del bloqueo a Irak y el establecimiento de un estado palestino junto a Israel? No dudo que haya alguna superposición entre este programa y los sueños de los líderes de al-Qaeda, aunque al-Qaeda no es un movimiento igualitario y la idea de que éste apoya una solución de dos estados al conflicto palestino-israelí es delirante. La superposición es circunstancial y conveniente, nada más. Una guerra santa contra los infieles no es, ni siquiera inconsciente u "objetivamente" una política de izquierda. ¿Pero cuántos izquierdistas podrían incluso imaginarse una guerra contra los infieles?

2. Impotencia y alineación: en los Estados Unidos, los izquierdistas carecen de poder y muchos de nosotros no esperamos, nunca, ejercerlo.

Muchos intelectuales de izquierda viven en Estados Unidos como extranjeros internos que se niegan a identificarse con sus conciudadanos, procesando cualquier insinuación de un sentimiento patriótico como políticamente incorrecta. Esa es la razón por la cual tuvieron tanta dificultad para responder emocionalmente a los ataques del 11 de septiembre o para sumarse a las expresiones de

solidaridad que les siguieron. Igualmente importante es el hecho de que aquella también fue la razón por la cual su participación en los debates acerca de políticas posibles que se generaron luego de los ataques fue tan inaudaz; sus propuestas (acudir a las Naciones Unidas, reunir evidencia contra Bin Laden y demás) no mostraban ningún interés acerca de su posible efectividad y no parecían exhibir una comprensión de la urgencia con la que se requerían. Hablaban y escribían como si no pudieran imaginarse a sí mismos como responsables por las vidas de sus conciudadanos. Ese era asunto de algún otro; el asunto de la izquierda era... ¿quién? Oponerse a las autoridades, hicieran lo que hicieran. El buen resultado de esta oposición fue la firme defensa de las libertades civiles. Pero incluso esta defensa desplegó una concreta y deliberada irresponsabilidad e inefectividad, dado que la mayoría de los izquierdistas se apresuraron por defender las libertades civiles mientras se negaban al mismo tiempo a considerar siquiera que el país enfrentaba verdaderos peligros—como si no hubiera necesidad en absoluto de balancear seguridad y libertad—. Probablemente el equilibrio emergerá espontáneamente como resultado del choque entre el autoritarismo de derecha y el absolutismo de izquierda, pero hubiera sido una mejor práctica para la izquierda tratar de encontrar el equilibrio por sí misma, por sus propios medios; el esfuerzo sugeriría la posesión de una política responsable y de un verdadero deseo de, algún día, ejercer poder.



Pero lo que realmente caracteriza a la izquierda, o a una buena parte de ella, es el resentimiento que proviene de haber abandonado tal deseo. La alineación es total. ¿De qué otra manera puede uno explicar la falta de disposición para unirse a un debate serio acerca de cómo proteger al país de futuros ataques terroristas por parte de gente que, después de todo, vive aquí, y cuyos hijos y nietos también viven aquí? En esta falta de disposición hay algo patológico y esto ya nos ha hecho demasiado daño.

3. El purismo moral de culpar, primero que nada, a Estados Unidos: muchos izquierdistas parecen creer que esto es como culparse a uno mismo, como tomar responsabilidad por crímenes del Estado imperial.

En realidad, cuando le echamos la culpa a Estados Unidos, también estamos elevándonos a nosotros mismos por sobre aquellos (otros) estadounidenses que son censurables. La izquierda se separa a sí misma. Sea lo que fuere que Estados Unidos haga en el mundo, eso es nuestro obrar. En cierto sentido esto es, por supuesto, cierto. La derrota del fascismo hacia mediados del siglo XX o del comunismo en los últimos años de éste no fueron nuestro obrar. Aunque al menos algunos de nosotros pensamos que estos esfuerzos merecían nuestro apoyo—o nuestro "apoyo crítico"—. Pero esta es una política difícil y complicada y no da lugar a la postura favorita de tantos izquierdistas estadounidenses: pararse como una minoría recta, valiente y determinada rodeada de tímidos, corruptos y malvados. Una postura como esa asegura en un mismo gesto la superioridad moral de la izquierda y su fracaso político.

4. La sensación de no tener derecho a criticar a nadie más; ¿cómo podemos vivir en Estados Unidos, el país más rico, poderoso y privilegiado del mundo, y tener el tipo de decir algo crítico acerca de gente que es más débil y pobre que nosotros?

Este fue un tema relevante en los 60, cuando la *New Left* pareció haber descubierto la "opresión" por primera vez y todos nos enrollamos del lado de los hombres y las mujeres oprimidos, a la vez que, recurrentemente, dejamos de criticar el autoritarismo y la brutalidad

que con frecuencia marcan su política. No hay impulso más profundo en la izquierda que el de este alineamiento. La solidaridad que gente en problemas es para mí el compromiso más profundo que los izquierdistas asumimos. Pero esta solidaridad incluye, o debería incluir, estar preparados para anunciarles cuando pensamos que actúan de forma equivocada, violando los valores que compartimos. Hasta los oprimidos tienen obligaciones y la primera de ellas es, seguramente, la de no matar gente inocente y no hacer del terrorismo su política. Los izquierdistas que no pueden insistir en este punto, incluso ante gente más pobre y débil que ellos, han abandonado tanto la política como la moral en nombre de algo distinto. Son radicales sólo en su falta coraje. Ese era el radicalismo de Sartre ante el terror del FLN, que fue luego imitado por miles, excusando y perdonando actos que cualquier izquierda decente comenzaría por condenar.

¿Qué debe priorizar? Tengo una agenda modesta: hacer que la decencia por sobre todo y ver qué pasa con eso. Reparemos, entonces, mi lista de razones de la indecencia actual.

Ideología. Realmente necesitamos algo mejor que el marxismo desvincjado con el que gran parte de la izquierda opera hoy, cuyo principal efecto es convertir a la política mundial en un melodrama barato con muchos papeles secundarios y un villano todopoderoso. Un análisis materialista riguroso estaría bien, en la medida en que sea lo suficientemente sofisticado como para reconocer que los intereses materiales no agotan las posibilidades de motivación humana. El espectáculo de los izquierdistas europeos esforzándose por encontrar alguna explicación económica para la guerra de Kosovo, ¿petróleo en los Balcanes? ¿Un posible gasoducto? ¿Se proponía la OTAN lograr control sobre el Mar Negro? fue entretenido en su momento, pero no merece ser repetido. Por ahora bastaría un poco de humildad, apertura a ideas heterodoxas, agudeza para observar el mundo real y estar dispuestos a tomar en cuenta argumentos tanto morales como materiales. Este último punto es de una importancia esencial. El encuentro con el radicalismo islámico y con otras vertientes de religión politizada debería ayudarnos a entender que nues-

tros valores deberían calificar bien alto en nuestra escala de intereses: la ilustración secular, los derechos humanos y la forma democrática de gobierno. Una política de izquierda debe comenzar por la defensa de los tres.

Alineación e impotencia. Es muy común en la izquierda pensar que la responsabilidad política es algo así como la templanza, la moderación y la limpieza, buenos valores burgueses que son incompatibles con la política radical o con una crítica social incisiva. Hay que ser un poco salvaje para ser radical. Esta no es una idea loca y es por eso que muchas veces los intelectuales más alienados pueden muy bien tener, más que ningún otro, la bronca necesaria para iniciar un proyecto crítico y la ambición por el combate intelectual que lo sostendría. Por esto no quiere necesariamente decir que asuman la posición correcta. Y cuanto más bronca tienen y más se encierran en su postura combativa, es aun más probable que se equivoquen. Lo que se necesitaba después del 11 de septiembre, lo que se necesita hoy, es un compromiso con nuestros convecinados que reconozca nuestra comunidad de destino. Podemos ser tan críticos como queramos, pero estamos hablando de gente con la que compartimos un mundo; somos tan responsables de su seguridad como ellos lo son de la nuestra, y nuestra política tiene que reconocer esa responsabilidad mutua. Cuando ellos son atacados, también nosotros lo somos; y por lo tanto debemos participar por propia voluntad y constructivamente en los debates acerca de cómo defender el país. Una vez más: debemos actuar como si no fuéramos a caer siempre de poder.

Ante todo, culpar a los Estados Unidos. No todo lo que sale mal en el mundo sale mal por culpa nuestra. Estados Unidos no es omnipotente y sus líderes no deben ser vistos como co-conspiradores de todo desastre humano. La izquierda no tiene mucha dificultad en entender la necesidad de justicia distributiva cuando se trata de recursos, pero hemos sido totalmente incapaces de distribuir con justicia elogios y acusaciones. Para tomar un ejemplo obvio: en la segunda mitad del siglo XX los Estados Unidos pelearon guerras justas y guerras injustas y también emprendieron intervenciones tanto justas como injustas. Sería un ejercicio muy útil reparar la lista y com-

probar nuestra capacidad de hacer distinciones, es decir, de reconocer, digamos, que Estados Unidos estuvo mal en Guatemala en 1956 y bien en Kosovo en 1999. ¿Por qué no podemos aceptar una relación ambivalente con el poder estadounidense, reconociendo que su acción ha producido resultados tanto buenos como malos? ¿Pero no debería una izquierda internacionalista exigir una distribución más equitativa del poder? Bueno, en principio, sí; pero cualquier redistribución concreta tendrá que ser juzgada por la calidad de los Estados que se fortalecerían gracias a ella. Confrontada con Estados como, digamos, el Irak de Saddam Hussein, no me parece que debiéramos apoyar una redistribución global del poder.

No culpar a nadie más. El mundo (y esto incluye al Tercer Mundo) está demasiado lleno de odio, crueldad y corrupción como para que cualquier izquierda, incluso la izquierda estadounidense, suspenda su juicio acerca de lo que ocurre. El caso es no que porque somos privilegiados debemos dedicarnos a la introspección y a concentrar la crítica sólo en nosotros mismos. En realidad, la introspección es uno de nuestros privilegios y normalmente es una forma de autoindulgencia. Sí, tenemos derecho a culpar a otros cuando la culpa es de otros. De hecho, es sólo cuando hacemos eso, cuando denunciamos, digamos, el autoritarismo de gobiernos del Tercer Mundo, que nos encontramos con nuestros verdaderos camaradas, los opositores locales de los líderes providenciales y las juntas militares, opositores que normalmente esperan nuestro reconocimiento y apoyo. Si valoramos la democracia tenemos que estar preparados para defenderla, en casa, por supuesto, pero no sólo allí.

Alguna vez hubiera dicho que estábamos bastante bien: la izquierda estadounidense tiene una historia honorable y hemos con seguridad acertado en algunas ocasiones, sobre todo en nuestra oposición a las desigualdades domésticas y globales. Pero lo que la respuesta al 11 de septiembre sugiere es que no hemos ido demasiado lejos y que no hemos avanzado siempre en la dirección correcta. La izquierda necesita empezar de nuevo. □

Tradujo Martín Pirot.

El escache que viene, al son de la antipolítica

Le diré a la clase media, hoy le diré

Sergio Bufano

Escribo estas líneas presuroso, agitado. Transpira mi mano que sostiene el lápiz sobre el que se deslizan gruesas gotas de sudor que empanan el papel de estas anotaciones. Estoy inquieto. Desde el exterior de mi ventana empuñada por la humedad de este verano interminable, escucho el ruido quejumbroso de miles de cercoños empuñados por las casas de otros políticos y sé que ahora se dirigen hacia mí. Hace pocos minutos descolgué el teléfono para evitar las llamadas de los amigos que me piden que huya, que me vaya, que abandone mi domicilio antes de que sea demasiado tarde. A todos les respondí lo mismo: no iré, no voy a huir, no escaparé como un delincuente temeroso de que lo apresen. Porque no lo soy. Aquí estoy y aquí espero. Confo en el sentido común de la gente que viene hacia mí.

Les explicaré. Cuando lleguen a la puerta de mi casa saldré a la calle y les explicaré. Les diré que están equivocados y apelaré a la razón. Los políticos tenemos nuestra cuota de responsabilidad y ¿cómo negarlo? Pero quiero conversar con quienes vuelcan en nosotros toda la culpa de los males que aquejan a la República para reflexionar acerca del conjunto de responsabilidades que a todos nos alcanza. No pretendo, de ninguna manera, diluir las propias. Quiero, sí, que se vean en el espejo y adviertan que la clase media que hoy reclama enardecida que le devuelvan sus dólares es también responsable de la situación que nos agobia a todos. A través del diálogo podemos entendernos.

Seré severo con ellos. Les diré que durante los diez años de menemismo hicieron la vista gorda y toleraron todas las trampas del gobierno con la sonrisa cómplice del que tiene guardado en el bolsillo un pasaje a Miami. Sonreían cuando el Presidente de la Nación jugaba al fútbol con Maradona, jugaba al tenis con Vilas, corría a 200 kilómetros por hora en una Ferrari, jugaba a golf con el norteamericano Bush padre, com-

praba un avión de 80 millones de dólares y un helicóptero de 15 millones. Miraban hacia otro lado cuando el Presidente de la Nación construía una pista de longitud internacional en la puerta de su mansión en Anillaco, mansión construida y reconstruida una y otra vez para a saber con qué dineros.

Preguntaré si en el fondo no lo admiraban. Un hombre que de la nada, sin un centavo, llegaba a la primera magistratura y se convertía en *play boy* rodeado de mujeres, con autos deportivos y trajes de seda; un hombre que organizaba fastuosas reuniones y se codeaba con estrellas de Hollywood, con cantantes de *rock and roll* o con divas como Madonna. Un hombre así era la imagen del triunfo: el nuevo Gardel, el Fango de la noche, el Lelo de la farándula, ¿para qué negarlo?; el argentino que cada argentino quiere llegar a ser.

Y así toleraban a "diputuchos" que votaban leyes importantes, a los que compraban guardapolvos a precios altos, a los que vendían leche en mal estado, a los que "arreglaban" con IBM y a los que vendían armas inservibles al por mayor. También toleraban a quienes hacían estallar por los aires a un pueblo para ocultar las pruebas de sus delitos.



Busaré las palabras adecuadas para demostrarles que fue la clase media la que toleró todo esto a cambio de un manejo de dólares. En 1995, cuando lo derrogaran, todos sabían quién era y qué hacía. Bastaba mirar hacia otro lado y se garantizaba una fantasía que sólo la clase media creía eterna: que un peso argentino era igual a un dólar, ¡lujos! Y vanidosos, porque sólo la vanidad de un alter ego sobredimensionado podía aceptar tanta quimera. Les recordaré a Cortazar que describía a la Argentina como *país desnudo* que sueña con un *smoking*. Evitaré, para no ofenderlos, el adjetivo que busca escaparse de mi boca: *fatuous*, ¡qué fatuous!

Los pobres, en cambio, se empujaban cada vez más. Y los ricos, que no son tantos, depositaban cada dólar en bancos suizos o norteamericanos. No sé qué decirles, también, que no sólo se equivocaron cuando lo reeligió a Menem, sino también cuando festejaron que Fernando de la Rúa, "el hombre que nunca estuvo", colocara a Domingo Cavallo como superministro y le otorgara todos los poderes de los que carecía el Presidente de la Alianza.

La clase media lo conocía. Sabía que Cavallo había nacionalizado la deuda privada, sabía que fue funcionario de la dictadura y, además, sabía que era un hombre que perdía fácilmente los modales. ¿Quién no lo había visto en televisión la noche en que fue derrotado en la Capital Federal?

Sí, eso les diré cuando lleguen a mi puerta. Les recordaré que si ahora son levantiscos y contestatarios, no lo fueron cuando desde aviones arrojaban prisioneros vivos al mar. Porque eso también lo sabían, pero era el turno de Martínez de Hoz y todos tenían otro pasaje a Miami en el bolsillo. Nunca participaron, ya en la etapa democrática, en los escaches a Videla, Massera o el Tigre Acosta. Esas eran travesuras de chicos que, pobrecitos, perdieron a sus padres y estaban alterados.

Les diré que durante su ensueño de la convertibilidad, la desocupación se duplicó, la deuda externa creció 123 por ciento, se malvendieron las empresas

nacionales, el dinero obtenido por esas operaciones desapareció y las grandes ciudades quedaron rodeadas de millones de excluidos que no trabajan, no comen, no se educan, viven con harapos, apenas habiéndose unas pocas palabras en español, porque ya casi no saben hablar. A la noche, algunos de ellos, salen de caño y matan con la misma facilidad e indiferencia con que mueren. Aunque en este caso hay que recordar que no fueron indiferentes: se preocuparon por el tema y exigieron seguridad exasperada, pidieron que la policía mate, reprima, golpee, extermine hasta liberar el territorio de impuros. Jamás admitieron que el uno a uno estaba enviando al infierno a millones de personas a las que había que rescatar, y no matar. Les informará que miles de adolescentes ya pertenecen a la tercera generación de desocupados y que cruzando la General Paz han reaparecido enfermedades de la Edad Media: tuberculosis, cólera, leptospirosis, trasmisidas por las ratas e infecciones típicas de la desnutrición. Esa gente no requiere represión, sino solidaridad. Pero, les diré, en el bolsillo de la clase media, domado en dos, estaba el otro pasaje a Miami.

Les preguntará si los médicos son de clase media. Seguramente responderán que sí. Entonces les contará que en el Hospital Posadas hay 2800 médicos para 550 camas, y que si un día los obligaran a trabajar a todos no alcanzarían las instalaciones para albergarlos. Todos ellos protestan hoy por el "corralito". Les preguntará, además, si los maestros son de clase media. Y cuando respondan afirmativamente les comentará que si todos los maestros fueran convocados a las aulas al mismo tiempo, no alcanzarían las escuelas para cobijarlos. Les preguntará por qué no eschacharon a Susana Giménez, procesada por contrabando de un Mercedes Benz; o a Aníbal Vigil, el dueño de la revista *Gente*, procesado por contrabando; o a Macri padre, que debe 400 millones de dólares al Estado; o a Macri hijo, también procesado por contrabando. Evitaré, en cambio, preguntarle por qué no le gritan ladrón a Daniel Passarella por el contrabando de un yate. El Seleccionado, como bien sabemos, es sagrado y no quiero malquistarme.

Aprovecharé la ocasión para pregun-

tarles si luego de eschachar a todos los políticos aprovecharán para continuar con los periodistas que no informan, pero predicán, que dictan cátedra sobre cómo debe comportarse el género humano desde el intocable y sagrado pulpito de la soberbia mediática, que alientan campañas contra la política y anuncian golpes militares pero jamás critican a los empresarios evasores... que a la vez son anunciantes de sus propios programas; zescracharán a Longobardi, Hadad, Lanata, Gelbuing, Neustadt, todos de clase media y todos con buen rating, como se llama ahora a la audiencia de clase media?

A los comerciantes que evitan las facturas para evadir impuestos ¿también? A los sindicalistas que han acumulado fortunas incalculables y que sólo convocan a la lucha cuando no gobierna el peronismo ¿también? Les recordará que esos sindicalistas se refugiaron en sus palacios durante los diez años de menemismo. Diez años de nuevos desocupados, venta del patrimonio nacional y el más fabuloso robo institucional que se haya practicado en la historia nacional, sin que los burocratas, que viven de las obras sociales y de trapisondas con los patronos, levanten la voz. Les preguntará si les importaba que los obreros de la UOCRA cayeran desde sus andamios y se estrelaran contra el piso mientras el sindicato arreglaba con los capitalistas para no



pagar las medidas de seguridad.

Trato de ordenarme frente a estas notas. Intento clasificar las ideas que como el río desbordado se vuelcan en mi mente. ¿Es posible—preguntaré ahora, cuando lleguen a mi puerta—una sociedad pura, límpida, transparente y a la vez políticos corruptos, necios, corporativos? ¿Quién me eligió a mí, que elegí a mi compañero, vieja piraña de la política que construyó su casa con dineros públicos y que es reelegido una y otra vez por el pueblo? Convocaré al sentido común que dice que no todos somos iguales.

Advierto ahora, mientras aumenta el ruido metálico en la calle, que también debo reconocer que la insistencia de la clase dirigente en su convicción de que la crisis argentina es de índole económica y que con medidas correctivas y técnicas será posible resolver, revela la ceguera y escasa capacidad que siempre la caracterizó. A su vez, deberá explicar que es un grave error creer que la crisis es producto de la traición de los políticos que sólo aspiran a enriquecerse y olvidan los deberes cívicos para los que fueron elegidos.

Está claro que los empresarios carecen del más mínimo escrúpulo. Sus aspiraciones no son de crecimiento a mediano plazo, como en otras naciones, sino de voracidad extrema para depositar los dineros obtenidos, en muchos casos con procedimientos de dudosa legitimidad, en otros sitios de la Tierra. Debo recordar explicarles que el nuestro es un capitalismo prebendario y que, curiosamente, los capitalistas se salvan de los eschaches.

Naturalmente que la clase dirigente es tolerante con sus integrantes: lo es absoluto, le saca de la cárcel las pocas veces que alguno de ellos es incriminado. Posterga los juicios por corrupción, dilata los procesos y negocia con personajes nefastos que a todas luces pertenecen a mafias nacionales e internacionales. La clase dirigente coloca a jueces venales y los sostiene contra viento y marea a pesar de las públicas evidencias de corrupción.

Sin duda hay una buena parte de los políticos con poder de decisión que actúa facciosamente y tolera las trapisondas de sus colegas—sean del partido que fueren—por que se ha creado una

lógica corporativa que barre bajo la alfombra el polvo de la corrupción.

Pero si la corrupción alcanzara sólo a la clase política, el problema podría resolverse a través del cambio generacional, la renovación de partidos y la depuración paulatina de los elementos indeseables.

¿Puede hacerlo esta clase media? ¿Está en condiciones de renovar a sus dirigentes mediante un proceso de cambio que la involucre participativamente, que genere nuevos actores políticos, sindicales, empresarios, que articule en fin un nuevo modelo de representación y, sobre todo, lazos de solidaridad con los marginados, con los pobres, y no sólo con los que quedaron encerrados en el corralito?

La pregunta sería fácil de responder si el problema fuera tan sólo una crisis de representación política. Pero no existe una sociedad pura, transparente, ética, dominada por un grupo de mallechores que se enquistaron en el poder y a los que hay que derribar. El problema parece ser bastante más complejo. Los vahos que desde el cuerpo social se tan similares a los que emana cierta clase dirigente que es difícil establecer una separación.

La evasión impositiva es el principal indicio de la oscura relación entre la sociedad y el Estado; tendré que recordarles que el concepto de ciudadanía ha perdido su valor y su lugar ha sido ocupado por lo que podríamos llamar "habitante territorial". Una categoría que sólo reconoce los derechos, pero no los deberes. Les preguntará si todos pagan sus impuestos.

Eso les diré. Puede ser que alguno se disguste, pero después de todo se a través del diálogo y la polémica que se resuelven las crisis. Estoy seguro de que aceptarán las críticas. No son salvajes, no son caníbales, es posible discutir y llegar a conclusiones.

Finalmente les diré que esta furia antipolítica no es nueva. Nuevo es el sistema de caceraolazo, pero el ataque a los políticos lo recuerdo con fechas precisas: 1962, 1966, 1976. ¿Repetiremos las mismas experiencias?

Bien, mis apuntes están listos y ya golpean en mi puerta. Y también en mi ventanitas. Y aunque los escucho exaltados, abriré y polemizaré como se hace en los países civilizados... □

Viene de *contratapa*

Entrevista a Benjamin Barber

Los dos enemigos de la libertad

un empresario es un pésimo sustituto de un estadista. La mañana del 11 de septiembre los americanos no se han dirigido a Bill Gates para que conduzca la lucha contra el terrorismo.

¿Qué ocurre cuando el "fundamentalismo de mercado" es exportado a países que no tienen democracia y deviene la ideología de la economía global?

Es el experimento catastrófico que hemos hecho bajo las banderas de McWorld, la asimetría que hemos creado globalizando los intercambios de mercancía, los movimientos de la mano de obra y de los capitales, sin globalizar las instituciones cívicas que históricamente han sido el contexto indispensable del libre mercado. Extraer al capitalismo de su envoltorio institucional es una calamidad, porque las economías de mercado han crecido cuando han sido controladas por Estados democráticos. El estado de derecho, las reglas contractuales, el tejido solidario de la sociedad civil: todo eso ha atenudado los rasgos darwinistas del capitalismo, ha frenado sus tendencias monopolísticas y autoestructivas. Pero en los mercados globales esta simetría entre democracia y capitalismo se ha perdido. Las relaciones en la sociedad global hoy se parecen a las relaciones sociales en los Estados Unidos del siglo XIX, cuando el gobierno federal era débil: la vida era fácil tanto para los bandidos del *Far West* como para los barones ladrones en las primeras metrópolis capitalistas. Hoy hemos globalizado todos los vicios—la droga, el comercio de armas, la prostitución—y casi ninguna de nuestras virtudes democráticas.

Usted ha anticipado desde hace años al pueblo de Seattle, el movimiento "no-global". ¿Pero es pensable revertir la marcha hacia la globalización y volver a un mundo de vallados y barreras?

No, la alternativa que está ante los pueblos no es la elección fácil entre una independencia segura y una interdependencia deseada. Así como los Estados Unidos nacieron de la declaración de independencia que anunció el surgimien-

to de un nuevo tipo de sociedad, hoy el mundo nuevo se puede construir sólo partiendo de una declaración de interdependencia. Debemos reconocer que la raza humana no puede sobrevivir en fragmentos, se llamen estos fragmentos naciones, tribus o mercados. No hay océanos bastante grandes para defenderlos de la infección o de la enfermedad, no hay murallas que nos protejan de una ideología enferma de la propia ventajosa y ninguna nación tendrá una perspectiva segura hasta que las otras no gozen de las mismas oportunidades. Una guerra entre McWorld y Jihad no puede ser ganada por ninguno. Sólo una guerra de la democracia contra estas dos fuerzas puede concluirse con una victoria benéfica para el mundo entero. El capitalismo es un sistema productivo extraordinario pero fracasa miserablemente en la distribución; por eso la justicia es el objeto de nuestras instituciones públicas. Dentro de las fronteras nacionales los Estados han consentido un capitalismo democrático; a nivel internacional este equilibrio todavía debemos encontrarlo.

En su ensayo no ahorra acusaciones contra Estados Unidos. Sostiene que esta superpotencia es el imperio más "provinciano" que haya existido.

A pesar de que exportan al mundo entero la cultura del McWorld, los estadounidenses son mucho menos cosmopolitas de lo que requeriría su poder. No hay otra democracia en el mundo en la que sean tan pocos los ciudadanos que tienen pasaporte para viajar al exterior. Para nuestras universidades el estudio de la estadística vale más que las lenguas extranjeras; pero la estadística puede ayudarnos a contar las víctimas, no a evitar las masacres. La otra cara de este provincianismo es la reducción de las ayudas para el desarrollo, el ataque de Estados Unidos a los tratados multilaterales y a las instituciones internacionales, justamente las que redemocratizan, legitimadas y vueltas transparentes deberían construir una nueva infraestructura de reglas globales. □

LIBROS

¿Qué fue y qué es la clase política argentina?

La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales. David Rock y otros. Colección Textos Libres. Javier Vergara, 2001.

Memorias. Marcelo Sánchez Sorondo (conversaciones con Carlos Páez), Sudamericana, 2001.

Es buena época para recordar lo que fue verdaderamente la "clase política" argentina, con anterioridad a las últimas casi dos décadas de continuidad democrática. Después de todo, estos últimos diecinueve años se aproximan apenas a un diez por ciento de nuestra historia como país y, en todo caso, a tan sólo un sexto de la historia de la Argentina contemporánea y, si se quiere, a poco más de la tercera parte del tiempo que duró el largo ciclo del militarismo, el gopolismo, las proscripciones y la inexistencia de un verdadero poder civil en la República, ni hablar de la democracia.

Entre 1930 y 1983, no hubo, en efecto, un verdadero poder civil en la conducción del Estado nacional pero existió y perduró una verdadera "clase política" tradicional, bastante más separada del resto de la sociedad, que permaneció inalterable en sus posiciones de privilegio e influencia, atravesando los diversos y más violentos ciclos pendulares, antagonismos



por el lado de la representatividad democrática, sea por el de la meritocracia tecnocrática, más allá de su figuración, su permanencia o rotatividad en cargos públicos y de algunas inmunidades y prerrogativas que se fueron haciendo progresivamente irritativas.

Porque si puede hablarse, como se lo hace tan ligeramente en la plena crisis de representación, de la "clase política", conjunto que estaría integrado por los ex presidentes y el actual, sus ministros y funcionarios, los legisladores y dirigentes de partidos políticos y los gobernadores, intendentes y punteros entre 1983 y 2002, depositarios indistintamente el gobierno, más allá de algunos incipientes núcleos del establishment). Sin embargo, dicha dirigencia no llegó a constituirse plenamente en una élite con características más o menos distintivas, sea

to, a Gaetano Mosca (1932, *La Storia della dottrina politica*) y C. Wright Mills (1956, *The elite del poder*). Más allá de la evidente insatisfacción, disconformidad y enojo justificados por un rendimiento más que deficiente, y en gran medida corrompido, de la dirigencia política argentina a lo largo de, por lo menos, nuestra última década —herencia inmeable de la filosofía de la política de la que el menemismo representó su más acabada reflejo—, todo ello no alcanza para definirlo fácilmente como "una minoría que desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que van unidas a él" (Mosca *dixit*), ni como "una serie de pequeños grupos y altos círculos cuyos miembros son seleccionados, preparados y certificados, y a quienes se permite el acceso íntimo a los que mandan las jerarquías institucionales impersonales de la sociedad moderna" (Wright Mills *dixit*).

Qué fue y cómo fue la clase política argentina hasta la llegada de la nueva democracia representativa tras la caída de la última dictadura, nos lo reconstruyen dos libros recientes. Uno es *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, una excelente compilación de trabajos de investiga-

ción de historiadores y politólogos argentinos y extranjeros en la que tuvieron decisiva participación Rogelio García Lupo y Mario Ranalletti. El otro, las *Memorias* de Marcelo Sánchez Sorondo, testimonios personales de uno de los representantes más connotados de esa vieja generación —aristocracia declinante— de la política argentina, que cubren prácticamente la totalidad del siglo XX.

Lo que nos muestran estos dos nuevos aportes es el derrotero de una corriente troncal de la historia política argentina, representada por las distintas vertientes de lo que podríamos definir como "modernismo reaccionario" en nuestro país. Se entiende aquí por modernismo reaccionario una aproximación conceptual que permite identificar patrones históricos de respuesta, recurrentes y distinguibles, frente a momentos de crisis y cambio fundamental. Estos pueden resumirse como una combinación de reacción política y cultural frente a lo que se observa como impactos provenientes de estímulos externos sobre el cuerpo social, con posturas afirmativas y progresistas respecto de la capacidad para insertarse provechosamente en el curso de las transformaciones, conservando "la esencia de determinado orden". Una búsqueda constan-

te, e imposible de alcanzar satisfactoriamente, de conciliación entre las ideas antimodernistas, románticas e irracionales, vinculadas con ciertas tradiciones arraigadas, y las manifestaciones de la racionalidad económica, la modernización tecnológica, el acceso al consumo y los beneficios rápidos del mercado libre como signo de progreso.

Las etapas analizadas encuentran una semejanza de secuencia arquetípica: quienes asumen posiciones de poder, o una influencia decisiva sobre el mismo, entienden que el país va quedando recurrentemente desfasado de los desafíos provenientes de un escenario externo en profundo cambio y justifican su intervención basándose en que el sistema institucional, el régimen político o los gobiernos de turno, se demuestran incapaces de hacer frente a dichos desafíos y no pudieron reinsertar al país más favorablemente en un nuevo contexto. Desde la bitácora observada la inminencia de los cambios, prepagan distintas clases de "herenas de la espada", proponiendo posibles alumbraamientos y se comprometen, de distintas formas, en intrigas palaciegas o salvatajes intelectuales de elencos gubernativos. Todo ello, en nombre de una cierta idea de continuidad del Estado en sus manifestaciones más nítidas: el poder militar, el poder diplomático, el poder educacional y cultural.

Hay momentos claves e interregnos de rupturas en la superficie institucional, por un lado, y continuidades en el sustrato cultural: 1943/46, 1955/58, 1962/66. Definitamente antiliberal, la revolución del GOU; definitivamente antiperonista, la Revolución Libertadora; definitivamente anticomunista, el derrocamiento de Frondizi, sus motivaciones y sus secuelas. Los tres procesos que dichas interrupciones desencadenan contendrán en su seno una búsqueda de recomposición de alianzas entre grupos de esa élite tradicional y nuevos actores emergentes, en la que cobrarán una gran influencia las relaciones entre los mismos círculos políticos civiles y sectores internos de las Fuerzas Armadas que actuarán como brazo operativo.

Asimismo, fueron períodos de intenso modelado y formulación de una matriz perceptiva que funcionó como sustrato ideológico de legitimación. El hilo conductor que surgirá de dicho sustrato será el reconocimiento de un papel preponderante de las Fuerzas Armadas en el Estado nacional, en la definición del interés nacional y en la participación, también, de la conducción de la política exterior argentina. En tal sentido, será posible establecer, por ejemplo, líneas de comparación, también en términos de continuidad y diferenciación, entre la doctrina de "la nación en armas", fijada por el co-

ronel Perón en 1944, y la "doctrina de la seguridad nacional", explicitada por el general Onganía veinte años más tarde (conexidades que fueron elocuentemente recogidas por Carlos Altamirano en su *Bajo el signo de las masas. 1943-1973*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Ariel, 2001).

Del mismo modo podrán detectarse las actitudes y percepciones por parte de los núcleos más calificados de la élite civil que, pese a su reconocida permanencia y a sus atributos simbólicos de poder (tradicional diplomática, profesionalismo, republicanismos), contribuirán a reconocer la legitimidad de la relevancia del ámbito castrense y la intervención militar en la política y en la conducción de los asuntos del Estado.

En estos "períodos nodales", coincide la percepción de cambios fundamentales con la persistencia de una misma élite dirigente influyendo en la orientación general de la política exterior, en algunos ca-

dos desde adentro del gobierno, en otros desde afuera de éste. Al interior de la élite dirigente es claramente visible la coexistencia entre dos grandes campos ideológicos: uno liberal-conservador y otro conservador-nacionalista.

La forma política de resolver estas disputas ideológicas, esto es, de acceder a puestos de decisión o relevancia institucional, estará intermediada por el factor de vinculación con jerarquías y sectores de las Fuerzas Armadas. Otras intermediaciones, como los partidos políticos, las universidades y centros académicos o círculos intelectuales, o los medios de comunicación, tendrán carácter subsidiario.

Se puede constatar, asimismo, una singular continuidad de dicha élite conservadora en la dirección política de la diplomacia y su predomino cultural en la formación de percepciones sobre la inserción internacional —que permanencia— que en algún sentido se expresa como alternancia dentro

de un mismo circuito-contrasta nitidamente con la inestabilidad política, los cambios de gobierno y de régimen, los antagonismos entre principios de legitimidad, la debilidad y fluctuaciones de los gobiernos civiles y las contradicciones internas de los gobiernos de facto y las dictaduras militares que dominaron esta etapa de la historia argentina del siglo XX.

De la lectura retrospectiva de aquellas rancias e ilustradas estirpes que dominaron el espectro del "intelectual-político" dentro del campo estatal, fueran o no parte de los gobiernos de manera directa o indirecta, periférica o central, impresionan diversos contrastes. Pero uno mayúsculo no puede dejar de mencionarse: la notoria riqueza de acervos y tradiciones culturales de las que estos personajes fueron elocuentes portadores y la manifiesta estrechez ideológica, sociológica y moral de los regímenes y gobiernos que alimentaron o de los que formaron parte. Algo de lo que, por cierto, no puede responsabilizarse a los partidos políticos que supieron, hasta no hace tanto tiempo, representar y aglutinar el conjunto de ideas mayoritarias en nuestro país, pero de cuya debilidad también habrá que interpelar a aquel pasado más lejano que, parafraseando otra reliquia bibliográfica de Sánchez Sorondo, forma parte de "La Argentina por dentro".

Fabián Bosser

Entrevista a Benjamin Barber

Los dos enemigos de la libertad

El ex consejero de Bill Clinton es uno de los más autorizados pensadores norteamericanos de esta hora. Considera que la globalización y el terrorismo son profundamente interdependientes.

Federico Rampini

Si el Estado invade con prepotencia la esfera de la libertad y del derecho, hablamos de régimen y de dictadura; si es la religión la que dicta leyes, denunciamos los peligros de la teocracia; ¿por qué entonces no nos alarmamos de igual manera cuando es la lógica del mercado la que invade todo y condiciona nuestra vida cotidiana y nuestros valores? La ideología de mercado apunta a privatizar toda la esfera pública y a comercializar toda la esfera individual. Se basa en el *laissez faire*, en la economía global liberada de toda injerencia estatal. Pero la libertad total—el dominio de los intereses privados sobre los bienes públicos—es sinónimo de anarquía. Y el terrorismo es una de las enfermedades que nacen de la anarquía. Benjamin Barber es uno de los más autorizados pensadores estadounidenses, profesor de ciencias políticas en la Rutgers University, ex consejero de Bill Clinton. En los Estados Unidos ha vuelto a la cumbre del ranking de ventas su ensayo de 1995, *Jihad vs. McWorld* (Guerra santa contra Mc Mundo), cuya visión aparece hoy casi profética.

En la nueva edición hay un prefacio escrito después del 11 de septiembre, en el que el autor recuerda el sentido de aquel título "Es la coalición entre las fuerzas del tribalismo y del fundamentalismo reaccionario, que llamo Jihad, y las fuerzas de una agresiva modernización y globalización económica y cultural. Son en apariencia enemigos y en realidad profundamente interdependientes. Ambas son indiferentes al destino de la libertad. Por eso la democracia corre el riesgo de quedar triunfada por su confrontación". Barber siente la urgencia de abrir junto a la lucha contra el terrorismo un segundo frente en defensa de la democracia, contra los dos integralismos opuestos: el que esconde bajo un velo religioso la ferocidad del odio tribal y el de los *logos* multinacionales que propagan la homogeneidad de los consumos y el materialismo secularizado.

¿Después del 11 de septiembre usted confirma su tesis de hace seis años sobre una convergencia de objetivos entre Jihad y McWorld?

Sí, los dos vacían la soberanía en los Estados naciones, desmantelando aquellas instituciones democráticas que son su realización más completa. Ni la Jihad ni el McWorld apuntan a la ampliación de la democracia en sus respectivos ámbitos: en las nuevas entidades étnico-religiosas o en los mercados globales. A pesar del 11 de septiembre, Estados Unidos se ilusiona con gozar todavía de una suerte de soberanía y al mismo tiempo rechaza las responsabilidades que derivan de la difusión planetaria de su cultura consumista. El terrorismo reconoce la interdependencia solamente a los fines de la destrucción, usa el inmenso peso del McWorld para volcarlo contra su misma potencia.

A pesar de su requisitoria sobre los daños de una globalización desregulada, usted no excusa a las culturas que alimentan al terrorismo.

Con el terrorismo no se trata, sus objetivos no pueden ser racionalizados. Solamente puede ser extirpado y esta tarea corresponde a los profesionales del ejército, la inteligencia, la diplomacia. Los ciudadanos de Estados Unidos y del mundo están confinados al rol de espectadores, es raro que puedan tomar parte en ella. Pero hay otra batalla que los convoca. La eliminación del terrorismo



es una operación quirúrgica: pero si la metástasis está difundida, la cirugía no es suficiente. Estados Unidos y sus aliados deben luchar contra ese caos social que ha creado un clima de desesperación explotado por el terrorismo. Contra los terroristas la palabra la tiene la justicia penal; pero contra la pérdida de esperanza sobre la que recluta la Jihad hace falta abrir un segundo frente democrático que use los instrumentos de la justicia redistributiva para reducir las desigualdades.

¿Esto no corre el riesgo de reconocer a los responsables de las masacres un vínculo con el hambre de justicia de los oprimidos?

No, cuando digo que hace falta democratizar la globalización, hacer al McWorld menos homogeneizante, defender la religión y los valores ético-espirituales, no sostengo que esto sirva para aplacar a los terroristas. La batalla por la democracia no es eficaz contra los terroristas, quienes odian todas las virtudes de la modernidad: libertad, tolerancia, diversidad. Pero los terroristas nacen en un mar de tóxicas simpatías populares, de resentimientos y de pasividad, donde pueden arraigar ideologías violentas y nihilistas. Mientras el mundo entra en una nueva fase de la guerra contra un enemigo invisible, digo que la respuesta al terror no puede ser solamente militar y táctica.

¿Y esta respuesta democrática implica un desafío a la ideología de mercado?

Durante años, el fundamentalismo de mercado ha debilitado a la democracia atacando el rol del Estado y de los poderes públicos. Esta ideología ha predicado que los privados pueden desarrollar las tareas de los gobiernos mejor que ellos y con más libertad de elección para los ciudadanos. Ha convencido a los electores de que acepten la declinación de las instituciones, persuadiéndolos de que estarán mejor cuando el debate democrático haya enmudecido, cuando ellos no sean más ciudadanos sino consumidores. Pero el consumidor es un pobre subrogado del ciudadano, así como

Continúa en pág.41